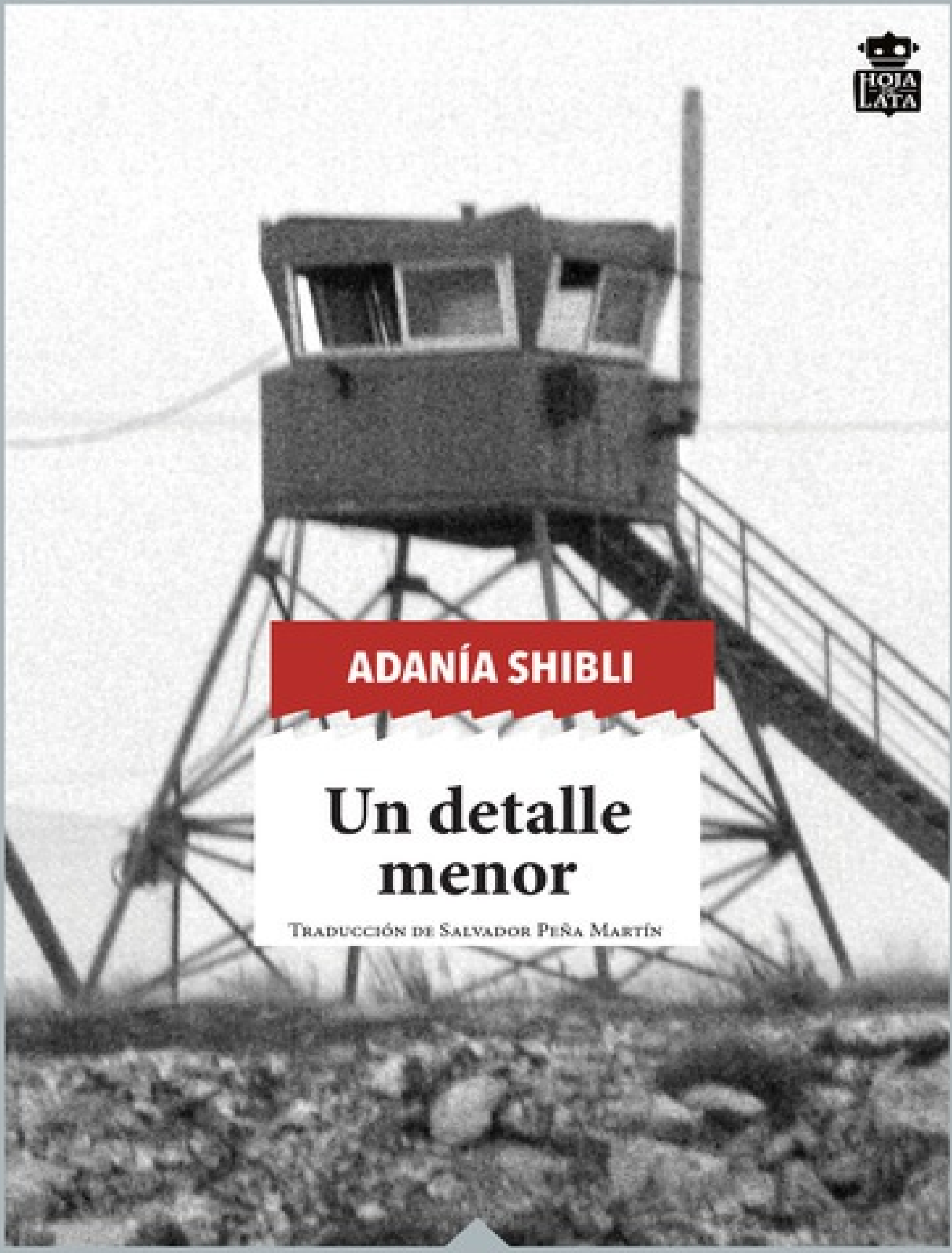


ADANÍA SHIBLI

Un detalle menor

Traducción de Salvador Peña Martín

UN DETALLE MENOR

ADANÍA SHIBLI

TRADUCCIÓN DE SALVADOR PEÑA MARTÍN



UN DETALLE MENOR



SENSIBLES A LAS LETRAS, 55

Título original:

يوناث لي صفت

, Al-Adad, Beirut, 2017
Primera edición en Hoja de Lata: octubre del 2019

© Adanía Shibli, 2016
© de la traducción: Salvador Peña Martín, 2019
© de la fotografía de la portada: Taysir Batniji
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2019

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.
Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu
Corrección de pruebas: Tania Galán Álvarez

ISBN: 978-84-18918-77-3
Producción del ePub: booqlab

Con el apoyo de:

Comité de Solidaridad con la Causa Árabe

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

I

Nada se movía salvo las reverberaciones de la luz. Yermos interminables se sucedían hasta el horizonte, temblorosos bajo los pasos que él iba dando en silencio, al tiempo que la luz cegadora del sol de la tarde casi había borrado los contornos de las pálidas colinas. De aquellas elevaciones de terreno, los únicos detalles que podían apreciarse eran sus límites imprecisos, que se curvaban sin propósito alguno en desniveles y virajes bifurcados. Acá y allá se percibían las sombras alargadas de los resecos arbustos de la pimpinela y de las rocas que sobresalían en los oteros. Y nada más. Solo la inmensa superficie del desierto de Néguev, sobre el que caía el calor sofocante del mes de agosto.

El único indicio de vida en toda aquella extensión eran algunos ladridos esporádicos y el alboroto de los soldados, que se aplicaban a levantar el campamento, todo lo cual llegaba a sus oídos mientras examinaba, a través de los prismáticos, el espacio que se extendía ante él desde la perspectiva de uno de aquellos promontorios. Por deslumbrante que resultase la luz, no apartó la vista un instante de las estrechas veredas que discurrían entre la arena, deteniéndose en cada punto para dedicarle atención prolongada. En un momento dado se retiró los prismáticos de los ojos, los secó de sudor y los devolvió a su estuche, y echó a andar a través del aire terso y potente de la tarde, de regreso al campamento.

Cuando llegaron a este lugar, lo que encontraron fueron dos cobertizos y lo que quedaba de la pared de un tercero, semiderruido. Nada más se había salvado del lugar después del intenso bombardeo que sufrió al comienzo de la guerra. Pero ahora, junto a los dos cobertizos se alzaba el puesto de mando y la tienda común; y el ruido que acompañaba el clavado de estacas y barrotes para las tres tiendas en las que se alojarían los soldados llenaba el espacio. Su asistente, el cabo mayor, se acercó a él nada más verlo llegar y lo informó de que habían limpiado el terreno de escombros y rocas, y ahora algunos soldados estaban cavando los fosos. Él, por su parte, le dejó bien claro que tenían que concluir todos los preparativos antes de que cayese la noche, y le encargó que convocase de inmediato a los suboficiales, a algunos cabos y a los reclutas más veteranos del destacamento a una reunión de trabajo en el puesto de mando.

* * *

La luz del sol de la tarde llenó la abertura de la tienda, y a través de ella entró y cubrió la arena, poniendo de manifiesto las numerosas marcas superficiales que habían dejado las pisadas de los soldados. Inició la reunión explicando que la misión del destacamento mientras se encontrase en aquel lugar sería, además de mantener el trazado de la frontera con Egipto e impedir que la

cruzasen infiltrados, peinar la zona suroeste del Néguev y limpiarla de los árabes que pudieran quedar, pues, según habían informado fuentes militares aéreas, había habido movimientos, tanto de ellos como de infiltrados. Por otra parte, realizarían expediciones de reconocimiento por la zona, que habían de conocer al dedillo. Todo esto les llevaría sin duda algún tiempo, pero permanecerían allí estacionados hasta que se restableciera el control absoluto sobre aquella parte del Néguev. Realizarían ejercicios diarios y maniobras militares, con los demás soldados, para adquirir experiencia de combate en condiciones propias del desierto, y aclimatarse a ellas.

Los presentes lo escuchaban atentos al movimiento de sus manos sobre el mapa desplegado ante ellos, donde el campamento era solo un punto negro, apenas perceptible, en el interior de un gran triángulo gris. Y, como nadie tenía nada que comentar, reinó el silencio en la tienda unos instantes, durante los cuales trasladó él su mirada del mapa a los rostros taciturnos y bañados en sudor, brillantes a la luz que entraba por la abertura. Reanudó la charla advirtiéndoles que tendrían que estimular a los soldados rasos, en especial a quienes se habían incorporado recientemente, así como cuidar del equipo y del uniforme. En el caso de que a alguno le faltase cualquier pieza de pertrecho o prenda de ropa, se lo comunicarían a él en persona. Debían también recordarles a los novatos la necesidad de mantener el aseo personal y afeitarse a diario. Luego, antes de que se disolviera la reunión, les ordenó al conductor, a un sargento y a dos cabos de los presentes que se aprestasen a salir con él, enseguida, en una primera ronda de reconocimiento por las inmediaciones.

Antes de salir, hizo un alto en el cobertizo donde había decidido alojarse, y comenzó a trasladar sus pertenencias, que tenía amontonadas junto a la entrada, a uno de los rincones de la habitación. Hecho esto, tomó la lata que acababa de traer y vertió parte del agua que contenía en una pequeña palangana metálica. Sacó de la maleta de tela una toalla, la humedeció con el agua que había vertido en la palangana y se enjugó del rostro el sudor. Lavó la toalla, se quitó la camisa y se lavó las axilas. Volvió a ponerse la camisa y, después de abotonársela, limpió bien la toalla y la colgó de uno de los clavos que había en la pared. Sacó fuera la palangana y vació en la arena el agua sucia; volvió a la habitación, la colocó al lado de sus demás pertenencias, en un rincón, y salió.

El conductor estaba en su asiento, tras el volante; los demás componentes del grupo que iban a acompañarlo estaban de pie, alrededor del vehículo, y, cuando se les acercó, subieron a la parte trasera de este, mientras que él se dirigía al asiento delantero libre, junto al conductor. Este se enderezó antes de tender la mano hacia la llave y encender el motor, cuyo estruendo lo dominó todo.

Partieron en dirección oeste, avanzando por entre los pálidos promontorios que se extendían por todas partes, mientras los seguían espesas nubes de arena. Las levantaban los neumáticos y se elevaban muy alto, impidiéndoles ver nada de lo que hubiese detrás. Los que iban sentados en la parte trasera se esforzaban por cerrar los ojos y la boca para tratar de cortarle el acceso al polvo. Y las oleadas de nubes, de las más diversas formas, solo se disiparon cuando el vehículo alcanzó un punto invisible desde el campamento y se extinguió por completo el ruido del motor. Las arenas volvieron a posarse en las colinas, difuminando las dos líneas paralelas que habían dejado los neumáticos.

Alcanzaron la línea de tregua con Egipto y observaron la franja fronteriza sin considerar la posibilidad de traspasarla. El sol se aproximaba al horizonte pero, como el calor y el polvo habían dado ya buena cuenta de ellos, le dio al conductor la orden de volver. Durante aquella

ronda no se toparon con ningún otro ser, a pesar de los informes que hablaban de movimientos por la zona.

Llegaron al campamento antes de que hubiese caído la noche, aunque el azul del cielo estaba cerca de fundirse, por el este, en la oscuridad, donde ya se distinguía el brillo tenue de algunas estrellas. Los preparativos del lugar aún no habían terminado, y él, nada más descender del vehículo, anunció que había que tenerlo todo listo antes de sentarse a cenar. Se aceleró entonces la actividad de los soldados, cuyas figuras comenzaron a circular por el lugar con mayor celo y más prisa.

Él se dirigió a su alojamiento, de cuyo interior se había adueñado la oscuridad, y en medio de ella se detuvo unos instantes, transcurridos los cuales volvió a la puerta y abrió sus dos batientes, para aclarar en algo la negrura del interior. Descolgó de la pared la toalla, que se había secado por completo. La mojó con un poco de agua, que vertió directamente de la lata, y se enjugó el sudor y el polvo del rostro y las manos. Se inclinó de nuevo sobre sus pertenencias y tomó una lámpara; le levantó el cristal y la puso en la mesa sin llegar a encender la mecha, y salió del cobertizo. Aunque solo había permanecido en este unos minutos, el cielo estaba ahora plagado de estrellas y envuelto en su totalidad por las tinieblas. Se diría que la noche se había precipitado sobre el lugar de repente. Las figuras de los soldados seguían deambulando y sus voces resonaban en la lóbrega oscuridad, en la que se colaban los resplandores de las lámparas encendidas a través de las aberturas y rajas de las tiendas de los soldados y del pabellón comunitario.

Decidió recorrer las dependencias del campamento para comprobar cómo iban avanzando las tareas, en especial el cavado de fosos y la preparación de espacios de adiestramiento. Todo parecía ir a pedir de boca, salvo por el hecho de que ya eran más de las ocho de la noche, y tenían la costumbre de reunirse a cenar a las ocho en punto. Pero a no mucho tardar se dirigieron todos a la tienda común y tomaron asiento ante las largas mesas.

Inmediatamente después de la cena se fue a su alojamiento, guiado por la luz de la luna llena y de las estrellas dispersas por encima del horizonte en sombras. Cuando estuvo listo para dormir, apagó la mecha de la lámpara y se tendió sobre el catre; empujó lejos de sí el cobertor, dejando todo su cuerpo al descubierto, pues el calor que pesaba sobre el interior era tórrido. Con todo, se durmió enseguida. Había sido un día largo y difícil para todos, aquel 9 de agosto de 1949.

* * *

Lo despertó un movimiento sobre su muslo izquierdo. Abrió los ojos a la lóbrega oscuridad y al calor agobiante. Tenía el cuerpo bañado en sudor. Había un ser vivo un poco más abajo del borde de sus calzoncillos, que se movió hacia arriba y luego se detuvo. El zumbido del silencio seguía llenando el aire, entrecortado de cuando en cuando por algún atenuado ruido de los soldados que estaban guardando el campamento, por los golpes del viento en los techos de las tiendas, por los ladridos de un perro remoto y acaso por berridos de camello.

Tras unos instantes de inmovilidad, alzó la cabeza y levantó la espalda, todo en un movimiento, pero con suavidad. El ser se movió mientras que él volvía a quedar inerte en su posición. Dirigió luego la vista hacia su muslo, pero la oscuridad no le permitía ver lo que había, aunque ya le era posible distinguir los contornos de los muebles y demás objetos que había en la

habitación, así como las estacas de madera en las que se apoyaban las chapas del techo, pues por las rendijas se colaba al interior del cobertizo una luz turbia procedente de la luna. Lanzó un manotazo contra el ser y lo arrojó lejos de sí. Sin perder un instante, fue a la lámpara que había dejado en la mesa y la encendió. En cuanto la llama prendió, recorrió el espacio que quedaba entre el catre y la mesa, con la lámpara pegada al suelo. Y, al no advertir movimiento alguno, salvo las sombras oscilantes que proyectaban algunos guijarros esparcidos, ocasionadas por los recorridos que iba trazando con la lámpara en su minucioso examen, amplió el círculo de búsqueda, de modo que comprendiese el catre, y luego el suelo bajo este, los rincones, el espacio ante la puerta, las proximidades de su maleta, la caja con los pertrechos y sus demás pertenencias y, a continuación, las paredes y los altos de estas, cerca del techo, el catre de nuevo, las cercanías de su calzado. Sacudió luego su ropa, que había tendido en los clavos de la pared, y volvió a mirar, una vez más y con detenimiento, debajo del catre y por todo el suelo de la habitación, a lo que siguieron todos sus rincones, las paredes y el techo; para acabar con el espacio que cubría su propia sombra, que iba dando saltos a su alrededor, de un lugar a otro, sin orden ni concierto. Por fin, se detuvo, y con él se detuvo la luz, así como las sombras proyectadas por la habitación. Al poco se acercó la lámpara al muslo, donde sentía una ligera quemazón. A la luz de la llama se apreciaban dos pequeños puntos rojizos. Era evidente que el ser había sido más rápido que él y había conseguido picarle antes de que él lo arrojara lejos de sí.

Apagó la lámpara, la dejó junto a la caja de pertrechos y volvió a acostarse. Pero no consiguió quedarse dormido. La quemazón de la picadura, en la parte alta del muslo, iba empeorando poco a poco, tanto que, al rayar el alba, le recordó una desolladura.

Dejó, pues, el catre y se acercó al rincón donde había juntado sus pertenencias, moteadas ahora por la luz del sol de la mañana, que caía sobre ellas colándose por los boquetes de las chapas del techo. Llenó de agua la palangana; descolgó la toalla del clavo, la mojó bien, la retorció para eliminar el exceso de líquido y se enjugó la cara, el pecho, la espalda y las axilas. Se puso la camisa y luego los pantalones, pero solo hasta poco más arriba de las rodillas, donde se detuvo para observar un momento la picadura del muslo. Ya se había formado una ligera tumefacción en torno a los dos puntos que ahora estaban negros y le dolían. Se abrió los calzoncillos por arriba y se metió la camisa por dentro. Se apretó el cinturón en torno al talle, fijándolo en la señal que había quedado en el tejido. Lavó la toalla, la colgó del mismo clavo, lanzó una mirada general y detenida a las paredes, el techo y el suelo, y salió.

* * *

Dieron por concluida la ronda de reconocimiento de aquella mañana cuando el sol comenzaba a descender de su cénit. Ya no les era posible soportar el calor ni permanecer un minuto más sentados en el vehículo, cada una de cuyas partes achicharraba a quien la tocase, tal era su temperatura. Primeras horas de la tarde del 10 de agosto de 1949.

Los soldados en el campamento se habían abandonado a las estrechas franjas de sombra que corrían en paralelo a las tiendas; en los amplios espacios sobre los que el sol caía sin obstáculo, las partículas de arena venían chupando el ardor de los rayos desde la mañana, y era imposible parar. Él, por su parte, se vio obligado, por el cólico que le entró durante la ronda, y no por el calor, a retirarse de inmediato a su habitación nada más descender del vehículo, sin detenerse en el puesto de mando ni ver cómo iban las cosas en el campamento.

El agua sucia con que se había lavado por la mañana seguía donde la dejó, en la palangana. La sacó al exterior y la vació sobre la arena, cerca del cobertizo. Luego la llenó de nuevo con agua limpia, que vertió de la lata. Se quitó toda la ropa salvo los calzoncillos; descolgó la toalla, la humedeció y se dispuso a enjugarse el cuerpo. Comenzó por la cara, y de allí pasó a la nuca, luego al pecho y a las partes de la espalda que le resultaban accesibles. Lavó la toalla de nuevo antes de ocuparse de sus brazos y axilas. Las piernas fueron lo último, salvo la zona de la picadura, que estaba más inflamada. Después de lavar bien la toalla y colgarla del clavo, tomó un estuche pequeño, que había depositado en un rincón del cuarto, con el resto de sus pertenencias, y volvió hacia la mesa, donde lo colocó. Lo abrió y sacó desinfectante, algodón y gasa. Vertió un poco de desinfectante en el algodón y procedió a limpiarse la picadura con sumo cuidado; cuando acabó, se la envolvió con la gasa. Se dirigió al lecho y se tendió en lo alto. Una fuerte contracción había comenzado a dejarle sus efectos por la espalda y los hombros.

* * *

Aunque les resultó útil para ir familiarizándose con la zona e ir desvelando sus enigmas, la ronda de la primera hora de la tarde tampoco les sirvió para detectar a los infiltrados. Las monótonas dunas que los rodeaban por todas partes seguían tan taciturnas como siempre, sin revelar sobre sí otras huellas que las que dejaban las ruedas de su propio vehículo.

Mientras, en el campamento, con el avance del día y la persistencia del calor, los soldados seguían arrastrándose lentamente detrás de la sombra, que perseguían adonde esta se moviese, formando franjas paralelas a las tiendas. A su llegada, y a pesar de que se sentía peor del cólico que había comenzado a afectarle antes del mediodía, se dirigió a un grupo de ellos, entre los que había varios veteranos. Los puso al corriente de las dos rondas del día y les preguntó hasta qué punto se iban aclimatando a las condiciones del lugar y al calor extremo, sobre todo durante los ejercicios que tenían asignados. Después de escuchar sus breves respuestas, prosiguió afirmándoles lo necesario que era estacionarse en aquel lugar y realizar aquellos ejercicios, tan importantes como las misiones bélicas en que pudieran tomar parte más allá de los límites del campamento. Y es que su presencia en aquel lugar, por sí misma, y la firmeza con que la sobrellevasen, con independencia de su incorporación a unas determinadas operaciones militares, estaban llamadas a desempeñar un papel fundamental en el dominio sobre la zona y el establecimiento de una nueva frontera con Egipto, que había de resultar invulnerable a cualquier intento de intrusión. Ellos eran el primer y único destacamento que llegaba hasta aquel punto extremo del sur desde que se anunció la tregua, y a ellos se les había confiado la total responsabilidad de mantenerlo seguro.

De camino a su alojamiento, se detuvo en el puesto de mando, donde estaban su asistente, los sargentos y el conductor, reponiéndose de los efectos de la ronda de la tarde, y les informó de que emprenderían otra antes del atardecer.

* * *

Y, en efecto, hubo otra, y más al día siguiente, y al cabo de dos días; pero lo único que el lugar revelaba eran torbellinos de arena y nubes de polvo, que parecían empeñadas en perseguirlos y jugar con ellos. Pero los torbellinos no lograron detener sus operaciones de búsqueda, del mismo

modo que el silencio de las colinas yermas fue incapaz de acabar con su determinación de localizar a los árabes que hubiesen quedado en la zona, de atrapar tanto a los infiltrados como a los que se apresuraban a esconderse en las dunas nada más oían el estruendo del vehículo. Sus figuras negras y espigadas se le habían hecho visibles en ocasiones, agitándose entre las colinas; pero cuando el vehículo rugía en su dirección y las alcanzaba, no daban con ninguno de ellos.

Solo el calor extremo, cuando ya no podían aguantar los efectos del sol, y la falta de luz, porque comenzaba a declinar el día, podían ponerles punto final a aquellas persecuciones, cuando se veía obligado a ordenarle al conductor que los llevase de vuelta al campamento por una u otra razón.

Con el atardecer se aligeraba la densa pesadez del aire, cuya temperatura pasaba a ser soportable. Con ello recobraban su actividad los soldados, la mayoría de los cuales no había abandonado el campamento, ni apenas la sombra de las tiendas, que los protegía nada más terminaban los ejercicios militares diarios. Así era como, tras la puesta del sol, comenzaban a resonar por toda la zona sus charlas y risas hasta que daban las diez, momento en que se retiraban a las tiendas mientras que él se metía en su cobertizo.

A la intensa negrura de la habitación llegaban de vez en cuando sonidos que, de primera intención, parecían murmullos, sílabas foráneas e incomprensibles; hasta que poco a poco se hacía posible distinguir los golpes del viento sobre el tejido de las tiendas, los pasos de los soldados que estaban de guardia y sus llamadas súbitas, a lo que se unían disparos lejanos, el ladrido de un perro o acaso berridos de camello.

* * *

Sudoroso, respirando con dificultad el aire pesado de la habitación, sentado a la mesa sobre la que había varios mapas desplegados, percibía aquellos sonidos lejanos, que agudizaban su dolor de cabeza. No se había quitado la ropa, ni siquiera el calzado, donde la humedad del sudor acumulado ahogaba a los dedos de sus pies, allí encerrados desde primera hora del día. Era casi medianoche, y la fecha, 11 de agosto de 1949. Movió las manos lentamente hacia el borde de la mesa, dobló los muslos debajo de esta y se levantó de la silla; aunque tuvo que apoyarse en ella a toda prisa para darle sustento, con ambas manos, a su cuerpo, que se caía. Respiró profundamente. Se dirigió a la maleta que tenía en el rincón, se inclinó sobre ella, puso ambas manos sobre los cierres, los abrió y levantó la tapa. Introdujo la mano derecha y sacó un paquete de balas. Se levantó y volvió a la mesa. Colocó encima de ella el paquete y comenzó a pasarse su contenido a los bolsillos del chaleco, con manos temblorosas. El sudor le manaba desde el nacimiento del cabello y por encima de las sienes y las mejillas. Cuando terminó, tomó su fusil, que descansaba a un lado de la mesa, se lo echó al hombro y salió del cobertizo.

La oscuridad no era demasiado profunda en el exterior, a pesar de que la luna ya no estaba llena, como hacía dos noches. Se detuvo un instante ante el acceso del campamento, en espera de que se lo abriesen los soldados de guardia, y salió en dirección a las colinas lóbregas, que lo fueron engullendo poco a poco.

* * *

Caminó largo rato bajo los efectos del cólico agudo que le había prendido en el vientre y de la

contracción de la espalda. Los pasos se le iban alterando y le costaba mantener el equilibrio cuando lo sorprendían las arenas que se extendían bajo sus pies con algún declive o elevación. A pesar de todo, no detuvo su marcha hacia la oscuridad, de entre cuyas entrañas surgían, espaciados en el tiempo, aullidos lejanos; hasta que fue a dar con una rampa pronunciada que tiró de él hasta el fondo.

Cuando las arenas dejaron por fin de arrastrarlo, quiso levantarse, pero una fuerte rigidez, que le atenazó los miembros, lo volvió a arrojar contra la arena. Varió entonces levemente la posición de su cuerpo con la intención de poder sentarse, e inspiró una honda bocanada de aire que puso fin a lo entrecortado de su respiración sin llegar a liberarle el pecho.

Permaneció sentado, quieto donde estaba, con los ojos fijos en el espacio que se extendía ante ellos y que las sombras colmaban de negrura; mientras su mano izquierda, apoyada en el muslo, palpaba la picadura por debajo de los calzoncillos. Pasado un tiempo, cuando aminoró el ritmo de sus pulsaciones, que se le habían acelerado hasta casi ahogarlo durante la caída, giró la cabeza hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Estaba solo entre las colinas. Alzó la vista a las estrellas que, sin orden ni concierto, se distribuían por todos los puntos del cielo que quedaban por encima de las colinas y entre las cuales seguía la luna su camino hacia la línea tenebrosa del horizonte, por el oeste. Se retiró la mano del muslo, la colocó junto a sí, sobre la arena, y se empujó hacia arriba para levantarse; pero su cuerpo perdió pronto el equilibrio y a punto estuvo de desmoronarse. Se rehízo, sin embargo, enseguida y, tras ponerse en pie, se dirigió a la colina que se alzaba ante él y comenzó a subirla; alcanzó la cima con los ojos cubiertos por la oscuridad. Una vez en todo lo alto, se detuvo un instante y giró sobre sí mismo para pasear la vista por el sombrío espacio que lo rodeaba. A sus oídos llegaban aullidos dispersos cuyos ecos repetían las colinas, de modo que era imposible precisar su procedencia. Parecían formar parte de la oscuridad, que cubría las elevaciones de arena que se extendían por doquier. Y echó a andar de nuevo.

* * *

Siguió caminando hasta el fin de la noche, cuando las sombras comenzaron a disiparse y aparecieron los bordes de las colinas bajo la luz del alba. En ese instante se apoderó del aire un soplo de helor que le atravesó la ropa, le alcanzó el cuerpo y le caló los huesos. Experimentó tal escalofrío que el cuerpo volvió a sacudírsele con fuerza y la respiración se le alteró de nuevo, y tuvo que detener su marcha. Trató de inspirar con parsimonia, pero su garganta emitió, de repente, un golpe de tos frustrado y un eructo. Tuvo que inclinar la cabeza y vomitar.

Cuando se le pasaron las náuseas, tomó, con manos temblorosas, la cantimplora que le pendía de la cintura; la destapó, se la aproximó a los labios y se enjuagó la boca varias veces. Después de escupir el último trago, y ya más sereno, percibió de nuevo ruidos detrás de las colinas, pero ahora en un tono más alto. Se diría que la luz del alba había acortado de improviso la distancia que lo separaba de la fuente del sonido. Se le agitó otra vez el resuello y le tembló el cuerpo, mientras trasladaba a toda prisa la mirada de una a otra de las colinas desiertas que lo rodeaban por todas partes. Y, sin más, se lanzó en dirección a aquellos ruidos, que no hacían más que elevarse, lo mismo que las pulsaciones de su corazón, a medida que se acortaba la distancia, hasta el punto en que fue posible distinguir algo. Ahí detuvo su marcha unos instantes, para reemprenderla enseguida, a pesar de los temblores que se habían adueñado de él, en dirección a

los ruidos, cuyo origen no era otro que los soldados de su destacamento. Un cuarto de hora le costó volver al campamento, de donde había salido hacía varias horas.

* * *

La luz pálida de la mañana cubría las cimas de los promontorios alrededor del campamento, por el que se distribuían los soldados, recién despiertos. Unos salían de las tiendas o desaparecían en ellas; mientras otros se ponían en la cola que discurría en paralelo al depósito del agua, con las toallas al hombro o al cuello, esperando el turno para usar el grifo. Cuando cruzó el portón principal y pasó junto a ellos en dirección a su cobertizo, se le fueron poniendo firmes antes de alzar con presteza la mano derecha hacia la cabeza, con los ojos fijos en el vacío, cumpliendo con el saludo de rigor.

Una tibia oscuridad seguía aposentada en el interior del cobertizo. Cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia la mesa, se quitó la cartuchera y la dejó sobre esta; luego se acercó al catre y se tendió, después de colocar el fusil contra la pared, a su derecha. Se quedó inmóvil por un tiempo, durante el cual fue disipándose la oscuridad y aclarándose los detalles de la habitación. La rigidez le atenazaba ahora todos los miembros del cuerpo. Se inclinó lentamente hacia sus pies y comenzó a desabrocharse el calzado que, por efecto del polvo, había pasado de marrón a ocre pálido. Tomó las botas con ambas manos, alzó su cuerpo de un impulso, con un esfuerzo que le contrajo el rostro, y se dirigió hacia la puerta; la abrió, se detuvo a la entrada del cobertizo y comenzó a golpear una bota contra otra, formando en torno a sí un halo de polvo. Regresó después al interior, empujó las botas hasta debajo de la silla, se quitó la camisa y los pantalones y lo dejó todo en el borde de esta; fue luego al catre, se sentó en el filo y examinó la venda que cubría la picadura, por encima de su muslo izquierdo. La pomada amarilla había traspasado, hacia el exterior, la venda blanca. Volvió a levantar la cabeza y comenzó a pasar los ojos, lentamente, por la habitación, salvo los lugares hasta los que penetraba la luz de la mañana desde las rendijas, de los que retiraba la vista a toda prisa. Cuando hubo terminado de observar la habitación, inclinó con cuidado la espalda hacia el lecho y se tendió. Enseguida comenzaron a bailar ante sus ojos unas manchas negras. Recorrió los muebles, comenzando por la mesa y la cartuchera que había encima, la caja, la palangana, los clavos de la pared, su ropa sobre la silla, las botas que había debajo, así como los retazos de luz que se extendían desde las chapas del techo y la puerta, el campamento, las dunas sombrías, el declive por el que se precipitó, las arenas a las que trató de aferrarse, la luna y el horizonte lóbrego, su ropa sobre la silla, los clavos de la pared, la venda mientras se la quitaba del muslo, y, de un salto, abandonó el lecho. La venda estaba en su sitio, pero tendió la mano hacia ella lentamente y comenzó a deshacerla. Con una mano deshacía y con la otra iba recogiendo la gasa en semicírculos; el amarillo de la pomada reaparecía regularmente, siempre en el mismo lugar, pero cada vez más chillón, y así hasta que deshizo la venda por completo. Apenas puso la vista en la picadura, alzó la cabeza de golpe y tragó saliva varias veces, antes de observar de nuevo la tira de gasa que colgaba de su diestra. Sin contar los restos de pomada, que la manchaban a todo lo largo, su tejido comenzaba a desintegrase en muchos puntos. Avanzó hacia la mesa, dejó la venda encima y acercó la cartuchera; bajó la cabeza y volvió a examinar la hinchazón que se le había formado en el muslo. Llena de pus amarillo, la rodeaban un círculo rojo, otro azul y un tercero negro.

Gastó la mitad del agua de la lata en lavarse el cuerpo; sacó una muda completa de ropa

limpia de su maleta y, de la caja de pertrechos que había al lado, una venda nueva, algodón, desinfectante y un tarro de pomada. Vertió un poco de desinfectante en el algodón y comenzó a limpiarse la zona de la inflamación con esmero; metió luego el dedo en el tarro de pomada y extendió una cantidad alrededor de la picadura. Repitió la operación una, dos, tres, cuatro veces, hasta casi tapar con pomada la zona tumefacta. Se vendó el muslo con la gasa nueva, se puso la ropa limpia, se calzó y se sentó en el filo del catre, donde rindió sus oídos a los ruidos que venían de fuera acompañado de la penumbra que se extendía por la habitación.

Por esta resonaba el alboroto generado por la diligente actividad de los soldados, que solía tener lugar dos veces al día, al comienzo y al final de la jornada, cuando la temperatura ambiente les permitía practicar ejercicios militares y moverse de un lado a otro por el campamento. De repente, saltó de encima del catre y se acercó a un rincón del techo, con los ojos tan abiertos como le permitía la hinchazón de sus párpados, y miró con fijeza. Poco después se dirigió hacia la puerta y la abrió de par en par. Una luz penetrante alcanzó el suelo de la habitación, a través del quicio, sin llegar a iluminar el interior; la acompañaban las voces de los soldados que llegaban del lado de las tiendas. Volvió a acercarse a la parte del techo que había estado examinando, y allí se detuvo; alzó la cabeza cuanto pudo y fijó de nuevo la vista. Pero no permaneció así mucho tiempo, pues al cabo de unos instantes bajó la cabeza bruscamente y, mirando hacia abajo, fijó en un punto los ojos mientras se masajeaba el cuello. Volvió al rincón de la habitación que estaba cerca de la puerta y se inclinó sobre él. Y allí permaneció agachado, observando un punto concreto, hasta que dirigió la vista al rincón donde se acumulaban sus pertenencias, y hacia allá se acercó a gachas. Cuando estaba muy cerca de la caja de pertrechos, tiró de ella y miró detrás. Había una araña de patas altas pegada a la parte trasera. Tendió la mano derecha, la machacó y siguió gateando hacia el catre. Varias arañas pequeñas, agazapadas debajo, habían tendido con sus finos filamentos una casa en cuyo interior pendía un escarabajo gris muerto, que aplastó con la suela de su bota cuando lo tuvo fuera. Volvió entonces a inclinarse, acercó la cabeza al suelo y miró con atención. Y, en rápidos movimientos, fue saltando de un lugar a otro, donde fue acabando con numerosos insectos pequeños que se arrastraban por la superficie.

Prosiguió su ronda por la habitación para peinar ahora con los ojos la pared. Dos arañas y una polilla; las aniquiló. Se subió otra vez a la mesa y dirigió la cabeza hacia el techo, fijando la vista en el primer rincón, pero unas manchas y rayas de oscuridad comenzaron a agitarse ante sus ojos, seguidas de una total negrura; perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer. Saltó al suelo, tiró de la silla, se sentó apoyando la cabeza en el borde de la mesa y cerró los párpados enrojecidos.

Mientras tanto, se aproximó un pequeño insecto desde uno de los bordes del suelo y se deslizó por el espacio que había entre este y la pared, huyendo hacia el exterior.

Poco después abrió los ojos y comenzó a pestañear de nuevo; alzó la cabeza de la mesa, se acercó ambas manos y se presionó las sienes con el rostro fruncido. Se colaron entonces hasta el interior del cobertizo el berrido de un camello y el ladrido de un perro, pero el alboroto de los soldados, que se ejercitaban moviéndose por el campamento, acabó por superarlos. Entornó los párpados, cerró los ojos y siguió sentado en la silla, rodeado de sonidos que divergían en altura, lejanía e intensidad en aquella hora temprana de la mañana del 12 de agosto de 1949.

* * *

No mucho más tarde se estaba subiendo, en compañía de dos cabos y tres soldados rasos, al vehículo. Su vista fue detrás de su pie derecho cuando este se posó sobre el escalón del vehículo e inmediatamente se alzó, justo antes de que él se precipitara hacia la parte baja del asiento delantero, donde su cuerpo se desplomó. A su izquierda, el cambio de marchas y los cinco indicadores en forma de reloj, cuyas agujas se agitaban nerviosas. Las manchas negras volvieron a ocultarle la vista unos instantes, y luego otra vez por un espacio de tiempo más largo.

Partieron esta vez sin abrir ninguno de los mapas que solían estudiar al emprender aquellas rondas. Se limitó a señalarle al conductor que los llevase en una dirección determinada. «A aquella colina», dijo, sin extenderse, señalando con la mano un promontorio que marcaba un corte en la línea del horizonte.

Y, mientras las ruedas del vehículo se tragaban la arena del suelo, que después esparcían con estruendo por el aire transformándola en largas nubes de polvo que, como siempre, quedaban suspendidas a sus espaldas, avanzaban ellos observando las colinas que se sucedían, incansables, a ambos lados del camino. Pero, nada más llegar a la que él había indicado, señaló otra, paralela al horizonte y situada en línea recta con la que acababan de alcanzar. Y así siguieron su ronda, de una cima a otra hasta que se detuvieron ante una de ellas a examinar ciertas huellas sobre la arena.

Una calma casi completa dominó el lugar en cuanto se detuvo el fragor del motor y ellos descendieron del vehículo; solo quedó el sonido amortiguado que producía el avance del grupo por la arena, mientras exploraban. Una vez que terminaron, bebieron un poco de agua y volvieron al vehículo para encaminarse hacia «aquella colina» que él indicó con la mano desde el asiento delantero, antes de tomar una profunda bocanada de aire que lo forzó a cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, la colina que había señalado había desparecido detrás de las manchas negras que habían empezado a agitarse ante sus ojos como si fuesen un insecto frenético. De pronto alzó una mano con la palma extendida, tensa, en el aire, lo que llevó a los soldados a callarse de golpe. Solo un momento después volvió a indicarle al conductor que arrancase el motor aunque, antes de hacerlo, se oyó el ladrido de un perro.

* * *

A lo lejos divisaron palmeras *dum*, terebintos y un cañaveral por entre cuyas delgadas vainas discurría un manantial exiguo. Se detuvo el vehículo y él bajó de un salto y se precipitó en aquella dirección, siguiendo una pendiente de arena que lo condujo suavemente hacia el fondo. Detrás venían los demás integrantes de la patrulla, a quienes no prestó la menor atención, pues tenía los ojos clavados en los árboles, de detrás de los cuales, además de ladridos de perro, llegaban berridos de camello. Nada más poner los pies en el fondo de la pendiente, echó a correr hacia allá y atravesó el ramaje que, de repente, dejó ver a un grupo de árabes, de pie, inmóviles, en torno al manantial. Los ojos del oficial se encontraron con los de los árabes, abiertos a más no poder, como los ojos de los camellos que, en cuanto oyen algún ladrido, dan un respingo y salen huyendo, aunque sea unos pasos. Siguió el estrépito de un tiroteo cerrado.

* * *

Por fin dejó de aullar el perro, y algo de calma se enseñoreó del lugar. Ahora solo se oía el

sollozo de una muchacha, que se había hecho una bola, como una cochinilla, en el interior de su ropa negra, junto con el rumor de las hojas de *dum* y de las cañas por entre las que pasaban los soldados. Mientras estos peinaban el lugar en busca de armas de algún tipo, él examinó las boñigas de las bestias en aquella mancha verde rodeada de infinitas dunas peladas. Pasó luego entre los camellos que yacían sobre la tierra, cual pequeñas colinas recubiertas de hierba seca. Eran seis. Y, a pesar de que todos estaban muertos y las arenas se iban tragando poco a poco su sangre, los miembros de algunos seguían produciendo movimientos, casi imperceptibles. Su vista se detuvo en un puñado de hierba seca que había junto a los belfos de uno de ellos, que acababa de arrancarla; en las raíces seguía habiendo granos de arena.

No hallaron ningún tipo de armamento. Los dos sargentos y los soldados rasos peinaron la zona varias veces sin resultado. Por fin, se volvió él hacia la masa redondeada y negra que no paraba de gemir, y se decidió a tocarla; la agarró con ambas manos y la sacudió con fuerza. Volvió a oírse al perro, con cuyos ladridos se mezcló el llanto de la muchacha. Le volvió la cabeza hacia el suelo y le tapó la boca con la mano derecha, que le quedó cubierta por la viscosidad de las babas, los mocos y las lágrimas de la joven. También el olor de esta le alcanzó a él la nariz, obligándolo a mover la cabeza hacia otro lado. Pero enseguida se giró hacia ella de nuevo y se acercó la otra mano a la boca, sobre cuyos labios posó el índice, mirándola directamente a los ojos.

* * *

Al llegar la patrulla al campamento, casi todos los hombres estaban sentados a lo largo de la estrecha franja de sombra que corría en paralelo a las tiendas. Y, cuando bajaron a la muchacha y al perro de la parte de atrás del vehículo, algunos dejaron la sombra y avanzaron hacia los recién llegados. Él trasladó la vista de la zona de las tiendas a las arenas que reflejaban los rayos del sol antes del resplandeciente mediodía, y de allí al vehículo, lo que expuso sus ojos a diversos grados de luz, cubriéndolos de manchas negras y grises, que se hicieron más densas gracias a las moscas que revoloteaban en torno al grupo. Al final posó los ojos en su asistente, que ya estaba preguntándole sobre lo que tenían hacer con la muchacha. Transcurrieron unos instantes antes de que él contestara. Sus mandíbulas siguieron pegadas, una a la otra, hasta que bajó la cabeza hacia la arena, cerrando los párpados y tomando rápidas bocanadas de aire. Solo entonces respondió que, por ahora, la tendrían en el segundo cobertizo, y que habría que encargarle a uno de los soldados que la guardase; ya decidirían más adelante qué hacer con ella. Fuese como fuese, lo que no podían hacer era dejarla libre en aquella zona desértica. Cuando volvió a levantar la cabeza, dirigió la vista hacia los hombres, que estaban ya todos congregados alrededor de los recién llegados, y les dijo con voz clara y amenazadora que mucho cuidado con acercarse a la muchacha. Y los dejó camino de su alojamiento.

Nada más entrar en este, se dirigió al catre y se tendió. Cerró los párpados inflamados y no tardó en caer en un profundo sopor.

* * *

Abrió los ojos, se movió con cuidado de donde estaba y se sentó en el borde del catre. Tras un instante alzó la mano izquierda hacia su rostro y se frotó suavemente los pómulos; se puso en

pie, se dirigió a la puerta y la abrió de par en par. Algo de luz penetró en el sombrío interior del cobertizo y envolvió su cuerpo cuando asomó la cabeza a través de la puerta para echar un vistazo. No había dormido mucho, al menos no el tiempo suficiente para que las sombras volviesen a ocupar una extensión mayor de arena. Dio media vuelta hacia la habitación y la recorrió, peinando las paredes, los rincones, el techo; sus ojos percibieron el movimiento ligero de tres arañas, que aplastó de inmediato con la mano. Se dirigió luego al rincón donde tenía sus pertenencias y vertió un poco de agua en la palangana metálica. De la caja de pertrechos sacó los enseres de afeitado y un pequeño espejo, que colgó de un clavo. Observó con atención el reflejo de su rostro. Durante los últimos tres días, la piel se le había oscurecido en unas zonas y enrojecido en otras, en especial en torno a los párpados, a pesar de que no se había quitado la gorra, que le había dejado una marca manifiesta en la frente.

Se puso un poco de jabón de afeitado en las mejillas y el mentón; humedeció la brocha con el agua limpia que había vertido en la palangana y se la acercó a la piel de la cara, sobre la que fue extendiendo el jabón en movimientos circulares hasta dejársela blanca como la nieve. Nada más terminar, comenzó a quitarse la espuma con la navaja, primero por los pómulos y luego por la parte del cuello. A cada pasada, la navaja se iba cubriendo con la espuma del jabón, cuyo color iba poco a poco mutando del blanco al crema, pues se le habían ido mezclando los pelos, de un amarillo pálido, que habían cubierto el mentón rasurado y recordaban a los granos de la arena. A continuación, restregó el filo de la navaja contra el borde de la palangana para eliminar la espuma que se había ido acumulando, y que, con extrema lentitud, fue resbalando a su vez por el borde interior del recipiente hasta alcanzar la superficie del agua, donde fue poco a poco deshaciéndose sin dejar de flotar.

Así hubo terminado de afeitarse, llevó la palangana con el agua sucia fuera y la vertió sobre la arena, lejos de la entrada; volvió al interior de su cobijo y cerró la puerta, pero no del todo, pues quería que se colara un poco de luz. Volvió a verter agua de la lata en la palangana, se desnudó y se abrió la venda, sin mirarse la picadura, que ahora parecía una herida infectada a pesar de que no le dolía en absoluto, y comenzó a lavarse allí mismo, en su habitación, tras desistir una vez más de hacerlo con los demás miembros del destacamento.

Humedeció primero la toalla con el agua de la palangana, la frotó con la pastilla de jabón y se enjugó el rostro, el cuello y las orejas. Renovó el agua de la toalla y se frotó el vientre y la superficie de la espalda que le resultaba accesible; volvió a escurrirla y a mojarla, y se ocupó de sus brazos y axilas, y luego de sus piernas, pasándola por la zona que rodeaba la picadura, por encima del muslo, con extrema suavidad, sin mirarla tampoco esta vez. Con todo, la garganta se le llenó al punto de saliva; movió con rapidez la cabeza hacia arriba y respiró profunda y lentamente.

Después de enjugarse las partes bajas, lavó la toalla a fondo, con jabón, y la colgó en la pared; volvió al lecho y se tendió, dejándose la herida al aire. Se levantó poco después y se dirigió a la caja de pertrechos, en un rincón de la habitación, y sacó una venda nueva, algodón y desinfectante. Vertió un poco de este en el algodón y se limpió la herida rápidamente; luego se la vendó con la gasa, sin apretar mucho. Puso el desinfectante en su sitio, se inclinó sobre la maleta, que estaba al lado, y sacó una muda completa de ropa limpia, que desprendía un aroma agradable, ya algo disipado, que le llegó a la nariz y permaneció unos instantes en el interior de esta antes de evaporarse de nuevo.

Y comenzó a ponerse la ropa, cuyo tejido, seco y limpio, le rozaba la piel, mientras recorría

con los ojos enrojecidos las paredes, el suelo y el techo, cerrándolos de vez en cuando. La calma era completa a su alrededor. Después de calzarse las botas, se dirigió hacia la puerta, que estaba entornada, la abrió de par en par y allí se detuvo a contemplar la escena que se desplegaba ante él, ocupada en su mayor parte por el cielo, con el sol en su extremo occidental, y luego por las arenas, las tiendas, el segundo cobertizo y el perro, que estaba recostado a corta distancia de este. Con la cabeza apoyada sobre sus cuartos delanteros, miraba hacia la puerta atrancada, junto a la que había un soldado sentado.

* * *

El perro empezó a ladrar, erguido sobre sus extremidades, en cuanto el oficial se acercó al segundo cobertizo; pero él, sin prestarle atención, se dirigió al soldado que estaba de guardia y le ordenó que abriese la puerta. Pasó al interior, donde la luz que lo acompañaba no pudo vencer a la oscuridad reinante, pero dio media vuelta de inmediato, salió y le ordenó al guardia, que seguía fuera, que sacase a la muchacha y lo siguiera.

Así que se hubo alejado unos pasos, se oyeron de nuevo los ladridos del perro, y él comenzó a caminar más despacio, sin volverse atrás para mirar; se limitó a bajar un poco la cabeza en dirección a su sombra, que se extendía sobre la arena, arrastrándose por delante de él con ligereza, mientras avanzaba por medio del campamento hacia el depósito de aguas; el soldado de guardia hizo como le había mandado su superior. Era media tarde.

Al llegar al depósito, él se giró hacia el guardia, que venía a su zaga, trayendo del brazo a la muchacha, seguidos ambos por el perro, y le ordenó que se quedase donde estaba. Dirigió la mirada a las tiendas de los soldados, algunos de los cuales habían dejado los sitios en que estaban sentados, a la sombra, y se encaminaban ellos también hacia el depósito; lo seguían mientras él los miraba con fijeza. Le ordenó al primero de ellos en quien reparó que trajese una manguera y la sujetara al grifo; el soldado se dirigió al punto hacia el centro del campamento, al lugar donde tenían los pertrechos. No se disolvió el grupo de soldados que se habían concentrado en torno a ellos, y movían la vista del oficial a la muchacha en silencio; él, mientras tanto, observó al perro, que estaba parado a corta distancia, y luego miró hacia las tiendas, que emulaban a las acumulaciones de arena, dispersas y elevadas hacia el azul pálido del cielo.

Al poco volvió el soldado con la manguera enrollada alrededor del brazo en anillos regulares; fue directamente al depósito y encajó uno de los extremos en la boca del surtidor. El oficial le ordenó que le trajese el otro extremo, y el soldado dejó caer la manguera enrollada al suelo, de modo que se fuese desplegando tras él a medida que se movía. Tras recibir el extremo de la manguera, el oficial fue hacia la muchacha y, con la mano izquierda, le quitó de la cabeza la tela negra; luego, sirviéndose también de la diestra, con la que empuñaba la manguera, le agarró con fuerza ambos bordes del escote del vestido y se lo abrió; el sonido agudo que produjo el desgarro de la tela hendió el silencio. Giró entonces alrededor de la muchacha tirando del vestido, se lo quitó por completo y lo arrojó tan lejos de sí como pudo, junto con los distintos andrajos que llevaba ella encima, en los que se había acumulado olor a boñiga junto con la fetidez penetrante de los orines y fluidos sexuales, además de la pestilencia ácida del sudor viejo al que se ha sumado el vaho del nuevo. El aire fue impregnándose de todos aquellos efluvios, que seguían en parte fijados al cuerpo de la muchacha. Ello lo forzaba a girar cada tanto la cabeza, ahora aquí ahora allá, para evitarse tener que inspirar el olor que la envolvía. Por último, dio unos pasos

atrás y le pidió al soldado que le había acercado el cabo de la manguera y seguía junto a él, que fuese a abrir la espita.

Pocos instantes después el flujo de agua recorrió la manguera y esta se tornó más pesada en la mano del oficial, quien quitó de golpe el dedo de la abertura y dejó que el agua se derramase sobre la arena. Al penetrar entre los granos, el agua tomó el color oscuro de la arena en sombra. Sin apenas esperar, dirigió la manguera hacia la muchacha, y el agua comenzó a caer sobre su cuerpo.

Y procedió a ducharla trazando un arco, para evitar en la medida de lo posible que el chorro de agua la alcanzase de lleno, y dando vueltas a su alrededor; de modo que fue mojándola desde el vientre a la cabeza, luego a la espalda, y de ahí a los muslos y a los pies, que tenía llenos de arena, para pasar por último a la parte superior del cuerpo. Cuando la hubo duchado entera, y ya seguro de que el agua le había llegado a todos los miembros, cubrió el cabo de la manguera con el pulgar, se volvió donde los soldados, que seguían congregados a su alrededor, y le ordenó al primero que vio que le trajese una pastilla de jabón.

Los soldados no paraban de mirarse entre sí y de observar a la muchacha, quien, hecha un ovillo, temblaba sobre la arena. Y así siguieron hasta que llegó la pastilla de jabón, que se deslizó de la mano del soldado a la del oficial, y de ahí a la arena, a los pies de la muchacha. Él le señaló la pastilla con la diestra, de la que se servía para sujetar el cabo de la manguera, mientras movía la mano libre por su cabeza y pecho. La joven se quedó inmóvil, como petrificada, hasta que se oyeron varias carcajadas reprimidas de los soldados. Él entonces le gritó con voz penetrante y con los ojos fijos en los de la muchacha para ordenarle que cogiera la pastilla de jabón. En ese punto decayeron las risas y comentarios de los soldados, y solo se percibieron los jadeos del perro. Ella alargó la mano hacia la pastilla de jabón y la agarró. Le caía agua de todo el cuerpo; se incorporó un poco y comenzó a pasarse el jabón, en círculos, por la cabeza y por el pecho, que comenzó a cubrirle poco a poco una fina capa de espuma blanca de jabón, ocultando momentáneamente el moreno amarillento de su piel. Él puso los ojos, mientras tanto, en la mancha de arena mojada que la rodeaba. El agua no salía despedida desde el cuerpo de la muchacha, pues la arena que tenía cerca la chupaba de inmediato. Cuando el oficial volvió a alzar la cabeza hacia ella, la espuma de jabón le cubría casi todo el cuerpo, en especial la parte delantera. Levantó el pulgar del cabo de la manguera para permitir que el agua fluyera de nuevo; pero ahora presionó la salida con el pulgar y el índice, estrechando la abertura de modo que el flujo saliera con mayor fuerza y llegara más lejos, y la dirigió hacia la muchacha.

Se aplicó así a quitarle el jabón de la superficie del cuerpo; a veces llevaba la espuma blanca a zonas que la pastilla no había alcanzado, valiéndose para ello del agua que salía por la manguera. Una vez que hubo acabado con la mayor parte del jabón que le quedaba a la muchacha en el cuerpo, volvió a tapar la boca de la manguera con el pulgar y dio la orden de que cortasen el agua sin dirigirse a ningún soldado en particular. Y, mientras volvía a oírse el alboroto del grupo, el perro seguía parado donde estaba, atento, con los miembros en tensión y la lengua fuera en un alterado jadeo. De pronto, le dio el oficial una voz al soldado que ya iba a cerrar el grifo, y le pidió que esperase un poco. Levantó el pulgar de la boca de la manguera y el agua comenzó a salir de nuevo, ahora hacia el perro. Pero, apenas comenzó a caer el agua sobre el animal, huyó este despavorido entre las risotadas de los soldados; sonrió él y ordenó al soldado que cerrara el grifo. Cuando el agua dejó de salir, abandonó la manguera en el suelo.

También tirados en la arena, no lejos de la manguera, estaban los vestidos hechos jirones de

la muchacha, tan descoloridos por el sol que parecían plantas secas y muertas.

Volvió a dar una orden, que varios soldados compitieron por cumplir, y al cabo de poco tiempo regresó uno de ellos con una camisa y otro, con unos pantalones cortos; tomó él ambas prendas con su diestra y se las tendió a la muchacha.

Su mano quedó suspendida en el aire, sosteniendo la camisa y los pantalones por algún tiempo, hasta que se acercó la mano izquierda de la muchacha, mientras su diestra trataba de cubrir cuanto pudiese de la parte delantera de su cuerpo, que, a todo esto, ya había secado el sol, excepción hecha de restos dispersos de agua que seguían apreciándose en algunos miembros, como la parte inferior de su seno derecho, sobre la que proyectaba sombra el propio seno. La mirada del oficial se posó en él unos instantes, pero enseguida volvió a fijarse en la mano de la muchacha, que estaba muy cerca de la suya propia. Él abrió la suya, antes de que ella tomase las prendas, y el pantalón y la camisa cayeron a la arena.

* * *

Con su nuevo atuendo, la muchacha se parecía a los demás miembros del destacamento que se agolparon en torno a ella, salvo por su cabello, rizado y largo, que establecía cierta diferencia. El oficial movió los ojos entre sus hombres y los posó en el enfermero, a quien encargó una nueva misión: desinfectarle y cortarle el cabello a la muchacha para impedir que los piojos se extendieran por el campamento. El enfermero se apartó del grupo acompañado de uno de los soldados, pero ambos volvieron al cabo de unos minutos, el primero, con un maletín y una banqueta, y el segundo, con una lata que desprendía olor a petróleo. El enfermero puso la banqueta en el suelo y el maletín al lado; fue hacia la muchacha, la tomó del brazo y la condujo a la banqueta, donde la sentó empujándola hacia abajo por los hombros. Se inclinó sobre su maletín y sacó unos guantes, se los puso con destreza y le indicó al soldado que le acercara la lata. La recibió y comenzó a verter el combustible sobre los cabellos de la muchacha, que acabó cubriendo por completo. Dejó aparte la lata y le frotó a conciencia el cuero cabelludo, en especial las raíces de los pelos que le crecían por detrás de las orejas y por la nuca. Hecho esto, tomó peine y tijeras de su maletín, alzó la vista hacia el oficial y le preguntó hasta dónde cortaba. El oficial repuso que hasta la altura de las orejas. El enfermero trazó un límite con la ayuda del peine entre los mechones de cabello, descubriendo a la luz cierta porción de piel, de una intensa blancura.

Los soldados observaban cómo caían quedamente los cabellos de la muchacha en torno a ella, sobre la arena; mientras tanto, el soldado que había hecho la guardia y otro más agarraron al perro y se pusieron a frotarle la piel, de color canela pálido, con el petróleo que vertieron de la misma lata. Mientras esto sucedía, un escalofrío le atravesó, por un instante, el cuerpo al oficial, a pesar de que los abrasadores rayos del sol de la tarde caían sobre ellos sin piedad.

El enfermero acabó enseguida de cortarle el pelo a la muchacha. Esterilizó las tijeras, el peine y la banqueta, mientras uno de los soldados juntaba en un guiñapo los cabellos cortados que habían ido cayendo; no más terminar, hizo una bola, que puso encima de la ropa hecha trizas de la muchacha, y lo quemó todo a una orden del oficial.

Pero sobre la arena, lejos de la hoguera en la que se consumieron los jirones de ropa, quedaron dispersos algunos mechones negros en forma de pequeños círculos.

* * *

Llevaron de nuevo a la muchacha al segundo cobertizo, y el guardia y el perro volvieron a su sitio, ante la puerta; los demás soldados se dispersaron con parsimonia para ponerse a la sombra de las tiendas, y dejaron atrás, hablando entre ellos, al oficial, a su asistente y a los sargentos de las tres unidades. De ahí en adelante tendrían que extremar las precauciones, y situar a grupos suplementarios de soldados en distintos puntos del campamento, por si acaso a los árabes se les ocurría, durante las semanas sucesivas, llevar a cabo alguna represalia por la operación de hacía unas horas. Por lo que se refería a la muchacha, la llevarían al cuartel general, o bien la dejarían en alguna de las aglomeraciones árabes, puesto que no podían mantenerla entre ellos mucho tiempo. Mientras tanto, la pondrían a trabajar en la cocina.

Concluida la conversación, dejó él el grupo y se encaminó a la entrada principal, y, desde allí, a las colinas occidentales, con la intención de realizar una rápida ronda de reconocimiento; pero la rigidez que le atenazaba los miembros le impidió alejarse demasiado. Se sentó, pues, en una de las colinas inmediatas, y desde allí observó el paisaje ocre claro, pelado, envuelto en el silencio, de no ser por las voces desiguales de los soldados, que se llamaban unos a otros o soltaban risotadas. Y le vino, primero, la imagen del camello que yacía en la arena con un puñado de hierba seca, recién arrancada de raíz, junto a los belfos, y luego, la de la muchacha.

* * *

Se quedó adormilado un tiempo. Abrió los ojos y volvió a mirar en dirección al campamento, que quedaba a su derecha; tendió la mano izquierda hacia la hinchazón del muslo y se la palpó a través del pantalón. Se levantó y echó a andar hacia el sol, alejándose del destacamento. El sol estaba ya muy cerca de la línea del horizonte.

Siguió caminando hacia el oeste hasta que los ruidos procedentes de las tiendas fueron amortiguándose y haciéndose inaudibles. Cuando dejaron de percibirse por completo, se dejó caer en una de las dunas; jadeaba y tenía la garganta llena de saliva. Tomó varias bocanadas profundas de aire, con la vista puesta en la superficie del desierto que se extendía hacia el oeste; evitaba así mirar directamente al disco del sol. Seguía haciendo mucho calor, y eso que casi eran las seis de la tarde.

Poco después se ocultó el sol detrás de las colinas, y sopló una brisa que alivió en alguna medida la pesadez del aire, al tiempo que una estrella comenzaba a titilar por la línea oriental del horizonte. Se puso en pie con esfuerzo y dio media vuelta en dirección al campamento, precedido por aquel astro vespertino. Luego comenzaron a propagarse por el aire los ladridos y aullidos del perro, que se iban haciendo más perceptibles a medida que él avanzaba y la oscuridad del anochecer se extendía por el cielo, apagando el azul. Comenzaba la noche del 12 de agosto de 1949.

* * *

El perro seguía ladrando cuando el oficial llegó al campamento; se dirigió al segundo cobertizo de inmediato, y los ladridos se incrementaron a medida que él se acercaba. Al soldado que estaba

de guardia le preguntó si todo iba bien, y este contestó que sí, perfectamente. De pronto, se abrió la puerta del chamizo, y salió la muchacha; venía llorando y farfullando unas palabras entrecortadas e incomprensibles, que se confundían con los continuos ladridos del perro.

Y en ese momento, después del crepúsculo, muy poco antes de que cayera la noche por completo, en cuanto ella comenzó a articular palabras en un idioma distinto, volvió a ser ajena a ellos, por más que su aspecto se pareciese tanto al de los soldados del campamento.

El soldado seguía en su sitio, a la derecha del cobertizo, con los ojos fijos en la arena, por no mirar al oficial, que comenzó a menear la cabeza con desgana.

* * *

Ordenó que esa noche la cena fuese especial para festejar el éxito de la ronda de la mañana, después de tantas por completo infructuosas. Y, cuando vio que se sentaba a la mesa el último soldado, a las ocho en punto, se puso él en pie, dio sus parabienes a los presentes y ensalzó la contribución de todos ellos a la defensa y protección de la zona. «Porque el sur sigue en peligro, y a nosotros nos corresponde hacer cuanto podamos por mostrar nuestra firmeza y nuestro aguante; pues, de no ser así, lo perderemos. No podemos flaquear ni un instante en nuestro deber de consagrar fuerza y celo a la construcción de este flanco de nuestro naciente Estado, a su defensa, a su conservación para las futuras generaciones. Y esto nos exige que seamos nosotros quienes salgamos en busca del enemigo en lugar de quedarnos quietos a la espera de que aparezca. Como alguien dijo, empieza tú matando a quien tiene intención de matarte. No podemos quedarnos mano sobre mano, sabiendo como sabemos que hay extensiones interminables de tierra que podrían dar acogida a millares de los nuestros, que siguen aún en el destierro, que siguen en el más lamentable de los abandonos. ¿Va a ser incapaz nuestro pueblo de volver a la que es su patria? Por este lugar, que ahora es un yermo, donde no hay más que infiltrados, beduinos y camellos, pasaron nuestros ancestros hace milenios. Y, si los árabes, en virtud de un improductivo sentimiento nacionalista, rechazan la idea de que nos asentemos en esta zona y persisten en resistirnos, prefiriendo que siga baldía, es nuestro deber conducirnos como un ejército. Nadie tiene más derecho a esta tierra que nosotros, dado que ellos la han descuidado durante largos siglos, permitiendo que se convirtiese en un desierto del que se han adueñado los beduinos y sus rebaños. Es más, tenemos el deber de impedirles que sigan aquí, de expulsarlos para siempre. Los beduinos, por lo general, se limitan a rapiñar, a esquilmar, pero no a cultivar, y sus bestias devoran todo el verdor que ante sí puedan encontrar. A ellos se debe el que los escasos oasis de la región se vayan reduciendo día a día. Nosotros, por el contrario, haremos cuanto esté en nuestra mano por propiciar que estas inmensas extensiones florezcan y se pueblen, por impedir que sigan siendo este páramo inhabitable que nos rodea.

»En este preciso lugar es donde vamos a poner a prueba nuestra creatividad y nuestra pericia, cuando consigamos transformar el Néguev en un área floreciente y civilizada, en un foco de aprendizaje, desarrollo y cultura, tal como estamos haciendo en el norte y en el centro del país. Por áridas que ahora parezcan, estas extensiones desérticas irán poco a poco retrocediendo, a medida que se planten árboles y se pongan en marcha proyectos agrícolas e industriales, lo que permitirá que nuestro pueblo se establezca aquí. Ahora bien, para que todo eso ocurra, habrá que empezar por doblegar a los peores enemigos de este lugar, por lo ávidos y perniciosos que son, y que pongamos las bases de la salvaguarda de la zona hasta donde sea posible. El que nos

hallemos aquí es el punto de partida para lograr que este sueño se convierta en una realidad. Por el mero hecho de hallarnos en este lugar inhóspito y desértico en la actualidad, estamos tomando parte activa en la batalla por la existencia y la permanencia en el sur. De ahí que nuestra misión no sea solo militar, sino nacional. De ningún modo podemos permitir que el Néguev siga siendo un yermo pelado, presa de la aridez y de los caprichos de los árabes y sus animales. Es el momento de recordar la frase que encontramos, al llegar, escrita en un muro semiderruido: "No es el cañón el que vence, sino el ser humano"».

* * *

Vasos y platos semivacíos cubrían las mesas cuando la cena de celebración tocaba a su fin, y los soldados seguían enfrascados en sus charlas y risotadas, creando un clima de alegría alborotada que no se había vivido en el campamento los días previos. Esa era la primera vez en que la moral de todos estaba por todo lo alto desde que llegaron a la zona, y en ello el vino debía de tener su parte, pues, si bien en cantidad limitada, todos ellos habían podido beber aquella noche.

A eso de las nueve y media se levantó de nuevo el oficial y les pidió silencio. Con los ojos y la cara visiblemente enrojecidos, les recordó a la muchacha que habían traído ese mismo día al campamento y con la que, dijo, habían estado teniendo trato algunos de ellos. Se extendió un pesado silencio, y llegó a su fin la alegría que había reinado en la tienda hasta ese instante.

Transcurridos unos momentos, durante los cuales nadie se atrevió a pronunciar una palabra y se fue haciendo más intensa la tensión en el interior de la tienda; volvió a dirigirles la palabra para anunciarles que iba a ofrecerles dos opciones, entre las que habrían de elegir: o bien mandaban a la muchacha a la cocina para que trabajase allí, o bien se divertían todos con ella.

Los soldados no salían de su asombro; algunos buscaban con los ojos la respuesta tácita de los demás, mientras que otros miraban hacia otro lado, sin saber qué pensar, pues no tenían nada claro si el oficial hablaba en serio, si les estaba tendiendo una trampa o incluso si es que estaba achispado. Pero poco a poco fueron oyéndose voces dispersas, que enseguida se transformaron en un encendido vocerío general: eran partidarios de la segunda opción.

Los gritos y la agitación se adueñaron de la tienda en cuanto los soldados comenzaron a planear, con entusiasmo, cómo establecerían los turnos para encontrarse con la muchacha. Decidieron que el primer día les correspondería a los hombres del primer barracón, el siguiente a los del segundo, y el último a los del tercero, y que el conductor, el enfermero y los equipos de protección y cocina, junto con los sargentos, formarían un grupo aparte.

Por fin, y antes de volver a sentarse, el oficial dijo, con voz alta y clara, que si alguno de ellos tocaba a la muchacha, la última palabra la tendría no él, «sino este», señalando el fusil del rincón, a su derecha.

* * *

Inmediatamente después de la celebración, el oficial fue al segundo cobertizo y le ordenó al soldado que estaba de guardia que sacara a la muchacha y viniera con él, y al poco se dirigieron hacia su cobertizo los tres: él y, detrás, el guardia y la joven, seguidos por el perro. De camino se detuvo en el punto, en el centro del campamento, donde guardaban los distintos pertrechos. Salió

y echó a andar de nuevo; traía consigo un catre plegado, que el soldado se apresuró a acarrear.

Al llegar a su cobertizo, cargó él mismo con el catre, que traía el soldado, y lo llevó al interior, mientras los demás se quedaban fuera, esperándolo, y allí percibieron, instantes después, la luz de la lámpara y el ruido de muebles que se movían.

No tardó mucho el oficial en aparecer en el marco de la puerta. Le encargó al soldado que dejase a la muchacha al lado de la cama, en la parte izquierda de la habitación, mientras él se quedaba en la entrada, observando la oscuridad que se iba formando a su alrededor, y atravesaban los jadeos del perro, parado cerca de él. Las estrellas, en número infinito, se dispersaban por el cielo puro, si bien esa noche parecían menores y no tan brillantes como en las anteriores; se parecían a los granos de arena que cubrían el umbral del cobertizo y brillaban a la luz tenue de la lámpara, que llegaba desde el interior. No se volvió, en principio, hacia el soldado, que acababa de salir y estaba parado detrás de él. Pero, cuando giró el cuerpo y lo percibió, dio un leve respingo; y, antes de ponerse en marcha, le ordenó que se quedase donde estaba, junto a la puerta, e impidiera la entrada de nadie en el cobertizo. Él volvería al cabo de una hora, como mucho.

Descendió el pequeño declive de arena que conducía a las tiendas, desde donde llegaban, a la vastedad de las tinieblas, las charlas amortiguadas de los soldados. Y, aunque las arenas eran regulares, se inclinó hacia la derecha cuando tomó la dirección de la entrada principal, que cruzó hacia las colinas inmediatas. Solo era una ronda rápida alrededor del campamento.

Una vez que hubo concluido la breve ronda exploratoria y alcanzado el punto de donde había partido, se sentó con las piernas cruzadas en la arena, de espaldas al campamento y de cara a las colinas que se alzaban por todas partes, negras y quietas. Los ruidos lejanos que resonaron las noches anteriores habían desaparecido, al tiempo que las conversaciones de los soldados habían dejado de oírse. De repente se hicieron más impenetrables las sombras, y él reaccionó girando los ojos, algo saltones de por sí y ahora aún más hinchados, hacia el campamento.

El soldado de guardia seguía junto a la puerta, en la misma actitud en que lo había dejado cuando se marchó, y ante él, echado en el suelo, el perro, con la cabeza sobre las extremidades anteriores. Después de asegurarse de que todo estaba en orden, relevó al soldado de su tarea, indicándole que había de volver a las seis en punto de la mañana.

Alargó la mano hacia la puerta y la abrió para entrar; la espalda y las extremidades se le contrajeron de repente, empujando a su cuerpo a arquearse. A pesar de todo, siguió avanzando por el interior del cobertizo, hasta llegar a la mesa que él mismo había acercado a la pared para dejarle espacio al segundo catre, y allí se detuvo. Con el silencio absoluto discordaba un penetrante y fuerte olor dominado por el tufo del combustible. Poco después se coló en el ambiente de la habitación un resuello agitado, al que siguió el sonido de movimientos en el catre.

Se quedó petrificado donde estaba un momento, hasta que su mano supo alcanzar la lámpara que había en la mesa y encenderla. A resultas de ello se mostró la nueva apariencia de la habitación, con la adición del segundo catre y el desplazamiento de la mesa y la silla de donde estuvieron. Esa era la causa de que las sombras trazadas sobre los muros y el suelo hubiesen cambiado.

Procedió a realizar el examen completo de la habitación. Comenzando por las patas de su propio catre, y pasando de allí a las esquinas de la caja, a la parte trasera de la maleta y los demás enseres, al rincón izquierdo de la puerta, a la puerta misma, a las patas del segundo catre, a las patas de la silla y la mesa; para acabar con los ángulos de la habitación, el suelo y las paredes, el

techo y todos sus rincones, en uno de los cuales se dejó ver una araña pequeña que proyectó una sombra enorme. Tiró de la silla, se subió en ella, aplastó la araña y se bajó; volvió a poner la silla en su sitio y tomó asiento. Se descalzó y empujó las botas debajo; se puso en pie, se quitó la ropa y la colocó encima. Se acercó a la caja de pertrechos, sacó la pomada y una venda nueva; fue con ello hasta el catre, se sentó en el borde y comenzó a deshacer la venda que le envolvía el muslo. Sin embargo, antes de que pudiera limpiarse la picadura y aplicar sobre ella la pomada, la rigidez que le atenazaba el cuerpo alcanzó tal intensidad que le resultó imposible seguir moviéndose. Dejó la pomada y la venda cerca de sí, sobre el lecho y se acercó con esfuerzo a la lámpara, sobre cuya parte frontal se dibujaban sus propios rasgos, y la apagó. La oscuridad impenetrable se adueñó otra vez del cobertizo. Con cuidado, echó la espalda sobre el catre, quedó tendido sobre este y se durmió.

* * *

Al despertar respiraba con dificultad. En la habitación el calor era sofocante y reseco. Se quedó inmóvil en su posición por algún tiempo. Cualquier movimiento que ejecutara le volvería a contraer los miembros y enseguida se le declararía una jaqueca intensa. Así que volvió a cerrar los ojos y trató de inspirar con cuidado, pero no tardó en alterarse una vez más. El aire sombrío del cobertizo seguía impregnado de un olor repelente, que el techo bajo y la puerta cerrada hacían aún más insalubre y asfixiante. Pero no podía salir de allí huyendo de aquella pestilencia. Tenía que quedarse con la muchacha hasta las seis de la mañana, y eran apenas las tres y media. Dio la vuelta hacia la derecha, y luego hacia la izquierda, de cara a la pared, dándole pues la espalda a la parte de la habitación donde se encontraba la muchacha. Lo invadieron de nuevo las imágenes de lo sucedido el día y la noche anteriores, que empujaron al sueño lejos de él. Abrió los ojos.

* * *

Volvió a tener conciencia de sí; se había amodorrado en la misma postura, de cara a la pared. Se giró un poco, en dirección al techo, y quedó boca arriba. En ese momento se oyó un ligero movimiento en el rincón de la habitación que ocupaba el segundo catre, donde la muchacha se abrazaba las piernas con ambos brazos. Él siguió observando el techo gracias a la luz pálida que se colaba por los boquetes. Eran más de las cuatro de la madrugada, y la muchacha seguía despierta. Se giró de nuevo hacia la pared, cuando ya la luz del alba suavizaba tanto la oscuridad impenetrable como el calor tórrido de la habitación.

* * *

De repente, una ola de oscuridad inundó el cobertizo, como si el tiempo hubiese retrocedido hacia la noche en lugar de avanzar hacia el día. Y la siguió una ola de frío que, al caer sobre él, lo obligó a ponerse las manos entre los muslos, arqueando el cuerpo en dirección a la pared. Se le estremecieron todos los miembros. Poco después sacó las manos temblorosas de entre los muslos y se las colocó sobre el vientre, que se cubrió con ambos brazos, pues le había vuelto el cólico.

Su cuerpo siguió temblando con tanta fuerza que con sus estremecimientos chirriaba la estructura del catre. Extendió con presteza las piernas temblorosas fuera del lecho, hacia el suelo; se plantó sobre ellas con dificultad y dejó la cama, con lo que se calmó un tanto. Se quedó donde estaba, temblando aún, abrazándose el cuerpo con las manos para hacerlo entrar en calor, mientras sus pies absorbían el frío del suelo, que alcanzaba su grado mínimo a esa hora, poco antes del amanecer, y a él se le redoblaban los temblores. Se oyó entonces, una vez más, movimiento en el catre de la muchacha.

Transcurridos unos instantes, se movió de donde estaba y avanzó hacia el segundo catre, que, inopinadamente, lanzó una estridencia. Su pierna topó después con el frío borde metálico, y su respiración entrecortada vino a mezclarse con el sonido del aliento agitado que salía del rincón donde se arrebujaba la muchacha. Y, cuando ya estaba por lanzar su cuerpo al interior del lecho, la habitación se llenó de los gritos de ella, a los que siguieron de inmediato los ladridos del perro en el exterior. Se lanzó sobre la muchacha, buscando con la mano la boca de esta, en un intento de tapársela. Ella entonces apretó los dientes sobre su mano y se la mordió. Pero él retiró la mano enseguida y, en un movimiento impulsivo de la otra, le agarró el pelo, que se le escurrió de entre los dedos por el petróleo que llevaba untado. La muchacha pudo zafarse, pero solo por unos momentos, ya que él la agarró del cuello con la mano izquierda, y, con el puño derecho, la golpeó en la cara. La muchacha ya no se movió más. Él se quedó donde estaba, inclinado sobre ella, unos momentos, hasta que se echó en el lecho y juntó su cuerpo estremecido con el de la joven, permitiendo que los latidos acelerados de su corazón tuvieran eco en el pecho de ella.

El perro seguía ladrando en el exterior, en tanto que el chirrido del catre, debajo de él, fue poco a poco haciéndose inaudible y acabó por extinguirse del todo, una vez que su cuerpo se hubo atemperado un poco; sin embargo, el sonido de su aliento estremecido siguió resonando en el interior sombrío de la habitación, turnándose con los ladridos del perro, fuera. Hasta que se oyó un último bramido desesperado, seguido por el runrún casi silenciado de las extremidades del perro, que se alejaban de la puerta hundiéndose en la arena. Reinó una calma completa.

Después de cerrar los párpados, alargó la mano izquierda hacia la picadura y la palpó con extremo cuidado; sus dedos rodearon la colina que formaba la inflamación destapada, de modo que casi la tocaron. Luego movió la diestra, que ahora marcaban unas líneas tenues debidas a la mordedura de la muchacha, hacia abajo, de modo que reposara en el muslo de esta.

Lo zarandeó un fuerte estertor, tras el que se echó de nuevo a temblar, y giró el cuerpo entero para pegarlo al de la muchacha, poniendo la mano izquierda sobre el vientre de esta, y la derecha bajo su espalda. Los temblores no paraban; de vez en cuando se sacudía, desde la parte baja de la espalda hasta las muñecas; su corazón batía con violencia contra el punto en que su pecho se tocaba con el de la joven, cuyas curvas volvía ahora a desvelar la luz tenue del amanecer. Momentos después apartó él su mano izquierda del vientre de la muchacha e inclinó todo su cuerpo sobre el costado de esta; deslizó la palma izquierda por debajo de la camisa de ella encaminándola a su seno derecho y la amoldó a la forma redondeada. Lanzó entonces todo su cuerpo encima del cuerpo de ella y le levantó la camisa hasta el cuello. Y el calor de la muchacha calmó poco a poco, en el cuerpo del oficial, las oleadas de estremecimiento.

* * *

Su diestra cubría la boca de la muchacha y la otra se aferraba al seno derecho cuando los

chirridos del catre comenzaron a oírse en la quietud del amanecer; se hicieron luego más agudos y seguidos, y los acompañó el aullar del perro en el exterior.

Y, si bien el chirrido acabó por extinguirse, el estridente aullido detrás de la puerta tardó aún en dejar de oírse.

* * *

La mano derecha del oficial seguía tapando la boca de la muchacha, y la saliva pegajosa de esta seguía entre los dedos cuando abrió los párpados. Acaso había dormido media hora, no más. Le entró, por un breve instante, un temblor en los dedos que le tapaban a ella la boca, pero desapareció enseguida. El cuerpo ya no se le estremecía. Se quedó en la misma posición, sin moverse, mientras ella permanecía también quieta, debajo de él, y volvió a amodorrarse.

Pero no tardó mucho en despertarse. Elevó un poco la parte superior del cuerpo y retiró la diestra de los labios de la muchacha para palparse, en el pecho, la marca de uno de los botones de la camisa de ella, remangada hasta los senos. Ella seguía inmóvil bajo su propio peso, con el pecho izquierdo aferrado por la mano izquierda del oficial. Este volvió a apretarle la boca con la diestra, y del ambiente se fue enseñoreando, además del chirrido del catre y los aullidos del perro, todavía fuera, la luz del amanecer, que extendía sus hilos fríos por la habitación.

* * *

Todo el interior del cobertizo estaba invadido por una mezcla de olores repugnantes, que se le habían prendido de distintos puntos de la nariz y la garganta. Le era posible distinguir el tufo del petróleo, del pelo de ella, al que se había adherido un intenso regusto de acidez, con una porción encubierta de dulzor, originado en su propio bajo vientre; el culmen era un punzante hedor que le arañaba los oídos, de lo penetrante que era su quemazón. Sobre aquella mezcla se había asentado un olor frío y algo rancio que procedía del rostro inerte de la muchacha. Cuando la saliva comenzó a cubrirle a él la parte posterior de la garganta y la lengua, saltó de la cama echando la cabeza hacia arriba, tomó de la silla la camisa y los pantalones, se los puso con prisa y se apresuró en llegar hasta la puerta, por cuyas rendijas se colaban líneas altas de luz. Agarró la puerta, la abrió y sacó la cabeza fuera del marco para tomar una profunda bocanada de aire. El perro, que seguía echado junto al cobertizo, se alzó sobre sus extremidades en el instante que se abrió la puerta, y empezó a aullar al tiempo que saltaba y se movía en círculos por encima de la arena; sus pasos tenían el sosiego de la luz de la mañana, que se extendía sobre el campamento.

Ya había amanecido y clareaba la mañana, con su aire fresco. Ese día, sin embargo, una fina capa de nubes se extendía por el lado oriental del cielo y cubría los tempranos rayos del sol, de modo que el paisaje, bajo aquella luz pálida, tenía matices de gris. Exploró con la mirada el campamento, por cuyos distintos puntos de vigilancia se habían distribuido ya los soldados; el que tenía encomendada la misión de guardar a la muchacha estaba parado junto a la entrada del segundo cobertizo. Lo llamó y le dio una voz ordenándole que acudiera de inmediato.

Cuando llegó el soldado, le ordenó que entrase en su alojamiento y se llevara a la muchacha, de allí al segundo cobertizo, y añadió que olía muy mal. Al cabo de unos instantes se oyó el roce de las patas metálicas del catre con el suelo de la habitación, un estridente chirrido que ensordecía y se fue haciendo más y más agudo a medida que el catre se acercaba a la entrada del

cobertizo, hasta que se redujo de pronto, cuando las patas delanteras del camastro se clavaron en la arena; luego desapareció por completo.

El soldado comenzó, a partir de ese momento, a arrastrar el catre con gran esfuerzo, pues las patas se clavaban en la arena una y otra vez, tanto que tuvo que acudir otro soldado para ayudarle. El perro los seguía, avanzando a la velocidad del traslado y en paralelo a la muchacha, que seguía desmayada y cuyo cuerpo se agitaba al ritmo de los movimientos de ambos soldados.

Regresó a su cobertizo, donde el aire seguía impregnado de fetidez, y su garganta reaccionó llenándose de saliva; así que dio media vuelta hacia el exterior y se detuvo ante la entrada, a aspirar un poco de aire puro mientras seguía con la vista a los soldados que cargaban con el catre, seguidos del perro. Cuando estos llegaron al otro barracón, dejaron el mueble ante la puerta; el que hacía la guardia fue al depósito de agua, abrió el grifo incorporado y dejó que el agua cayese al interior del cubo que había exactamente debajo. Poco después cerró el grifo, cargó con el cubo y volvió hacia el segundo cobertizo. No más llegar derramó el agua del cubo sobre el cuerpo inmóvil de la muchacha acostada. El perro huyó en cuanto lo alcanzaron algunas salpicaduras; estas cayeron también en la arena, que, antes de que el agua pudiera fluir, se la tragó con avidez. Quedaron, sin embargo, algunas manchas dispersas de arena mojada, que no tardarían en desaparecer, pues la suave luz del sol de la mañana atravesaba ya las nubes trasparentes del este, que, de cualquier modo, se disiparían pronto. Los dos soldados arrastraron el catre al interior del segundo cobertizo, salieron y cerraron la puerta tras de sí. Él volvió al suyo y también cerró.

Pero, como el olor nauseabundo persistía, se vio obligado a acercarse de nuevo a la puerta, que entreabrió con la esperanza de que el aire puro de la mañana y la luz tenue pasaran al interior. Sin perder un instante, devolvió los muebles a su disposición anterior; tirar de la mesa y de la silla hacia el centro de la habitación le costó tanto que se le contrajo la cara. Se dirigió luego hacia la lata de agua y vertió la mitad de su contenido en la palangana, que llevó a la mesa. Volvió sobre sus pasos y se hizo con una toalla pequeña y una pastilla de jabón, se la acercó a la nariz y aspiró su aroma mientras se acercaba a la mesa. Se quitó primero la camisa, que dejó en la silla, y luego el pantalón, pero, de repente quedó como petrificado. La hinchazón del muslo se le había reventado y el lugar de la picadura se había convertido en una hendidura de carne corroída y pútrida, donde se mezclaban pus blanco, rosa y amarillo, que emanaba un hedor penetrante.

* * *

Un pequeño pájaro negro surcó el cielo, de un azul más y más intenso a medida que el sol se alejaba de la línea de arena del horizonte, mientras él caminaba hacia el vehículo. Cuando llegó, saltó al asiento del conductor, encendió el motor y salió hacia la parte norte del Néguev.

* * *

A pesar de que aún faltaba para el mediodía, el calor no tardó en obligarlo a poner fin a su ronda, porque, cuanto más avanzaba el sol en su recorrido hacia el cénit, mayor era la fuerza con que los rayos golpeaban las colinas, al tiempo que la temperatura redoblaba la pesadez del aire.

Cuando el motor se detuvo, la calma reinó en los promontorios y el intenso olor a

combustible que llenó el aire le produjo, otra vez, náuseas. Bajó del vehículo y echó a andar por la arena, hacia el oeste, seguido por los rayos del sol, que lo acometían de lleno en la espalda. El horizonte, ante él, se agitaba nervioso por acción de las reverberaciones de la luz.

Prosiguió la marcha hasta que apareció a lo lejos, entre las áridas colinas, una zona cubierta de hierbas secas; se detuvo un momento y luego siguió caminando hacia allá, precedido de las manchas negras que parecían bailar ante él y ya acompañaban a su vista en todo momento. Cuando sus pies hollaron aquel sector, se esfumó el silencio denso que envolvía al aire; se oía el roce de la hierba seca con su calzado y cómo se aplastaba parte de ella bajo sus pies. Sus ojos iban trasladándose, durante el recorrido, de una planta a otra de las que formaban aquel manto de vegetación, y entre las que destacaban unos ajos porros desmesurados.

Se dejó caer por el declive de una colina baja, frente a las hierbas secas, y observó los promontorios de arena que lo rodeaban por todas partes; lejos de él, en el borde nordeste, estaba el vehículo detenido. De este, trasladó la vista a una cavidad notable en la arena, a su derecha, de donde procedían los espejismos de unas hormigas gigantes, que, al tiempo que se encaminaban hacia él a toda prisa, modificaban las formas de los granitos de arena. Alzó de nuevo los ojos hacia el manto de hierba seca y las llanuras de arenas amarillentas que se extendían más allá. De repente lo invadió una ola de calor, que se le propagó por el cuerpo como una lengua de fuego y lo impulsó hacia atrás, de modo que tuvo que tenderse por completo sobre la arena. Apoyó la cabeza en la palma de su diestra y alargó la izquierda hacia la gorra para deslizársela hacia las cejas. Le llegó entonces a la nariz el olor a combustible que le impregnaba esta mano, forzándolo a apartar la cara a un lado, para eludirlo en lo posible. Giró por completo la nariz hacia la arena, y comenzó a respirar el aire que reposaba directamente sobre ella y desprendía un suave aroma a sequedad.

* * *

Regresó al vehículo, se sentó tras el volante y dirigió, con pesadez, los ojos hacia los promontorios de arena, sobre cuya superficie se reflejaba la luz del sol abrasándole el rostro fatigado. Encendió el motor y apretó con el pie derecho el acelerador; pero el vehículo no se movió: sus ruedas se limitaron a girar sobre los espacios de arena en que habían quedado atascadas. Levantó el pie del acelerador e inspiró con profundidad varias veces; volvió a pisarlo, el vehículo salió despedido de donde estaba y emprendió la marcha hacia el sudeste.

A su llegada al campamento lo recibió el perro, junto a la entrada principal, dirigiéndole su ladrar alborotado. Mientras él descendía del vehículo, algunos soldados salían y se alejaban del segundo cobertizo marchando en distintas direcciones; el último venía abrochándose aprisa los botones del pantalón mientras aseguraba tras de sí la puerta, que nadie guardaba.

El oficial le dio una voz al soldado a quien había encomendado la misión de guardar a la muchacha mientras caminaba en dirección al segundo cobertizo. Cuando llegó, oyó la respuesta del guardia, que venía detrás de él. Pero en ese mismo instante se abrió la puerta de la modesta construcción y la cruzó la muchacha, gritando y gimiendo. El oficial se volvió hacia el soldado, que ahora se hallaba a unos pasos de él, y le dijo que la volviese a llevar adonde estaba encerrada. El soldado, diligente, quiso conducirla a la entrada del chamizo, pero ella trató de resistírsele, sin dejar de mirar hacia el oficial, quien giró la cabeza en otra dirección para soslayar el olor a petróleo que flotaba en el aire, alrededor de la muchacha. Esta, por su parte, persistió en

sus lamentos y gritos hasta después de que el guardia la hubiese dejado de nuevo a buen recaudo. Una vez que el soldado hubo salido y cerrado la puerta tras de sí, el oficial clavó en él la mirada, le ordenó que no se moviese de donde estaba y se encaminó hacia su cobertizo.

Los quejidos de la muchacha, mientras tanto, se convirtieron en un lastimero sollozo, cada vez menos perceptible, al compás del cual se fueron poco a poco amortiguando los aullidos del perro.

* * *

Cuando entró en la habitación le saltaron de inmediato a la nariz restos de fetidez. Dejó la puerta abierta, descolgó del clavo de la pared la toalla pequeña y se puso a azotar el aire estancado en el rincón que, la noche anterior, ocupó el segundo catre, en un intento por empujarlo hacia la puerta, y de allí, al exterior. Y siguió luchando por expulsar al hedor de la habitación hasta que la toalla se le cayó de la mano. La recogió del suelo, la dejó al borde de la silla, e inició la exploración ocular de la habitación desde donde estaba parado. Pasados unos instantes, tiró de la silla y se sentó, pero al poco volvió a ponerse en movimiento hacia el rincón donde tenía sus enseres. Vertió un poco de agua de la lata en la palangana; se quitó la camisa, las botas, los calcetines y, por último, los pantalones, de cuyos bordes se habían prendido algunas espinas y briznas de paja. Descolgó la toalla y, después de humedecerla con agua y restregarla con la pastilla de jabón, se la pasó por la cara y el cuello. Lavó la toalla, volvió a frotarla con jabón y se enjugó el pecho y los brazos. La lavó, la impregnó de nuevo de jabón y se la pasó por las axilas. La lavó otra vez y se enjugó las piernas sin quitarse la venda que le cubría la herida. Cuando terminó de asearse, lavó la toalla a fondo y la dejó en su sitio.

Se puso la misma ropa, que desprendía un leve olor a sudor, aunque también seguía reteniendo el aroma agradable. Salió de la habitación con la palangana, vertió el agua que contenía sobre la arena, la devolvió al interior y se dirigió al segundo cobertizo.

El soldado de guardia y el perro estaban sentados junto a la puerta, pero, cuando se les acercó, el perro se levantó y comenzó a ladrar; también el soldado se puso en pie. Él dirigió primero la mirada hacia el perro y luego la alzó hacia el soldado, a quien ordenó que fuese en busca de su segundo, el sargento, y el conductor, y les comunicase que habían de prepararse de inmediato para salir en una misión urgente; hecho esto, debía asimismo hacerse con una pala y llevarla al vehículo, donde quedaría a su espera.

El soldado se fue a cumplir las órdenes mientras él permanecía cerca de la puerta, mirando al perro, que había dejado de ladrar y ahora se dedicaba a observar el lugar, girando la cabeza con los ojos entornados. Apenas unos instantes después se oyeron unas voces que procedían del puesto de mando, y él se volvió. Salieron el sargento y el conductor, por la entrada, y los siguió el soldado de guardia. Y, mientras los dos primeros se dirigían hacia el vehículo, el soldado se encaminó hacia el punto en el que tenían los pertrechos, no lejos del puesto de mando.

* * *

El sargento y el conductor estaban de pie, junto al vehículo, esperando al oficial que, llevando delante de sí a la muchacha, iba hacia ellos, seguido por el perro, mientras el soldado que hacía la guardia corría en dirección al grupo desde otro lugar, con una pala en la mano.

Entretanto, algunos soldados se levantaron de donde estaban sentados, a la sombra de las tiendas, y se aprestaron a contemplar lo que ocurría. La quietud, sobre la que pesaba el calor del sol, que seguía elevándose por el cielo, reinaba en el campamento; pero la rompió uno de ellos cuando, en voz alta y dirigida a quienes estaban parados cerca del vehículo a punto de partir, pidió que le devolvieran los pantalones cortos que le había prestado a la muchacha para que esta se vistiese.

De cualquier modo, el vehículo se puso en marcha, y a su zaga echó a correr el perro, tratando en vano de alcanzarlo; sus ladridos dominaban al principio el fragor del motor, que se fue alejando hasta desaparecer por completo entre los promontorios de arena.

Y no se habían alejado mucho del campamento cuando el oficial le ordenó al conductor que se detuviera, arguyendo que no llevaban mucho combustible en el depósito. El motor quedó en calma; bajó él primero, y luego los demás. Le ordenó al soldado de guardia que cavase una fosa de dos metros de largo por medio de ancho en «aquel punto», indicando un sector de arena que no se diferenciaba de los demás. Apenas habían pasado unos minutos cuando ya la plancha de la pala estaba cayendo sobre ese lugar, hendiendo la arena con quietud para extraer puñados cuanto mayores mejor, que salían despedidos a tanta distancia como permitían los brazos del soldado y el mango del instrumento.

El cavado se iba ejecutando en un silencio casi absoluto, excepción hecha del murmullo de la pala al extraer la arena y deshacerse de ella; así como de las voces dispersas que emitían los soldados del campamento y les llegaban de detrás de las colinas, de manera que, desprovistas de su intensidad por la distancia, resultaban inciertas, parecidas a rumores. De buenas a primeras se oyó un chillido agudo. La muchacha gritaba mientras huía corriendo. Cayó sobre la arena antes aun de que resonara en el espacio el chasquido de un disparo que se le alojó en el lado derecho de la cabeza. Y reinó de nuevo la calma.

La sangre se derramó de la cabeza a la arena, que se la tragó sin dificultad mientras los rayos del sol del mediodía se congregaban en torno a sus nalgas desnudas, que eran del color de la arena.

Dejó al soldado trabajando en el hoyo, y al sargento y al conductor parados cerca, y volvió al vehículo. Se estremecía cuando el conductor se le acercó, poco después, a decirle que podría ser que ella no hubiese muerto, no podían dejarla así, sin más; sería preferible cerciorarse de que estaba muerta. Él seguía temblando, paralizado por lo que parecía un desgarro de los intestinos, pero consiguió mover la boca para que el conductor le transmitiera al sargento la orden de encargarse de ello. Poco después resonaron seis disparos, y luego, la calma otra vez. Era la mañana de 13 de agosto de 1949.

* * *

Las colinas de arena fueron espaciándose y acabaron por abrir de nuevo la visión del campamento, donde se hizo patente el perro, que venía corriendo hacia ellos ladrando y muy alborotado. Cuando el coche paró, se detuvo, pero no dejó de ladrar.

Después de bajar del coche, el sargento, el conductor y el soldado se encaminaron a las tiendas de la tropa, y él, a su alojamiento. El perro fue detrás, ladrándole. Él se volvió hacia el animal y le soltó un buen puntapié; el perro se echó atrás de un salto y huyó tan lejos como pudo, mientras él completaba el recorrido hacia su cobertizo. Nada más entrar lo recibió un intenso

golpe de calor junto con un leve toque de fetidez.

Se dirigió al rincón de los pertrechos, tomó la pastilla de jabón, la hizo pedazos entre sus dedos y los esparció por la zona donde había estado el segundo catre. Volvió al rincón, vertió el agua que quedaba en la palangana y lo llevó a la mesa. Luego se acercó a la caja de pertrechos y sacó una pastilla nueva de jabón. Volvió a la mesa, metió las manos en el agua y llevó cuanta pudo a su rostro; tomó la pastilla nueva y la envolvió entre sus manos húmedas, que la frotaron, redondeando la afilada dureza de sus ángulos. Se enjugó la cara con la espuma de jabón que había quedado en las manos y se la lavó bien con agua. La cautela comenzó a adueñarse poco a poco de su cuerpo. Se acercó al catre y se tendió encima, extendiendo la mano derecha más allá del borde, de modo que a sus dedos les llegaba el débil frescor que se había escondido debajo de la cama, refugiándose del calor ambiente que pesaba sobre la habitación.

Casi se había amodorrado cuando, de repente, le invadió la visión, que tenía fija en el techo, cierto movimiento por debajo de su cuello. Saltó de donde estaba y trató de sacudirse lo que fuese; pero solo era uno de los botones de su camisa, que se movía con su respiración. Volvió a concentrar la atención en el techo, para examinarlo entero con detenimiento, pero percibió un suave arañazo sobre el suelo de la habitación, y un cosquilleo en la oreja derecha.

El perro se acercó a la palma de su mano derecha, extendida en el aire, y la olisqueó. Pero él la apretó de repente sobre las mandíbulas del animal, y las sacudidas de los ladridos reprimidos del perro comenzaron a extendérsele a la mano, mientras el sonido de las patas, al deslizarse sobre el terreno en un intento por escapar de la presa del oficial, llenaban el espacio interior del cobertizo. El perro luchaba, y, cuanto más luchaba, más se trastabillaba y resbalaba por el suelo, más crispados eran sus ladridos reprimidos y más penetrante el chirrido del catre en el que el oficial seguía tendido. Este, por fin, abrió la mano, y el perro se deslizó por el suelo antes de que se oyeran sus aullidos, desesperados y altos, mientras huía.

Su mano derecha siguió extendida más allá del borde del catre, en tanto que, sobre su pecho, descansaba la izquierda, que seguía exhalando cierta reminiscencia de olor a petróleo.

II

Después de colgar las cortinas ante sus correspondientes ventanas, me eché en la cama. Fue entonces cuando un perro comenzó a aullar en la colina de enfrente. Era ya de madrugada, y no conseguía conciliar el sueño a pesar de que estaba exhausta. Me había pasado el día entero ordenando la casa y limpiándola a fondo: quité el polvo a los muebles, barrí y fregué los suelos, lavé las sábanas y toallas, y los utensilios de la cocina… Y eso que, en principio, la casa ya estaba limpia cuando empecé a darle un buen repaso; el dueño me aseguró que habían hecho venir a una señora para que se encargara de adecentarlo todo. Yo había alquilado la casa hacía unos días, nada más tomar posesión de mi nuevo trabajo. La verdad es que no puedo quejarme ni de la casa ni del empleo, donde los compañeros son muy agradables. Pero ni todo junto pesa más que la zozobra que despertaron en mí los persistentes aullidos del perro aquella noche. Dejando eso a un lado, cuando me levantara al día siguiente me sentiría satisfecha por lo limpia que estaba la casa, y también por las cortinas, ya colgadas. Junto al gran ventanal había colocado la mesa de vidrio, donde me sentaría cada mañana a tomarme un café, antes de acudir a mi nuevo trabajo, y vería pasar a los vecinos con sus tres hijos, que me saludarían. Ello le daría a mi vida los rasgos de una existencia sin altibajos, dejando la trastienda donde debe estar, oculta a las miradas. Porque los límites que aquí se imponen entre las cosas son abundantes, y vale la pena no solo estar pendiente, sino acomodarse a ellos para moverse; solo así puede una prevenir dolorosas consecuencias y disfrutar, hasta cierto punto, de cierta impresión de tranquilidad a pesar de todo. De cualquier modo, los que de verdad han sabido moverse observando los límites, sin transgredirlos, son una minoría, de la que, desde luego, no formo parte. Yo, en cuanto percibo uno, echo a correr como una loca para alcanzarlo, y luego o bien doy un salto hacia atrás o lo transgredo a escondidas dando un solo paso. Ninguno de esos dos comportamientos deriva, en mi caso, ni de la consciencia ni de un deseo manifiesto de rebelarme contra los límites, sino solo de mis pocas luces. Pues bien sé yo que, en cuanto transgredo algún límite, me precipito al fondo de un abismo de desazón. Se trata, pues, simple y llanamente, de torpeza. Y, ya que he constatado mi incapacidad consumada para moverme con arreglo a los límites —y ya era hora—, he decidido permanecer dentro de los límites de mi casa tanto como me sea posible. Ahora bien, dado que la casa tiene tantas ventanas, y por tanto no les costaría nada a los vecinos y a sus tres hijos verme a través de ellas, y, lo que es más, verme transgredir los límites incluso dentro de mi casa; dado todo eso, he puesto cortinas, aunque alguna que otra vez se me olvidará cerrarlas. Sin embargo, y habida cuenta de que siempre estoy sola en casa cuando estoy en casa, no haré otra cosa que sentarme ante la mesa, y eso será cuanto el mundo exterior verá de mí, de modo que, apenas hayan pasado unos días sin que lo haya hecho, el hijo mediano de los vecinos me dirá que

echa de menos verme cada mañana sentada ante mi mesa, «trabajando». Es cierto, mi pretexto ante los demás para estar así sentada, un buen rato cada mañana, es que «estoy trabajando». Y suelo «trabajar» antes de ir a mi nuevo trabajo, que, para mí, seguirá siéndolo hasta el final, ya que no sé en qué momento dejará de ser —si es que deja de serlo— mi «nuevo trabajo» para convertirse en mi trabajo, sin más. También tengo intención de persistir hasta bien entrada la noche, y a ver si el sereno es capaz de emularme… Y es que, por lo general, llegaré a la oficina e iniciaré mi jornada con retraso debido a que el perro de la colina de enfrente suele despertarme en plena noche y no voy a poder conciliar el sueño hasta después del alba; me despertaré, pues, con retraso y llegaré tarde a mi nuevo trabajo. Y, cuando nada de esto ocurra, me quedaré en casa hasta las últimas horas de la mañana, sentada en mi mesa, «trabajando», sí, claro, pero ¿en qué?

No se me escapa, de cualquier manera, que mi exposición de los hechos es algo disparatada; el motivo es el que acabo de mencionar: mi incapacidad para distinguir los límites —incluidos los lógicos— entre las cosas, lo que sin remedio me lleva a desorbitar la valoración de cualquier asunto, o, todo lo contrario, a subestimarlo, siempre en comparación con la capacidad de la mayor parte de la gente. Por ejemplo, cuando una patrulla militar le da el alto al coche de transporte colectivo que tomo para ir a mi nuevo trabajo, antes aun de que el soldado asome a través de la puerta la boca de su fusil, yo le ruego tartamudeando, más que nada a causa del miedo, que lo aparte a un lado cuando hable conmigo o me ordene que le enseñe mi documento de identidad. Entonces, si es que el soldado no se burla de mi tartamudez, alguno de los pasajeros que hay a mi alrededor comienza a murmurar, porque me estoy pasando de la raya, ¿no?, pues ¿a qué viene crear semejante tensión? El soldado no va a disparar contra nosotros, y, aunque en efecto tuviera intención de hacerlo, mi torpe intervención no cambiaría el curso de los acontecimientos, sino más bien todo lo contrario. Por supuesto que sí, todo esto lo alcanzo y lo comprendo, pero no en el preciso momento, sino al cabo de unas horas, de unos días o hasta de unos años. Lo anterior vale para hacerse una idea. Aunque lo cierto es que ese mismo modo de proceder salta a la vista en otras muchas situaciones diversas. Así, cuando tengo que quitarme parte de la ropa durante cualquier registro, por motivos de seguridad, en un puesto de control, o cuando le pregunto cuánto vale una lechuga mustia y echada a perder a un vendedor callejero que se sienta en medio del mercado de verduras en Ramala, con ocasión de la fiesta del viernes, y pide tres veces más de lo que cuesta una lechuga normal. Además, como me falta la capacidad de valorar racionalmente los asuntos, el verme en tales situaciones se me hace muy cuesta arriba; me conmueven, me perturban de tal modo que dejo de captar la diferencia entre lo que conviene y lo que no conviene hacer, y lo peor es que eso me lleva a transgredir los límites de nuevo y de manera aún más grave. Aunque, eso sí, toda la angustia, el miedo y la perturbación resultantes se disipan cuando la transgresión tiene lugar en el ámbito de mi aislamiento. Pues, ¡qué comprensivo es el aislamiento con la transgresión de los límites! Quiero decir, cuando me pongo, sola ante mi mesa, a «trabajar» sobre cierto asunto que he tenido la ocasión de descubrir precisamente cuando me siento por las mañanas ante el ventanal, como he dicho.

A propósito, espero sinceramente no haber sido causa de enojo al recordar la anécdota del soldado y el punto de control, o cuando, al hablar, dejo ver sin ambages que aquí vivimos bajo una ocupación. Los disparos, las alarmas de las patrullas militares, y a veces los helicópteros, los aviones de combate y los bombardeos, a los que se unen las sirenas de las ambulancias, no es solo que precedan a los boletines urgentes de noticias, sino que, en concurrencia con los ladridos del perro, forman parte del sonido ambiente. Y la situación es esta desde hace mucho, mucho

tiempo; tanto que quedan pocas personas con vida que puedan recordar los pequeños detalles relativos al modo de vivir anterior, y me refiero a detalles como la lechuga pasada en el mercado de verduras cerrado. Por esa razón, ni que decir tiene que, si cierto asunto del que tuve noticia leyendo un artículo en un periódico me sobrecogió, no fue precisamente por el suceso principal que se relataba. Casos como este son normales, o, mejor dicho, suceden en contextos como este. Es más, ocurren tan a menudo que ni me he inmutado ante algunos de ellos. Por ejemplo, ocurrió otra mañana, lluviosa, por cierto, que me desperté bastante tarde; lo que, desde luego, me impidió sentarme a la mesa grande para «trabajar», ya que tuve que salir de inmediato hacia mi nuevo trabajo. Poco después, cuando llegué a la parada y bajé del coche público, a corta distancia del Reloj de Sol, me encontré la calle vacía de peatones y de coches, y observé que había una patrulla militar detenida ante el colmado de Albandi. Sin embargo, y dado que en ello no había nada verdaderamente fuera de lo común, seguí avanzando hacia mi nuevo trabajo. Cuando llegué al comienzo de la calle que conduce a la oficina, el único transeúnte con quien me encontré en aquellos instantes me hizo ver que estaba prohibido circular por la zona y que el Ejército tenía puesto cerco a uno de los edificios de por allí. Tampoco a estas alturas tuve la impresión de encontrarme ante una situación extraordinaria, de modo que seguí mi camino. Poco más allá, en medio de la calle a la que da el portal del edificio donde se halla mi oficina, distinguí a dos soldados. Una vez aprendida la lección —y ya era hora— de que me convenía conservar la calma y mostrarme imperturbable en tales situaciones, les hice una seña a ambos y les dije en voz clara y confiada que yo trabajaba en el edificio ante el que estaban apostados. Entonces uno de ellos hincó la rodilla derecha en tierra, apoyó el codo izquierdo en su otra rodilla y apuntó su fusil hacia mí; yo di un salto hacia la palmera *dum* que había a mi derecha, para que sus ramas espinosas me protegieran de unos disparos que, de cualquier modo, no se produjeron. A pesar de que su conducta, es decir, lo de apuntar su arma contra mí, no fuese un gesto muy humano, sí que bastó para que yo entendiese lo que el soldado me quería decir: que yo debía encontrar ahora otro camino para llegar a mi nuevo trabajo; pues lo cierto es que, hasta ese momento, yo seguía sin percibir en todo aquello nada desacostumbrado y que me obligara a volver sobre mis pasos en dirección a mi casa. Así pues, y sin que me costase nada, di un salto hacia atrás, antes de toparme con los muros y límites que separan los edificios y las casas. En mi opinión, ese salto para alejarme de los límites estaba más que justificado, ¿o estoy equivocada? Llegué, pues, a la parte trasera del edificio en que trabajo. Y, como esa mañana no se habían presentado en la oficina más que tres de mis compañeros, me dediqué a mi tarea con gran concentración y sin que nadie me molestara. Así, hasta que vino uno de aquellos tres compañeros y abrió la ventana de mi despacho sin pedirme permiso; cuando protesté por ello, me contestó que no tenía más remedio que hacerlo para que los cristales no saltaran hechos añicos. El Ejército —me informó— había notificado a los habitantes del barrio que iba a echar abajo, con una explosión, uno de los edificios cercanos, donde habían tomado posiciones tres jóvenes, y eso fue con exactitud lo que ocurrió al cabo de unos minutos, pues mi compañero olvidó abrir una de las ventanas del edificio, cuyos cristales se hicieron añicos en el instante de la detonación. Con todo, el resultado de que abriese la ventana de mi despacho fue intolerable de por sí, pues la explosión, que conmovió la oficina, provocó varias espesas nubes de polvo, parte del cual se posó sobre mis papeles y hasta sobre mi mano, que empuñaba el bolígrafo. Tuve que parar en mi tarea, pues, si hay algo que no puedo soportar, es el polvo, y más aún esa clase de polvo, con sus gruesas partículas, cuyo sonido provoca escalofríos cuando se rozan unas hojas con otras o cuando escribes en ellas con el bolígrafo. Aquello era demasiado. Pero, en cuanto conseguí librarme de

la última partícula de polvo que cubría mi escritorio, pude volver de nuevo a mis papeles. Acaso a alguien se le ocurre, en este punto, que este afán mío por el trabajo refleja un deseo por aferrarme a la vida, o el amor que por ella siento a pesar de que la Ocupación haga lo posible por destruirla, o la convicción de que existe algún ser que merece la vida en esta tierra. Desde luego, lo que no puedo hacer, y yo menos que nadie, es hablar en nombre de los demás… En mi caso, lo que ocurre es que soy incapaz de juzgar sobre nada de manera equilibrada, o decidir cuál es la acción que conviene o no conviene emprender. De manera que lo único que puedo hacer sin esperar consecuencias funestas es dedicarme a mi trabajo en la oficina o sentarme en mi casa, a la mesa, ante el ventanal, donde tendré ocasión de leer ese artículo en el que me ha llamado la atención un detalle relativo a la historia del suceso referido. El hecho tuvo lugar cierta mañana, que vendría a coincidir, transcurrido un cuarto de siglo con exactitud, con la mañana de mi nacimiento. Doy por descontado que esto debe de parecer narcicismo puro. La verdad es que, si algo me sobrecogió en aquel suceso, fue ese detalle menor y no ninguno de los principales, que pueden calificarse de atroces. Bueno, tampoco es tan raro que un ser humano se deje llevar de narcisismo. Es una tendencia, puede que espontánea, que nos hace creer en la particularidad del yo y en lo apreciable de la vida que llevamos, tanto que solo podemos amarla, por sí misma y por cuanto con ella está relacionado. Pero, como no amo mi vida particular, ni la vida en general, y actualmente todos mis esfuerzos en ese ámbito se centran en seguir viviendo, dudo que pueda sostenerse que el mío es, en efecto, un caso claro de narcisismo. Se trata de algo distinto, que tiene mayor relación con mi incapacidad para distinguir los límites entre las cosas, y para juzgar sobre los asuntos de manera lógica y racional, lo que me lleva en muchas ocasiones a ver el excremento de la mosca sobre el cuadro en lugar del cuadro. De entrada, es evidente que cabe burlarse de una actitud semejante, que lleva a alguien, justo después de que hayan echado abajo con explosivos un edificio cerca de su nuevo trabajo, a incomodarse tan solo por el polvo que ha provocado la detonación y se ha posado en su escritorio y no por la muerte violenta de los tres jóvenes que estaban allí refugiados, por poner un ejemplo. Pero la cosa es que hay quienes adoptan esa manera de ver, y, fijándose sobre todo en detalles menores, tales como el polvo en el escritorio o el excremento de mosca en el cuadro, logran una vía de acceso a la verdad, cuando no una prueba concluyente de esta. Y aún diría más: hay expertos en arte que se atribuyen esa misma actitud. Bueno, es cierto, ellos no exigen exactamente que se vea el excremento de mosca sobre el cuadro, sino que se centre la atención en los detalles de menor importancia, y no en los principales, con la finalidad, entre otras, de comprobar si el cuadro es auténtico o si se trata de una falsificación. Ello se debe a que los imitadores, según ellos, cuando falsifican algún cuadro, tienen más que nada en cuenta los detalles principales e importantes, como la redondez de la cara o la posición del cuerpo, y, en consecuencia, consiguen imitarlos con gran pericia. Sin embargo, pocas veces prestan verdadera atención a los pequeños detalles, a los marginales, como la oreja o las uñas de una mano o un pie, por lo que no consiguen trasladarlos de manera cabal. Hay quienes sostienen, asimismo, basándose en la misma idea, que los seres humanos pueden formarse una imagen de un acontecimiento que no han presenciado si acceden a diversos detalles menores que acaso para algunos carezcan de importancia. De ello da fe, por ejemplo, un relato antiguo. El de los tres hermanos que se encontraron con un hombre que había perdido un camello. Al instante le describen los hermanos al animal perdido: es un camello blanco y tuerto, que lleva en la silla dos odres, uno lleno de aceite y el otro, de vino. Tienen que haberlo visto, salta el hombre. No, no lo han visto, replican. Pero el hombre no los cree y los acusa de haberles robado el camello. De manera que se presentan todos ante el tribunal, donde queda probada la

inocencia de los tres hermanos en cuanto estos le desvelan al juez que, si han podido averiguar los rasgos de un animal que no han visto jamás, ha sido gracias a la observación de los menores detalles, de los más nimios, como las huellas de los cascos del camello, evidentes sobre la arena, unas gotas de aceite y de vino derramadas en la silla, unos mechones de su pelo desprendidos. Por otra parte, el hecho de que en la historia evocada en el artículo de prensa lo que me llamara la atención fuese el detalle concreto puede deberse a que no hay nada fuera de lo común en sus trazas generales, si la comparamos con lo que ocurre a diario en un lugar dominado por el estruendo de una ocupación militar y las continuas muertes provocadas. El suceso de la detonación del edificio es solo una muestra de lo que digo. Incluso la violación. Aunque esta no es exclusiva de las guerras, sino que ocurre en la vida diaria. Asesinato o violación, y a veces uno y otra. Y nunca me había ocupado ninguno de estos sucesos, incluido este del que hablo, que dieron lugar al final violento de alguna persona, según refiere el artículo. Es el detalle relativo al asesinato de un individuo concreto, de entre ellos, lo que me sobrecoge. Aunque, en realidad, lo extraordinario —y solo hasta cierto punto— en esa muerte violenta, que fue, además, el colofón de una violación grupal, puede decirse que se limita a que tuvo lugar un cuarto de siglo antes, con exactitud, del día de mi nacimiento. No hay, pues, modo de descartar la probabilidad de que exista una conexión entre ambos hechos, o algún vínculo oculto entre ellos, a la manera de las relaciones que los seres humanos encuentran entre las plantas, por poner un ejemplo; como cuando alguien arranca de raíz un manojo de alguna hierba, creyendo que se ha librado de ella para siempre, pero resulta que la misma clase de hierba vuelve más adelante a brotar otra vez y en el mismo sitio, al cabo de veinticinco años. Al mismo tiempo, y con todo, me doy cuenta de que mi interés por el suceso en razón de un detalle menor, como la fecha en que ocurrió, habla otra vez a las claras de mi ineludible costumbre de transgredir los límites. A eso se debe el que, desde que tuve conocimiento de ello, me esfuerce a diario por convencerme a mí misma de que es preciso olvidarlo por completo, para no dar un paso temerario al respecto. Porque la fecha en que ocurrió no puede ser más que pura casualidad, y, de cualquier modo, a veces es necesario hacer caso omiso de los acontecimientos del pasado si lo que ocurre en el presente no es menos atroz. Pero una madrugada, a eso del alba, me despertó el ladrido de un perro, con el que competía el aullido de un viento furioso. A toda prisa fui cerrando las ventanas, hasta que llegué a la mayor, a través de la cual se hizo aún más patente lo arrasador del viento, que se agarraba a los arbustos y a los árboles, sin rumbo fijo, forzando a inclinarse en todas direcciones a las ramas, que se retorcían temblorosas, ahora hacia delante, ahora hacia atrás, a punto siempre de desgarrarse por efecto de los golpes brutales de las tornadizas rachas. Y es que las plantas, dicho en pocas palabras, no resisten. Sencillamente se rinden ante la realidad de que son delicadas, de que el viento puede hacer con ellas lo que le venga en gana: traspasarlas, jugar con ellas y con sus hojas, abrirse camino entre sus ramas, y asimismo traer consigo el ladrido de un perro alborotado para hacerlo llegar a todas partes. De nuevo, un grupo de soldados hacen prisionera a una muchacha, la violan y la asesinan en la misma fecha del que fue, un cuarto de siglo más tarde, el día de mi nacimiento; ese detalle menor que los demás no pueden más que desdeñar, me acompañará ya para siempre muy a mi pesar y por más que quiera olvidarlo. Quiero decir que la verdad del hecho seguirá siempre afectándome a causa de mi fragilidad, de lo poca cosa que soy; tan delicada como los árboles que se alzan ante mis ojos, tras el vidrio de la ventana. Y hasta puede ser que, en realidad, no haya nada más importante que ese detalle menor en la vía de acceso a la verdad completa, que el artículo no desvela por no haberle prestado atención a la historia de la muchacha.

Hasta las últimas horas de la madrugada resuenan en el aire los ladridos del perro, trasladados por el viento, unas veces cerca de mí, y otras lejos, hasta que me llega el momento de salir hacia mi nuevo trabajo. Pero, antes de hacerlo, me pongo en contacto con el autor del artículo, cierto periodista israelí, dándomelas de ser una persona segura de sí misma. Me presento, tratando de no tartamudear demasiado, como una investigadora palestina y luego le aclaro el motivo de mi llamada. Ni una cosa ni otra lo entusiasman. Le pregunto si puede proporcionarme los documentos acerca del suceso que tenga en su poder. Contesta que todo lo que tiene está ya en el artículo. Le comento que, aun así, me gustaría echarles un vistazo por mí misma, y me responde que, si eso es lo que deseo, puedo ir y buscarlo en persona. Le pregunto que dónde. En los museos y en los archivos del Ejército israelí y de los movimientos sionistas de aquella época y relativos a esos asuntos en la zona del suceso. ¿Dónde se encuentran? Me contesta, y su tono indica que su paciencia casi se ha agotado, que las sedes están en Tel Aviv y en el noroeste del Néguev. Le pregunto aún si yo, como palestina que soy, puedo acceder a esos museos y archivos. Me responde, antes de colgar, que no se le ocurre ningún motivo que me lo impida. Y yo tampoco creo que haya ningún motivo que pueda impedírmelo, salvo mi documento de identidad. Tanto el lugar del suceso como los museos y los archivos que contienen los documentos que podrían interesarme se encuentran, de acuerdo con la división del país por parte del Ejército, en lugares que quedan fuera de la zona C, y algunos muy lejos, cerca ya de la frontera con Egipto; en tanto que el único viaje que puedo permitirme con mi tarjeta verde, donde se consigna que pertenezco a la zona A, es el trayecto de mi casa a mi nuevo trabajo. Y ello, a pesar de que, con arreglo a la ley, cualquier individuo de la zona A puede desplazarse a la zona B, siempre que no existan razones políticas o militares excepcionales que lo impidan. Pero las razones excepcionales son tan frecuentes que se han convertido en la regla, de manera que a muchos de los habitantes de la zona A ni se les ocurre acercarse a la B. Yo, sin ir más lejos, durante los últimos años, no he llegado nunca hasta la barrera de Kalandia, que marca los límites entre la zona A y la B. ¿Cómo, pues, voy a pensar en desplazarme a un lugar tan lejano que casi queda en la zona D? Si ni siquiera a los de la B les es posible, y puede que tampoco a los de la C, aunque sean del mismo Jerusalén; pues, en el momento en que cualquiera de ellos pronuncia una palabra en árabe fuera de los límites de la zona en que habitan, su existencia se convierte en una grave amenaza de seguridad. Pero sí que les permiten, tanto a ellos como a los de la zona B, moverse por la A, a la que acuden a menudo y donde algunos incluso tienen su residencia, a pesar de que la zona ha llegado a ser poco menos que una cárcel. En mi nuevo trabajo, por ejemplo, junto a quienes son de la zona A, como yo, hay muchos compañeros de esas otras zonas, y son, por cierto, muy agradables. Una vez le conté a uno de ellos, en concreto a una compañera de la zona C, de Jerusalén, que me hacía falta desplazarme a su zona, o un poco más allá, para resolver un asunto personal, pues no es raro que los habitantes de la zona A tengan que ir a la C por motivos personales, del mismo modo que la gente de la C tiene que ir a veces a la A por motivos igualmente personales. Mi compañera se ofreció a prestarme su tarjeta de identificación azul, ya que, al fin y al cabo, todos somos hermanos y nos parecemos unos a otros, al menos desde la perspectiva de los soldados de los puestos de control. Pues, además de que, ya de entrada, no se muestran muy rigurosos con las chicas en general, nunca se fijan en la diferencia que pueda haber entre la foto del carné y quien lo enseña, siendo así que apenas miran a la persona que está parada en la barrera, por el profundo desprecio que sienten; únase a ello que, por lo general, tenemos un aspecto en la foto del documento, que a lo mejor se hizo una

cuando tenía dieciséis años, muy distinto que en la realidad, largo tiempo después. Pues eso. No me resultaría difícil usar su tarjeta de identificación… Hago lo que tengo que hacer y se la devuelvo cuando volvamos al trabajo, al principio de la semana que viene. Prisa no hay ninguna. Ella pasará el fin de semana en Ramala con unos amigos suyos. Ni que decir tiene que, si me sorprenden en el acto, declararé que le he robado la tarjeta del bolso, para no implicarla. Lo que está claro es que he de ser precavida y evitar temeridades. Haré cuanto esté en mi mano. Y, de acuerdo con lo planeado, la tarde del último día laborable de la semana voy en busca de esa compañera y le pido su tarjeta de identidad, y a continuación voy a una empresa de alquiler de automóviles para alquilar uno con la matrícula amarilla, pues solo se puede viajar más allá de la zona C en uno de esos. Pero, al ir a firmar el contrato, me entero de que me hace falta una tarjeta de crédito, de la que no dispongo. Y, como no quiero abusar de mi compañera, llamo a otro compañero de mi nuevo trabajo y le pido ayuda. Acude de inmediato y alquila un coche en mi lugar sirviéndose de su tarjeta de crédito y, después de hacerme figurar en el contrato como conductora adicional, según nos ha aconsejado el empleado, me entrega las llaves. Ya lo he dicho, mis compañeros son muy agradables. Y ahora ya no se me ocurre razón alguna que me impida afrontar mi misión de llegar al fondo de la verdad de aquel suceso. Solo que, apenas me he sentado tras el volante del pequeño coche blanco que acabo de alquilar, y accionado la llave de arranque, algo parecido a una araña comienza a tejer en torno a mí sus hilos, que se van haciendo más consistentes, hasta convertirse en una suerte de barrera, de esas que un ser humano no puede traspasar por su endeblez. Es la barrera del miedo, que comienza con el miedo a la barrera física, de control. He oído, desde hace mucho, que pasar el control de Kalandia, en días como hoy, que es sábado, es enfrentarse a las peores circunstancias, pues, sin contar con que todos los habitantes de Jerusalén vienen a Ramala para comprar verdura fresca en el mercado de Alhisba o para hacer algún recado, los soldados están de un humor de perros hacia los transeúntes, que los obligan a trabajar en el día en que tendrían que estar de fiesta, el sábado, cuando el mismo Dios descansó. De cualquier modo, todos los museos y archivos israelíes están cerrados precisamente el sábado, lo que significa que no puedo lanzarme de inmediato a mi investigación, al menos hoy no. Voy en mi pequeño coche blanco de vuelta a mi casa, donde tendré la oportunidad de seguir cavilando sobre mi resolución, y quién sabe si renunciar, de una vez, a dejarme llevar por ideas temerarias, cuyas consecuencias serían sin dudarlo dolorosas, y a creer que soy capaz de descubrir los detalles de la violación y el asesinato tal como los vivió la muchacha, y no solo a partir de lo que contaban los soldados que los cometieron, tal como hace el autor del artículo. Es un cometido que excede por completo los límites de mis aptitudes. Y el hecho de que la muchacha fuese asesinada en la fecha del día que más tarde sería el de mi nacimiento, un cuarto de siglo después, de ninguna manera significa que su muerte deba afectarme, que se prolongue hasta mi vida hasta el punto de que sea deber mío darle voz a su versión. Es más, si hay alguien que no puede acometer esa tarea soy yo, con mis tartamudeces y aturullamientos. En pocas palabras, de nada sirve que me sienta responsable de ella; es una figurante, y como tal quedará, sin que nadie llegue a oír su voz. Y habrá que decirlo una vez más: hay, en el tiempo presente, una medida de sufrimiento insoportable para el ser humano que lo afronta, de modo que no es preciso esforzarse por buscar más aún en el pasado. Sin embargo, apenas se extiende la oscuridad por los rincones de la casa, vuelven a asaltarme los aullidos del perro, que no me permiten pegar ojo hasta altas horas de la madrugada, cuando por fin me quedo dormida. Es tarde cuando despierto, me tomo el café a toda prisa y reúno cuantos mapas hay en la casa antes de salir. Al final del patio encuentro el pequeño coche blanco, que me está

esperando, con las ventanillas delanteras casi anegadas por los rayos del sol, y, al abrir la puerta y entrar, me siento envuelta por una dulce templanza, tal como no he experimentado en mucho tiempo, y que comienza a confortarme el alma, amedrentada e insomne. Pongo el motor en marcha y avanzo hacia la cancela de entrada, donde me detengo a aguardar el momento adecuado para acceder a la carretera, mientras el sonido que indica que el intermitente derecho está funcionando se intercala con los latidos de mi corazón agitado. A la derecha, pues. Y no he ido hacia la derecha, ni siquiera a pie, durante años. Detecto algunos puntos de referencia, a ambos lados de la carretera, que siguen como estaban la última vez que pasé por aquí, como el molino de trigo en Kafr Áqab, fuera ya de Ramala, y, al otro lado, la carnicería de Abu Isha, en Semíramis, en las inmediaciones de Jerusalén; luego la fila de cipreses polvorientos que ocultan el edificio del Instituto de Formación Profesional de Kalandia, y, al otro lado, la entrada del campamento, mientras que otros muchos puntos de referencia han cambiado, lo que hace del paisaje algo inusual en su esencia. Únase a ello que los baches y socavones en el firme han aumentado mucho, y he de esquivarlos en la medida de lo posible, tal como hacen los vehículos que van delante de mí y los que vienen detrás. Poco más allá, pasada la entrada del campamento de Kalandia, me detengo al final de una cola de vehículos parados a la espera de pasar la barrera. Mi reacción inmediata es alzar los ojos hacia el retrovisor, tratando de superar el espanto que me ocasiona la mera visión de un punto de control. Y descubro que ya no soy la última en la cola. Al menos hay siete vehículos detrás de mí, que me impiden cambiar de opinión. Respiro lenta y profundamente y desvío la mirada hacia la izquierda, donde observo un negocio de venta de neumáticos. A mi derecha hay un gran vertedero de basura. El vertedero es nuevo, y también lo es el Muro, que se alza detrás; en su lugar, antes había una alambrada coronada por púas, a través de la cual podía verse la pista de aterrizaje del aeropuerto de Kalandia, que se extendía hasta el horizonte. Ahora es el Muro el que se extiende hasta el horizonte. Lo adornan grafitis y mensajes diversos: citas de las leyes de Hammurabi, el número de teléfono de un vendedor de bombonas de gas cocina, pinturas de Banksy. Es la primera vez que veo las pinturas con mis propios ojos. Las conocía de verlas fotografiadas en periódicos y revistas, a veces con grandes personalidades delante. Mientras la cola sigue detenida, pues solo ha avanzado unos metros, me entretengo en estudiar todos los mensajes y pintadas que cubren el muro sin dejar apenas un sector libre de colores; en eso, y también en librarme de incontables niños que vienen a venderme objetos inservibles. La última es una niña pequeña que vende chicle; tiene el pelo alborotado, la cara morena, y mocos en la nariz. Abro mi bolso, saco un pañuelo de papel y se lo tiendo, indicándole que se limpie la nariz; me lo arrebata de la mano y desaparece de la vista. Luego, antes de que al miedo se le presente la oportunidad de quedarse a solas conmigo, aparecen de nuevo unos niños que tratan de venderme pañuelos de papel esta vez. Me abstraigo de ellos observando el paisaje a mi derecha, en concreto el vertedero nuevo, con su mezcla de colores infinitos. Seguro que ya no hay modo de extraer nada que pueda reciclarse de sus entrañas. En realidad, se trata más bien de una mera trituradora de desperdicios, habida cuenta de que muchas de las latas de alimentos en conserva estarán ahora en los bordes de los balcones o en las escaleras de las casas, con plantas creciendo en su interior, o bien en la lumbre, con agua a punto de hervir; en tanto que las botellas que contuvieron bebidas o refrescos se alinean ahora en los estantes de las neveras en las casas, llenas del agua fría, imprescindible para aplacar la sed en este ambiente tórrido. Los desperdicios de alimentos los tendrán a su alcance, al final de la jornada, las gallinas o las bestias, luego los perros que se encargan de cuidarlas, y el resto lo rematarán los gatos. Las hojas de periódico, una vez que hayan cumplido con su función accesoria de cubrir mesas o suelos para resguardarlos de

lo que pueda caer de los platos de comida, serán, tarde o temprano, pasto del fuego de los hornos; las acompañarán las cajas de cartón que no se usen para guardar patatas, cebollas y ajos, y también las botellas de aceite, los botes de aceitunas y demás comestibles que se tienen en las despensas. También están las bolsas de plástico, que seguirán cumpliendo con su función de contener toda clase de objetos, y, por último, los desperdicios que se dan por inservibles y acabarán aquí. La niña vuelve otra vez, después de que pasen solo dos vehículos, y me saca de mi absorta contemplación del vertedero expulsando imperiosa a los niños que se han pegado al coche durante su ausencia, y reanuda, ahora con la nariz limpia, su tarea donde la dejó antes de desaparecer, consistente en rogarme que le compre un paquete de chicle. Me dedico a observar su cara y luego su cuerpo flaco, y me doy cuenta de que, del bolsillo pequeño del pantalón, le asoma un extremo del pañuelo de papel. Parece que también ella lo aprovechará hasta el último centímetro que quede limpio. La miro a la cara y le repito lo que ya le dije antes, que no me gusta mascar chicle. Pero ella, como si yo no hubiese dicho nada, sigue rogándome que le compre un paquete. Dejo pasar un tiempo y le replico que yo soy más terca que ella y no le compraré chicle por más que lo intente, pero mis palabras tampoco esta vez le hacen mella, pues sigue rogándome y rogándome, al tiempo que pasea la mirada de mi bolso a mi ropa y luego al interior del coche. Le digo entonces que donde tendría que estar es en la escuela y no vendiendo chicle en una barrera. Y por primera vez compruebo que ni es sorda ni tiene limitada la capacidad mental, pues me contesta que son las vacaciones del verano. Es verdad, se me ha olvidado. Ella vuelve a lo suyo: me ruega que le compre chicle. Le pregunto por sus notas en la escuela. Contesta con entusiasmo que buenas, y enseguida insiste en que le compre chicle. Le pregunto qué hace con el dinero que gana vendiendo chicles, si se lo da a sus padres o qué, y me contesta que no, que se lo guarda para ella. Le pregunto en qué se lo gastará. Me contesta que se va a comprar algunas cosas que quiere en la Fiesta, y enseguida vuelve a rogarme que le compre chicle. Busco el monedero dentro de mi bolso, saco unas monedas y se las tiendo a la niña, pero aclarando que no quiero ningún chicle. Recibe el dinero, arroja dos paquetes al asiento del pasajero, al lado de mi bolso, se da media vuelta y se marcha. Solo en ese momento me doy cuenta de que ya estoy tan cerca del punto de control junto a la barrera que puedo ver al soldado examinar los papeles de uno de los retenidos en la cola, y me da un vuelco el corazón y se me entumece el cuerpo, por el que vuelve a extendérseme la araña del miedo, paralizándome cada vez más. Mis ojos recorren el lugar, ansiosos por dar con la niña, por si acaso vuelve y me alivia con su compañía el pavor que se ha adueñado de mí, pero ha desaparecido por completo. De modo que fijo la vista en los que guardan cola ante los puntos de control para pasarlos a pie; los sigo uno a uno, cuando van traspasando los barrotes de la estrecha cancela metálica, y trato de tomar aire lenta y profundamente. Esos tienen tanta suerte que pueden pasar la barrera, que pueden ponerse en cola y esperar; tienen derecho a desplazarse entre zonas distintas a su antojo, sin tener que pedirle prestada la identificación a una compañera simpática en su nuevo trabajo… Poco después se me escapa un bostezo. Estoy totalmente agotada; apenas he dormido esta noche, y arrastro el cansancio de mi conducta temeraria, de las situaciones de miedo y angustia en las que me hago caer a mí misma. Si tengo la suerte de que no me descubran, lo cual, si ocurriera, me ocasionaría una serie de calamidades de proporciones inimaginables, volveré a casa de inmediato, después de haber hecho mis averiguaciones, pues solo así podré poner fin a esta ansiedad. Me lo prometo a mí misma, vuelvo a bostezar, y a la mitad de mi bostezo se me acerca el soldado. Veo que su mano me tiende una tarjeta de identidad azul. Los dos paquetes de chicle siguen ahí, en el asiento del pasajero. La marca del chicle es Must, lo fabrica Sinokrot, en

Hebrón. Vuelvo a mirar hacia delante y no veo nada. El soldado golpea el techo del coche como si quisiera despertarme. Y vuelvo en mí. Me devuelve la tarjeta y me ordena que me ponga en marcha. Y yo me pongo en marcha. Hacia delante. Más. Y más, ya que, si ahora vuelvo atrás, el soldado y, con él, todas las fuerzas de seguridad estacionadas en la barrera lo notarán. Pero el camino hacia delante está, poco después de la barrera, cerrado por el Muro, y también el camino hacia la izquierda. La única opción posible es girar a la derecha, donde se abre una carretera estrecha que continúa hasta el horizonte y por la que nunca he transitado; no sé si debo hacerlo, pero dejo que el coche circule hacia allá y luego la tome. En paralelo, a la derecha, se extiende la pista de aterrizaje del aeropuerto de Kalandia, y, a la izquierda, un terreno improductivo, en el que van apareciendo, de vez en cuando, caminos estrechos por ninguno de los cuales oso aventurarme, algo de lo que acabaré arrepintiéndome, pues al poco aparece ante mí otra barrera. ¡Maldita sea! En cuanto el miedo vuelve a fatigarme el corazón, me entran ganas de dormir, y, mientras me acerco a la barrera, reduciendo la velocidad, bostezo con tanta fuerza que se me abre la boca al máximo. Me la tapo enseguida con la mano abierta, y en ese momento el soldado me hace un gesto de saludo y me indica que siga mi camino, sin detenerme. Llego así a un cruce dominado por varias señales de dirección en hebreo, árabe e inglés; entre ellas, hay una a la derecha donde se lee, en hebreo, árabe e inglés, «Yerushaláyim / Alquds / Jerusalem», y otra a la izquierda con la indicación, en hebreo, «Tel Aviv-Yafo». Giro hacia la derecha y detengo el coche unos diez metros más allá, en el arcén, para recuperar el resuello. Me tiembla el cuerpo. Trato de serenarme, y no me sereno porque el miedo se me ha asentado en todos los miembros hasta el punto de volverlos ligeros, casi como si se disolvieran. ¡Qué penosa soy! Y no sé dónde me encuentro, aunque diría que no debo quedarme aquí mucho más si no quiero suscitar sospechas. Saco con prisa los mapas que he traído y los despliego sobre el asiento del copiloto y sobre el volante. Algunos de ellos los publican centros de investigación y de estudios políticos, y muestran los límites de las cuatro zonas, el trazado del Muro, la evolución de los asentamientos en Cisjordania y Gaza. Otro mapa refleja cómo era Palestina antes de 1948, y aun otro, el que me dieron en la oficina de alquiler de coches, publicado por el Ministerio de Turismo israelí, muestra las calles y las urbanizaciones según el Gobierno de Israel. Con dedos temblorosos trato de localizar mi situación actual en el último mapa. No me he alejado mucho.

Sin embargo, ya no hay modo de volver atrás.

Respiro profundamente. En efecto, ya no hay modo de volver atrás, después de haber sobrepasado todos los límites: los militares, los geográficos, los corporales, los anímicos y los racionales. Vuelvo al mapa israelí para buscar el primer lugar adonde quiero dirigirme. Es un punto negro, de dimensión media, por encima del cual está escrita la palabra «Jaffa», en inglés, con caracteres pequeños pero rotundos. Allí se encuentran algunos museos militares y el archivo central del Ejército, donde puedo encontrar los datos iniciales acerca del suceso, según me dijo el autor del artículo. Trato de determinar cuál es el mejor trayecto para llegar hasta allí, sirviéndome de los distintos mapas que he traído conmigo. Y, aunque en principio la distancia menor entre dos puntos coincide con la línea recta, el hecho es que no puedo seguirla, y no porque la vía no sea recta, sino porque, de acuerdo con algunos mapas, hay al menos dos barreras en el camino más corto que puede llevarme a Jafa. Por si con eso no bastara, es un hecho que ni los mapas de que dispongo ni ningún otro pueden indicar dónde se encuentran las barreras móviles de control, ni dar cuenta del punto al que ha podido llegar el Muro, que sigue creciendo y va cerrando muchos caminos. Y lo que es más, nunca he oído a nadie hablar de este camino

corto desde hace años, ni para recordar, por poner un ejemplo, que presenció un accidente o que le compró un cajón de verduras a alguno de los vendedores que suelen sentarse en las cunetas. Que haya dejado de mencionarse en las conversaciones no puede ser un hecho nimio. Normalmente significa que ya no se puede usar ese camino. Por lo tanto, si quiero llevar adelante lo que me he propuesto, rodeada del menor número de peligros, lo mejor será que siga el camino más largo, pero expedito y rápido, que es el que toman los israelíes cuando van a la costa. Enciendo el motor y avanzo por la misma carretera, lenta y cuidadosamente. Unos metros más allá, a la derecha, veo la desviación que antes llevaba a Ramala pasando por Beitunia; es un camino que he seguido decenas de veces, para ir a Jafa o a Gaza, pero ahora está cerrado, también está cerrado. Al final llego a un punto donde, a la derecha, hay unas planchas de hormigón, de unos ocho metros de alto, muy parecidas a las que utilizan para construir el Muro, y que vi también en la barrera de Kalandia. Pero aquí están formando una especie de fortaleza. «Cárcel de Ofer», indica el cartel junto a la carretera. He oído hablar mucho de esta prisión los últimos años, pero esta es la primera vez que la veo, ya que es reciente. La abrieron en 2002, durante la represión —una nueva oleada— de las protestas de la primavera de aquel año, cuando el Ejército congregó a todos los mayores de dieciséis años y menores de cincuenta en las plazas y luego los trajo aquí. Uno de aquellos reclusos es uno de mis compañeros en mi nuevo trabajo, un hombre muy agradable, originario de Ráfah, que una vez recordó entre nosotros el olor de la brea recién vertida que le llegaba a la nariz cuando dormía sobre el asfalto durante los meses de su detención. Detrás de la prisión hay una base militar oculta tras una fila de cipreses, a través de cuyos troncos, ramas y agujas polvorientas podían verse antes tanques y otros vehículos militares estacionados bajo enormes techumbres. En el cruce doy la vuelta y me encamino hacia Jerusalén por la carretera número 443; más adelante tengo que tomar la número 50 hacia la derecha, y luego la número 1, de nuevo hacia la derecha, en dirección a Jafa. Sigo avanzando con cautela por la 443 hasta que veo, poco más tarde, otra barrera; el eco de los latidos del corazón me resuena en la cabeza, al tiempo que inicia su danza ante mis ojos lo que parecen ser hilos de una tela de araña desgarrada. Cada vez estoy más cerca de la barrera. No tengo más remedio que pasarla. A los soldados que están ahí parados lo mismo les da detener o no a quienes pasan, incluida yo, imagino. Lo que tengo que hacer es no aminorar demasiado la velocidad del coche. Lo que tengo que hacer es confiar en que pasaré. ¡Y paso! Pero después de la barrera se esfuma mi confianza, ¡y vuelvo a no saber dónde estoy! No sé si ya he recorrido esta carretera antes, como creía al principio. Porque la que me era familiar hasta hace pocos años era estrecha y sinuosa, mientras que esta de ahora es amplia y recta. Además, la bordean, por ambos lados, unas paredes de cinco metros de altura, tras las que hay muchos edificios nuevos, arracimados en asentamientos que antes no estaban o eran casi invisibles; en contraste, las aldeas palestinas que estuvieron ahí han desaparecido en su mayor parte. Alzo la cabeza con los ojos bien abiertos por si diviso algún resto de esas aldeas, de sus calles dispersas al buen tuntún, como si fuesen peñas en un monte, y entre las que discurren caminos estrechos que se demoran en múltiples desviaciones; pero no hay manera. Ya no es posible distinguir nada de ellas. ¡Y cuanto más avanzo menos sé dónde estoy! Hasta que veo, a mi izquierda, otra carretera secundaria cortada, lo que me basta para tener la certeza de haber recorrido aquel camino decenas de veces. Porque esa carretera secundaria, cortada en la actualidad por un montón de arena y varios cubos enormes de cemento, conduce a las aldehuelas de Alyib. Detengo el coche al comienzo de la desviación, salgo y me acerco a la arena y los bloques que lo cierran, para asegurarme de que están ahí en efecto y de que no hay modo de moverlos; como tampoco le es posible a mi coche, ni a ningún

otro, saltárselos. Es hermoso el camino, con sus virajes a derecha e izquierda, atravesando colinas realzadas por olivos y aldehuelas envueltas en el silencio, hasta que se llega a Beit Iksa. Vuelvo al coche, abro el mapa publicado por el Ministerio de Turismo y estudio de nuevo el trayecto que suelen seguir los israelíes cuando van a la costa. Después de descender hasta el fondo del valle por la carretera número 50, es preciso tomar la autopista número 1, desviarse a la derecha y continuar recto un largo trecho. Miro en detalle la zona por la que discurre la autopista 1, que parece, según el mapa, poblada sobre todo por colonos. Las dos únicas localidades palestinas que aparecen son Abu Ghosh y Ein Rafa. Vuelvo a desplegar el mapa que representa Palestina antes de 1948, y le echo un vistazo, yendo de un nombre a otro de las numerosas localidades palestinas que fueron devastadas cuando sus pobladores se vieron obligados a desterrarse ese mismo año. Reconozco unas cuantas, lugar de origen de algunos de mis compañeros y conocidos, tales como Lifta, Alqástal, Ein Kárem, Almáliha, Alyura, Abu Shusha, Sarís, Innaba, Yamzu y Deir Tarif. Pero la mayoría de los nombres me resulta tan desconocida que acabo por sentirme desplazada. Jírbat Alumur, Bir Maín, Alborch, Jírbat Albuweira, Beit Shanna, Salbit, Alqubab, Alkanisa, Jarruba, Jírbat Zakaría, Albarría, Deir Abu Salama, Annaani, Yindás, Alhaditha, Abulfadl, Kasla y otras muchas. Vuelvo a mirar el mapa israelí. Una gran zona verde, que lleva el nombre de Parque Canadá, cubre ahora la extensión donde un día estuvieron todas esas localidades. Cierro el mapa, enciendo el motor del coche y sigo mi viaje por la carretera número 50, sin tener que afrontar ningún obstáculo esta vez, y así llego a la larga autopista. Después de avanzar un buen rato, comienzo a descender los montes de Jerusalén en dirección al cruce de Beit Shimín, según las indicaciones; su nombre original debe de ser Beit Susín, la localidad que aparece en el mapa de 1948 y ya no existe. De ella solo queda una casa, que se salvó de la destrucción; la veo a mi izquierda, rodeada de cipreses, con hierba creciendo entre sus piedras.

El coche sigue atravesando el paisaje a gran velocidad, por una carretera que es casi completamente recta. Pero yo no dejo de mirar el mapa israelí, que llevo extendido sobre el asiento del copiloto. Temo perderme en este escenario que me hace sentir ajena después de tan larga ausencia, con todos los cambios que ha sufrido y la confirmación, una y otra vez repetida, de que nada palestino queda en él. Ni en los nombres de las ciudades y pueblos que aparecen escritos en las señales, ni en las vallas publicitarias, donde todos los mensajes están en hebreo, ni en los edificios de reciente construcción, ni en las mismas extensiones inabarcables de tierras de labranza, que ponen límite al horizonte tanto a mi derecha como a mi izquierda. Con todo, después de haber brillado por su ausencia, la mosca vuelve a volar alrededor del cuadro, y comienzan a emerger pequeños detalles que, como de tapadillo, maquinan contra esta existencia. Ropa tendida detrás de una gasolinera, y enseguida el conductor de un vehículo lento al que adelanto; una palmera *dum* que se yergue solitaria entre estos campos, y una acacia vieja; más adelante, unos pastores con su ganado sobre una colina lejana. Fijo de nuevo la vista, un instante, en el mapa israelí, para asegurarme de que debo tomar la salida del kibutz Galuyot a la derecha, donde enseguida aparecen varias señales indicativas de gran tamaño, al tiempo que contra el horizonte se muestran varios edificios imponentes de reciente construcción. Desde allí me dirijo a la izquierda, por la calle Sálama, por donde sigo en dirección a la ciudad de Jafa, o «Yafo», como anuncian, en hebreo, los carteles que hacia ese destino me llevan, y así, hasta que se divisa la línea azul del horizonte. ¡El mar! Ahí está, en la realidad, tras años de ausencia durante los cuales su color azul claro se transformó en una franja paralela en el mapa, y nada más que eso. Y

ahora es el mar, y no las señales, el que me guía hacia la ciudad; sin que pueda resistirme a mirar de vez en cuando su azul convulso, mientras sigo avanzando por la deprimente calle que bordean talleres de reparación de automóviles, y, como era de esperar, a punto estoy de provocar un accidente. En una de mis rápidas ojeadas hacia la superficie rutilante bajo el sol del mediodía, me doy cuenta, de pronto, aunque tarde, de que me he pasado un semáforo en rojo en un cruce entre dos calles, de tres carriles cada una; todos los coches se detienen al punto y me dejan pasar. ¡Maldita sea! ¿Pero qué he hecho? Pasado el cruce, detengo el coche a un lado para recuperar el resuello mientras me vuelve la sensación de un embotamiento progresivo que me pesa en todos los miembros. ¡Qué torpe soy! Este es un límite que no puedo permitirme sobrepasar. Y no consigo serenarme. Pero he de moverme de inmediato, pues mi coche sigue entorpeciendo el tráfico. Vuelvo, pues, a conducirlo con manos livianas y temblorosas, y pies apenas capaces de pisar los pedales. Llego así al final de la calle. Giro entonces a la izquierda, solo unos metros más allá, hacia la primera parada en mi ronda de pesquisas: el Museo de Historia del Ejército Israelí. Cuando llego, veo que el aparcamiento correspondiente está casi vacío, lo que me serena, aunque también me dificulta la labor de encontrar un lugar concreto donde aparcar el coche. Pues no sé si será mejor dejarlo a la sombra, o lo más cerca posible de la entrada, o en un sitio seguro y bien a la vista, para evitar que me lo roben, o donde nadie desearía dejar el suyo, con lo que reduciría el riesgo de que me lo arañasen. Cuando consigo aparcarlo, después de un tiempo de vacilación, pongo todos los mapas y mi camisa, que me he quitado por el calor que hace, en mi bolso, y a ello uno los dos paquetes de chicle que seguían en el asiento del copiloto, no sin antes abrir uno de ellos, sacar dos pastillas y metérmelas en la boca. Por lo menos absorberé el azúcar que contienen pues, salvo el café, no he tomado nada desde que me levanté.

Salgo del coche y camino en dirección a la entrada del museo, muy consciente de mis movimientos; la cruzo hacia la recepción y voy directamente al mostrador de venta de billetes, tras el que hay un soldado, de pie. Me mira sonriente. Avanzo hacia él. Como no me dice que le enseñe la tarjeta de identificación de mi simpática compañera, la dejo en el bolso. Le tiendo el dinero que cuesta entrar. Él lo acepta, me entrega el billete y me hace saber que debo dejar mi bolso en consigna, nada más. El hecho de que el soldado lleve atuendo militar debe de ser parte de la exposición. Solo me quedo con mi monedero, un cuaderno pequeño para notas y un bolígrafo, puesto que sacar fotos está prohibido en el interior, como así me informa. Da lo mismo, ya que no traigo ninguna cámara. Salgo de la recepción hacia el patio del museo, que hay que atravesar para llegar a las dieciséis salas de exposición, según especifica el folleto que me ha dado el soldado junto con la entrada. Nada más acceder al patio me recibe una luz blanca y penetrante; me deslumbra y se refleja en los guijarros blancos que revisten el suelo y producen, a medida que avanzo, un estridente sonido que me hiere los oídos. La verdad es que no soporto los guijarros, del mismo modo que no soporto el polvo. Con todo, sigo recorriendo el lugar, pero con cuidado, tratando de evitar que el ruido de los guijarros vaya a más mientras la visión de los antiguos carros de combate que hay sobre ellos me llega a los ojos semicerrados. Pero entonces me doy cuenta de que el folleto indica que este es el conjunto número dieciséis, el último, por tanto, según la ordenación del museo, y lo más adecuado es visitar antes las salas interiores. Y, dado que me inquieta el que mi visita no se esté acomodando al recorrido propuesto por el museo, lo que podría estropearme la experiencia en su conjunto, me dirijo sin demora a la primera sala de la exposición. Y en el instante en que pongo los pies en la entrada, dejando atrás el calor sofocante y pegajoso que pesa sobre el patio, siento un estremecimiento a causa del aire

frío que expulsa hacia donde estoy el climatizador, de modo que me apresuro a cubrirme los brazos con las manos, en las que llevo el monedero y el cuaderno de notas, para calentármelos, pues he dejado mi camisa de manga larga con el bolso en la consigna. No ha sido un acierto. El temblor vuelve a hacer de las suyas con mi cuerpo mientras paseo por una sala totalmente vacía, salvo por un soldado de guardia. Pongo de mi parte para tratar de contener los temblores, no vaya eso a suscitar las sospechas de este, y sigo moviéndome con lentitud entre los objetos expuestos. Entre ellos veo un mapa de la región sur, junto con algunos telegramas entre soldados destinados en la zona durante el final de la década de los cuarenta, entre los que predominan llamadas enardecidas al heroísmo. Pero el temblor no cesa. Respiro hondo, me vuelvo hacia el soldado de guardia y me encuentro con que me está mirando con fijeza. Me doy la vuelta lentamente y sigo mi recorrido encaminándome hacia la segunda sala. Se me van aliviando los temblores ante una colección de fotografías y filmaciones de propaganda, algunas de las cuales fueron obra de las vanguardias sionistas de la imagen durante los años treinta y cuarenta, según los datos que las acompañan. Las películas dan cuenta de la vida de los inmigrantes judíos europeos en Palestina, y, en especial, su dedicación a labores agrícolas y a la actividad cooperativa en los asentamientos. Una de las filmaciones en concreto me obliga a detenerme. El encuadre inicial muestra una superficie desértica en la que irrumpen de pronto unos colonos con sus trajes cortos; se ponen a construir una torre y varias cabañas de madera, todo lo cual aparece terminado al final del reportaje, con los colonos reunidos ante su obra y bailando en círculo, con las manos entrelazadas. Quiero ver la cinta de nuevo. La hago retroceder, y veo cómo los colonos abandonan la formación circular de danza y vuelven a las cabañas que acaban de levantar, para desmontarlas enseguida y llevar sus partes en unos carros; y, al final, el primer encuadre, el de la superficie yerma. Vuelvo a ver la filmación desde el principio y, cuando acabo, la hago retroceder. Una vez tras otra construyo un asentamiento y luego lo desmonto; así, hasta que recuerdo que no estoy aquí para perder el tiempo, pues aún tengo que visitar numerosas salas y explorar lo que en ellas se expone, y, cuando acabe, emprender el largo viaje que me espera. Así que continúo el recorrido sin mayor novedad hasta que llego a la sala número seis, donde me detengo mayor tiempo del que he pasado en las previas, ya que el material expuesto incluye vestimenta y diferentes pertrechos militares que portan maniquíes de cera. Según los datos que se facilitan, casi todos aquellos objetos se utilizaron durante los años cuarenta. Observo que el uniforme de entonces difiere del que ha adoptado el Ejército en la actualidad. El de ahora es de color verde aceitoso oscuro; mientras que el antiguo era gris y podía llevarse con pantalones cortos o largos, ceñidos con un cinturón ancho de tela, provisto de una funda de piel para guardar el arma, unos receptáculos para las balas y un mosquetón de donde colgar la cantimplora. Además de los cinturones propiamente dichos, pensados para llevarlos en el talle, había otras prendas parecidas que se sujetaban en torno al pecho. Los soldados de cera iban también provistos de una suerte de mochilas que portaban a la espalda, y tocados de gorras mayores o menores. El calzado sí que se parece mucho al que llevan ahora los militares. Poco más allá, en el centro de la sala, en unas urnas de cristal de tamaño considerable, se muestran distintos avíos y recipientes para la comida que se usaban en aquel tiempo, entre ellos, unas pequeñas cajas metálicas, rectangulares, que llevan sujetos una cuchara, un tenedor y un cuchillo; junto con otros utensilios, como los del afeitado, el jabón, etc. Al lado de todo ello, hay unas maquetas que representan las tiendas que daban cobijo a los soldados, o bien las que se usaban como comedores o para las reuniones de los oficiales. De ahí paso luego a las demás salas, donde no hay expuestos objetos de mucho interés. Hasta que llego a la número 13, donde me encuentro

con todas las armas ligeras que estuvieron en uso hasta los años cincuenta. Me muevo sola entre ellas con aprensión; observo sus formas y tamaños diversos, así como los calibres de las balas expuestas al lado, dentro de cajas de vidrio, y leo las explicaciones con interés, antes de detenerme ante un subfusil Tommy. Según los datos facilitados a los visitantes, esta arma es una suerte de ametralladora de origen norteamericano, fabricada por John T. Thompson en 1919, de ahí el nombre «Tommy». Su uso fue común durante la segunda guerra mundial, en manos de los Aliados, sobre todo entre los suboficiales y jefes de patrulla, y más tarde, durante la guerra árabeisraelí de 1948, así como en la guerra de Corea, en la de Vietnam y en otras muchas. Se trata de un arma, sigue la explicación, capaz de alcanzar blancos muy lejanos y, al mismo tiempo, de grandes prestaciones en el combate de cerca. Tomo nota de todo ello en mi cuaderno. Me he convertido en una dibujante pésima, y eso que hubo un tiempo en que podía trasladar con precisión las formas al papel; pero ahora los trazos de mis dibujos son picudos e irregulares, faltos de equilibrio. El resultado es que mi apunte ha salido tan deformado que apenas se parece al arma que se utilizó en el crimen cometido la mañana del 13 de agosto de 1949. De repente se oye un estruendo en la sala, y yo me sacudo; el cuerpo empieza a temblarme; salgo de la sala número 13 al patio antes de que el climatizador haya enfriado todo su espacio interior, y en el patio vuelvo a toparme con los carros de combate que se utilizaron en aquel tiempo, y que ya he visto al principio, y también con la bofetada de calor y la luz blanca y deslumbrante; sin embargo, el color verde oscuro de la camisa que lleva el soldado de guardia que vi antes, en la primera sala, y ahora está paseando por el patio, me calma un poco los ojos. Pero no es mi estado anímico… Con los primeros avances del pánico, salgo del patio y gano la recepción; recupero mi bolso de la consigna y me dirijo a mi pequeño coche blanco, que sigue siendo el único en todo el aparcamiento. La verdad es que no tengo por qué seguir en esta ciudad. Estos museos oficiales no van a procurarme ningún dato, ni siquiera algún detalle valioso que me ayude a darle voz a la versión de la muchacha. Vuelvo a abrir mi cuaderno, para observar mi impetuoso dibujo del subfusil Tommy, que más parece un pedazo de madera desgastada que un arma asesina. Después de guardar el cuaderno en el bolso, tomo el mapa israelí para decidir qué camino seguir hacia mi siguiente destino. Debo ir a la autopista número 4, la que lleva al sur, y luego, pasado Ascalón y antes de Gaza, debo tomar, a la izquierda, la carretera número 34, y después, en Sederot, la 232, hasta llegar a mi siguiente parada. Dejo el mapa en el asiento, a mi lado, me saco el chicle de la boca, lo arrojo al cenicero del coche y me pongo en marcha.

El mapa está tapando otros, entre ellos el que refleja cómo era Palestina hasta 1948, pero esta vez no lo he abierto. Me basta lo que sé por otras personas, originarias de esta zona, para ser consciente de cuántas ciudades y aldeas se extendían en torno a Jafa y hacia Ascalón hasta no hace mucho, antes de que las borraran de la faz de la tierra. En la ruta se han ido acumulando nombres de ciudades y asentamientos, formas de casas, llanuras, plantas, carreteras, amplias señales indicadoras, rostros de seres humanos, todo lo cual me acompaña para volver a rechazarme, una vez más, avivando la angustia injustificada de este viaje. De pronto diviso un punto de control, donde unos policías inspeccionan las identificaciones de los pasajeros de un minibús blanco. Estamos en las inmediaciones de Rahat. ¡Ahí están! ¿Cómo no iba a haber un policía parado al borde de la carretera dispuesto a seleccionar alguno de los vehículos que pasan para someterlo a un registro? El corazón me late a toda prisa en la parte baja de la garganta. Tengo que mirar adonde sea, menos a él. Me vuelvo con prisa hacia mi bolso y meto en él la mano derecha, buscando uno de los paquetes de chicle; cuando lo encuentro, tomo una pastilla,

me la lanzo a la boca y empiezo a mascar con la vista pendiente de los límites de las colinas que se extienden a la izquierda del camino. Tengo que serenarme. Aunque el coche marcha a una velocidad de 90 kilómetros por hora, va ralentizándose, metro a metro, según se aproxima al punto de control, tanto que casi se detiene por completo al alcanzarlo. Trago saliva sin dejar de mascar chicle. Luego, en el instante en que sobrepaso el control, el coche vuelve, de buenas a primeras, a circular a la velocidad de antes. Mientras respiro profundamente aparece la escena de los policías en el espejo retrovisor: están ocupados examinando las identificaciones de quienes vienen en el minibús, y, cerca de ellos, la espalda del agente que está de pie, observando los coches que pasan delante de él, siempre en disposición de escoger alguno y someterlo a examen.

Sigo sentada frente al volante; el agotamiento vuelve a cebarse en mí, y echo la cabeza hacia atrás. El tráfico es ahora mucho menos denso, y he llegado, avanzando hacia el sur, al punto en que los cerros de arena blanca salpicados de pequeñas piedras son sustituidos por grandes dunas de arena amarilla, que debe de ser muy suave al tacto, y en las cuales han plantado algunas matas escuálidas, de un verdor tan desconsolado como el de la lechuga pasada que quisieron venderme, por tres veces más de lo que vale una en buenas condiciones, en el mercado ya cerrado de Alhisba, en Ramala. Sea como sea, detengo el coche cerca de uno de aquellos campos para descansar un poco. Me saco el chicle de la boca, lo dejo en el cenicero, y cierro los párpados, deseosa de dormir unos minutos en el asiento del coche. Pero no lo consigo; es como si la inquietud me hubiese mordido y me lo impidiera. Luego, cuando ya he perdido la esperanza de descansar, tomo los mapas del asiento del copiloto. Abro primero el israelí y trato de averiguar dónde estoy valiéndome del número escrito en la última señal que he visto junto a la carretera. Lo único que tengo que hacer es avanzar en línea recta, y por poca distancia, para llegar a mi siguiente objetivo, que aparece sobre el mapa en forma de punto negro, pequeño y aislado en un dilatado mar amarillo. Examino luego el mapa que describe el país hasta 1948, pero lo cierro enseguida, llevada por el espanto, pues las aldeas palestinas que, al parecer, se tragó por completo el mar amarillo del mapa, surgen en este otro por decenas, y sus nombres quieren saltar del papel hacia mí. Enciendo de nuevo el motor del coche y me pongo en marcha hacia donde quiero ir.

Y lo veo de lejos, en medio de las dunas amarillas, de las que me separa una estrecha carretera de asfalto; al final de esta se alinean macizos de flores y palmeras enanas, y luego casas de tejas rojas. Es el kibutz Nirim. Cuando llego a la barrera que hay ante la entrada principal, detengo el coche y me quedo dentro, a la espera de que asome alguien, pero no pasa nada en absoluto. Transcurrido un tiempo, me acerco más a la cancela metálica y a la caseta del guarda, en cuyo interior no veo a nadie; así que salgo del coche y voy a la reja. El sol es muy fuerte. Agarro los barrotes calientes, los empujo hacia atrás y la abro yo misma. Vuelvo al coche, cruzo la cancela, salgo y la cierro tras de mí; otra vez ante el volante, avanzo lentamente por el asentamiento y no tardo en llegar a lo que debe de ser la parte antigua. Se diría que el lugar está desierto. A mi derecha hay un establo enorme y, al lado, un depósito de agua sobre una torre antigua de madera; a la izquierda, la calle y luego varias cabañas, muy parecidas a las que he visto al mediodía en el vídeo del museo del Ejército, en Jafa. Lo más seguro es que este sea el lugar donde se cometió el crimen. Puede que esta de aquí sea la cabaña donde se alojó el oficial del destacamento, y que en aquella, que parece más antigua, retuvieran a la muchacha, donde la violaron los demás soldados. Salgo del coche y me acerco a las dos cabañas. Me quedo parada para observarlas un tiempo, antes de caminar un poco, rodeándolas. Después me dirijo al gran

almacén. Me acerco y compruebo que está cerrado. Vuelvo a rodear las cabañas y el depósito, al otro lado de la calle, y, de repente, me entra miedo. O acaso el miedo esté siempre dentro de mí y me ataca cuando se le antoja, como ahora; de manera que vuelvo deprisa al coche y trato de serenarme. Tengo que serenarme. Enciendo el motor y retrocedo hacia la entrada del kibutz. Pero, pocos metros antes de llegar, tomo la calle lateral que gira a la izquierda. No puedo marcharme tan fácilmente después de todo lo que he tenido que afrontar para llegar hasta aquí. Continúo, pues, avanzando, sin saber hacia dónde, por esa misma calle, que discurre en paralelo, por la izquierda, a una fila de casas nuevas y grandes, con el suelo ante sus fachadas alfombrado por hierba de un verde pálido. A la derecha hay una valla coronada de púas, a través de la cual se pueden ver grandes dunas de arena que ascienden hasta el cielo. Sigo recorriendo en el coche las dependencias del asentamiento, que se me muestra deshabitado, hasta que por fin detecto, entre las puertas de las casas cerradas, una de vidrio, entornada y protegida, hacia el interior, por una tela metálica contra los insectos. Detengo el coche en medio de la calle y salgo de un salto, saludando en voz alta y en inglés. Pero nadie responde. Vuelvo a gritar, con mayor fuerza aún: «*Hello*!». Instantes después asoma un joven de unos dieciocho años. Le pregunto dónde están el archivo o el museo del kibutz. Él me dirige hacia la entrada principal, describiéndome un pequeño edificio blanco. Allí están tanto el museo como el archivo, me dice. Regreso al coche, abrumada de nuevo por el miedo. Pero sigo adelante hasta llegar a la entrada del asentamiento. Detengo el coche antes de llegar al final de la calle y sin acercarlo al margen. Salgo y cierro la puerta, y el chasquido de esta se funde con el gorjear de pájaros que reina en el ambiente. Me acerco a un edificio blanco, antiguo y de reducidas proporciones, que se ajusta a la descripción del joven. Llamo a la puerta y espero. Nadie contesta. Saludo en voz alta y en inglés, y luego con mayor fuerza. Pasan unos instantes antes de que me llegue respuesta, desde detrás de mí. Me vuelvo hacia el origen de la voz, y me encuentro con un hombre que debe de haber cumplido ya los setenta, de pie frente a mí. Digo hola por tercera vez y le pregunto si hay alguien en la entrada. Me informa de que el archivo ya está cerrado y me pregunta qué quiero en concreto. Le explico, con la voz alterada, que me gustaría conocer la historia del kibutz Nirim y examinar de cerca algunos documentos, ya que estoy llevando a cabo una investigación sobre la zona, y he venido desde muy lejos con ese fin. Me contesta, tras unos instantes de silencio, que él es el responsable del archivo y el museo, y que los abrirá para mí, aunque oficialmente están cerrados desde la una de la tarde. Le doy las gracias con efusión, aunque temo que los latidos de mi corazón, en el momento en que se dispone a abrir la puerta, lleguen a asustar a los pájaros. Al entrar, tenemos ambos la cara cubierta de sudor. Me indica que tome asiento ante una mesa grande que está en el centro de una sala casi vacía, y él se acerca a un mueble blanco que hay pegado a la pared, a la derecha de la puerta de entrada. Hace mucho calor, ¿verdad?, me pregunta mientras abre varios cajones pequeños en el mismo mueble, de los que saca unos sobres. Muchísimo, insoportable, contesto, y él comenta que le sienta muy mal; le recuerda, hasta cierto punto, el calor de Australia, desde donde llegó en los años cincuenta, y, desde que llegó, no ha vivido más que en aquel asentamiento. ¿Cómo me llamo? Le doy el primer nombre no árabe que se me ocurre. ¿Qué estoy investigando? Se trata de un estudio sobre cómo se conjugaban los factores geográficos y sociales en la zona durante los últimos años de la década de los cuarenta y los primeros de la siguiente. Vuelve a la mesa donde me he acomodado, con varios sobres de los cajones, y se sienta cerca de mí. Mientras va sacando de los sobres decenas de fotografías, que esparce sobre la mesa, de un blanco intenso, me comenta que él no es un verdadero investigador, como yo, sino solo un amante de la fotografía y de la historia; de ahí que se decidiera a fundar

este humilde museo, en un intento de preservar la historia y la memoria de Nirim. Me pongo a ojear las fotos después de pedirle que me cuente algo de la historia del asentamiento. Y él comienza a hablarme con una voz serena y clara, exenta de tartamudeos, aturullamientos o alteraciones, una suerte de línea recta y precisa que nadie osaría interrumpir. «La primera piedra la pusieron la noche de Yom Kipur de 1946, al mismo tiempo que en otros diez asentamientos. Fue entonces cuando algunos miembros del movimiento juvenil polaco Hashomer Hatzair, a quienes acompañaban jóvenes de distintas partes de Europa, llegados al país al final de la segunda guerra mundial, iniciaron la colonización del Néguev. El objetivo de la campaña era ampliar el radio de la presencia judía en el sur. Y así, amparados por la oscuridad y con el apoyo de la Haganá, que dirigía la operación, salieron treinta camiones con más de mil personas, sin que nadie pudiera oponérseles ni dificultarles el plan, e incluyo a las autoridades británicas, que nada sabían del asunto, pues todos los movimientos previos a la campaña se realizaron en tan absoluto secreto que ni la Agencia Judía tenía conocimiento de lo que se traían entre manos. Entre los integrantes del convoy se contaba un grupo entusiasta de jóvenes que, distribuidos en veinticinco vehículos, llegaron hasta el punto más extremo que podía alcanzarse en el sur, en las inmediaciones de la ciudad de Ráfah, al borde de la frontera con Egipto. Ese fue el lugar donde se estableció Nirim, en un área conocida como Dangor, en recuerdo de un judío iraquí muy adinerado que adquirió tierras en esta parte del Néguev a finales de los años treinta.

»La alta moral y el ímpetu juvenil del grupo fundador de Nirim se reflejaron sobre todo en el tiempo en que los fundadores se aprestaban para la guerra, que día a día parecía más probable y cercana. Durante las horas de sol cavaban fosos, realizaban ejercicios militares, construían refugios con equipos de asistencia médica y se adiestraban en las técnicas de los primeros auxilios; al atardecer se reunían a cantar acompañándose del acordeón, y a leer fragmentos del opúsculo militar del Palmaj. En Nirim reinó casi siempre un dinámico clima social y cultural hasta las vísperas de la guerra, aunque todos eran conscientes de que el Ejército egipcio se había desplegado al otro lado de la frontera, y se exponían por tanto a un ataque feroz. Y eso fue lo que ocurrió. Precisamente, tras el anuncio de la creación del Estado de Israel, el 14 de marzo de 1948, Nirim fue el primer asentamiento que atacaron las fuerzas egipcias. Su artillería sometió a la colonia a un intenso bombardeo que, además de dañar gravemente todas las edificaciones, causó ocho muertos entre los fundadores y un número mayor de heridos. Pero el resto de los integrantes del grupo resistió en los fosos. Pretendían rechazar el ataque valiéndose solo de fusiles y ametralladoras. Con todo, y a pesar de la superioridad aplastante del Ejército egipcio, tanto en hombres como en medios materiales, fueron tan cuantiosas las pérdidas que sufrió a manos de los integrantes del asentamiento, que hubo de desistir, por lo que se olvidaron del asentamiento y siguieron su marcha hacia el norte.

»Son muchos los que atribuyen el milagroso triunfo de Nirim, cuyos cuarenta y nueve integrantes, provistos solo de armas ligeras, rechazaron a un ejército regular que contaba con todos los medios materiales y cuyos efectivos llegaban casi al millar; lo atribuyen, digo, a la determinada resolución que movía a aquel grupo de combatientes, a la persistente movilidad de estos y a la comunicación continua entre los distintos puntos de resistencia en el asentamiento, todo lo cual llevó a los egipcios a pensar que no se rendirían, así que decidieron no perder más tiempo y seguir avanzando. Después de aquel ataque, y mientras se sucedían a diario los intensos bombardeos en otros lugares, la vida continuó en Nirim bajo tierra, en los fosos y refugios. La experiencia en su conjunto, pero en especial las bajas de ocho de los jóvenes fundadores, algunos

pertenecientes a familias cuyos miembros se habían salvado del Holocausto en Europa, dejó una profunda impronta en el carácter de Nirim, que expresa bien el lema trazado por los asentados en un trozo de tela que colgaron de uno de los muros, justo antes de que comenzara la guerra, en la celebración del Primero de Mayo. Tanto el lema como el muro del que colgaba permanecieron incólumes después del ataque, y hoy es el día en que aún seguimos honrándolos».

Al terminar su parlamento me pasa una fotografía de aquel muro: el único que sigue en pie entre escombros, coronado por una ancha tela blanca en la que hay escrita en hebreo una frase que él mismo me traduce: «No es el cañón el que vence, sino el ser humano». Por la mesa hay repartidas, además, fotos que muestran un convoy atascado en la arena, el territorio antes de que se estableciera el asentamiento, los miembros fundadores en traje corto, casi de uniforme, de color gris; las distintas fases de construcción del asentamiento, que incluía, al principio, unas pocas cabañas, y, en medio, un gran comedor. También había imágenes de colonos sentados con beduinos de la zona, bien dirigiéndoles la palabra, bien mirando unos y otros a la cámara entre sonrisas. Le pregunto por las relaciones entre los habitantes palestinos y los inmigrantes judíos durante aquel periodo. Excelente, me contesta; tanto, que los colonos levantaron una tienda de acogida para agasajar a los beduinos de por aquí, que venían a visitarlos y a tomar té con menta, de modo que, a no mucho tardar, se estableció una relación de afectuosa amistad y profunda confianza mutuas, y, en consecuencia, los beduinos se mostraron dispuestos a encomendarles sus espadas, como decían ellos mismos, a los jóvenes del kibutz. Pero las relaciones se rompieron cuando se declaró la guerra. Le pregunto por qué, si es que hubo roces o algún suceso concreto, durante la guerra o después, que llevasen a la ruptura. ¡Qué va!, me contesta. Pero, añade, así son las guerras, a veces enemistan a los miembros de una misma familia. «¿Y después de la guerra?». «En alguna que otra ocasión hubo enfrentamientos entre los colonos y los árabes que permanecieron en la zona, y cuyos rebaños se metían a veces en los sembrados del kibutz, a devorar lo que pudieran». «¿Y llegó a producirse la muerte violenta de alguien, de algún hombre o mujer, de uno u otro bando?». Me contesta que él no tiene noticia de nada semejante. Luego, tras unos instantes de silencio, añade que sí que hubo un episodio, uno solo, del que tuviera conocimiento cercano, y que acabó en la muerte de una persona; ocurrió durante su voluntariado en una unidad militar que se formó después de la guerra, y cuya misión principal era buscar a infiltrados en la zona. «¿Qué episodio fue ese?», le pregunto, procurando que los latidos del corazón no me ahoguen la voz. Responde que un día, durante una de sus rondas, encontraron el cadáver de una joven beduina en un pozo cercano; y me explica que, cuando los árabes sospechan de la conducta de una joven, la matan y arrojan su cadáver a un pozo. Le parece penoso, comenta, que se mantengan entre ellos semejantes costumbres.

«Tras la guerra de Independencia —concluye su narración— se tomó la decisión de trasladar la colonia a este emplazamiento de ahora, aquí donde estamos, a unos veinticinco kilómetros al norte del original». «¿Por qué?». «Primero, porque esta zona es más segura, y, segundo, porque la media anual de lluvias es aquí mucho más alta que en el anterior emplazamiento».

Al final de la visita me entrega un folleto que ofrece mucha información sobre el asentamiento y su historia. Después de darle las gracias por todo, me dirijo al coche, que está aparcado fuera, esperándome, paciente y fiel. Me siento ante el volante y, al ojear el folleto, me doy cuenta de que casi toda la información que acabo de recopilar es la misma que ya está publicada aquí, e incluso que hay un sitio web donde los interesados pueden acceder a más. No es solo que este no es el lugar del crimen, sino que todos estos datos que he conseguido gracias a

este viaje agotador podría haberlos recopilado cómodamente sentada en mi mesa, en casa, delante del ventanal.

Tendré que conformarme con el pequeño mapa incluido en el folleto, donde aparece el antiguo emplazamiento del kibutz, que, según lo que acabo de descubrir, y también lo que he leído aquí, no se llamaba Nirim, sino Dangor, que es como se conocía la zona antes del establecimiento de la colonia. Enciendo el motor del coche y me pongo en marcha hacia la entrada principal, en la que, ahora sí, puedo ver al guarda sentado en su caseta. Me abre la cancela y retomo el camino por la oscura carretera, que discurre entre silenciosas dunas amarillas, temblorosas por efecto de las reverberaciones de la luz. Y, aunque ya está entrada la tarde, no llego a ver ni un solo automóvil en las carreteras por las que transito, ni a ser vivo alguno en los promontorios que las flanquean. Solo hay algunos árboles; de vez en cuando cruzo por plantaciones de plátanos, de mangos, de aguacates. Pero a medida que avanzo hacia el sur se hace más patente la impresión de que la zona está completamente deshabitada. Por fin, llego a mi destino, que se encuentra a mi izquierda. A mi derecha hay un cuartel del Ejército. De manera que no han abandonado el lugar. Aparco el coche a un lado de la carretera, poco antes del cuartel, y salgo. El calor sigue siendo extremo, y el sol brilla con intensidad. Sigo a pie por el asfalto, a cuyos márgenes se acumulan, por decenas, fragmentos desgarrados de revistas eróticas. Avanzo en paralelo a la valla del campamento, tras la que aparecen las puntas de numerosas tiendas, pero no veo a un solo soldado. Ralentizo el paso, no acabo de tomar la decisión de cruzar. Pero unos instantes después cruzo la carretera y voy directa hacia allá, hacia el lugar del crimen, sin demorarme más. El lugar se parece a un parque de limitadas proporciones; un terreno arenoso sin nivelar, sobre el que hay dispersos algunos árboles del alcanfor y bancos de madera pensados para los paseantes. Al final, a mano izquierda, se alza una edificación de cemento, sobre la que está escrito, en hebreo, el lema que he visto antes, en una de las fotos del museo de Nirim, y cuya traducción es: «No es el cañón el que vence, sino el ser humano». Recorro el parque, pisando la arena. Ahora los árboles del alcanfor quedan a mi derecha, y delante de mí, sin que nada se interponga, está la edificación de cemento; y hacia allá voy. Subo una escalera que me conduce a la azotea, y ante mí se despliega un impresionante paisaje de grandes dunas, con las que alternan, de vez en cuando, campos de un verdor desvaído. Siguen extensiones sembradas de árboles y luego un muro; tras él se alzan varias hileras de casas grises y blancas, entre las que se intercala el verdor de algunos árboles, y, a partir de ahí, comienza a serpentear, agitada, la línea del horizonte. Es Ráfah, que se tragará al sol a poco tardar. A la derecha se extienden, además de los promontorios de arena, las extensiones de plataneras, mangos y alcanforeros que he cruzado, hace nada, con el coche. Vuelvo a contemplar el espacio que hay a mi izquierda, la mayor parte del cual me tapan los árboles del alcanfor, haciendo desaparecer gran cantidad de detalles. Luego alzo los ojos, tras alguna vacilación, hacia el cuartel. No detecto ningún movimiento en su interior. Las tiendas están en calma, y también los vehículos militares, dispersos por el lugar. Examino con precaución los sombríos orificios en las torres, sin poder determinar si hay soldados dentro que me estén observando ahora, o si no hay nadie. Sin más que hacer, salgo de la azotea, y la escalera, que esta vez tomo para descender, me deja de nuevo en el interior de la edificación, cuya desmesurada altura impide ver alrededor otra cosa que no sea cemento. Cuando estoy a punto de sofocarme, corro para que mis pies vuelvan a pisar la arena. Recorro entonces de nuevo el lugar con calma, buscando restos de cobertizos o de trincheras. Los escasos vestigios que quedan, e indicarían la presencia de algún asentamiento o campamento en el pasado, se

limitan a la línea incompleta de un pequeño foso, apuntalado con unos sacos de arena que parecen recientes, ya que no muestran ni el menor desperfecto. Acierto luego a ver, sobre la arena, huellas humanas; pero no están muy marcadas, sus contornos han dejado de ser precisos. Puede que sean de hace unos días. Fuera de eso, nada de nada. Nadie podría hallar sobre la arena ningún otro detalle, ni siquiera algún desperdicio insignificante. Hasta las bolsas de basura que hay colgadas de unas anillas metálicas, junto a los bancos de madera, están vacías y sin abrir, con una mitad del plástico adherida a la otra. Y, aunque no doy con ningún detalle, ni principal ni secundario, que delate el crimen que aquí se perpetró en la misma fecha en que, al cabo de veinticinco años, nacería yo, prosigo mi paseo por el parque. Poco después, cuando ya el sol comienza a acercarse a las azoteas de Ráfah, lo atravieso y sigo la carretera hasta llegar al coche. Subo y me marcho.

Continúo moviéndome entre las bajas colinas arenosas, unas tachonadas de matas y otras de árboles, sin rumbo claro, pero sin alejarme demasiado del lugar. Soy consciente de que, ya al final del recorrido, no he dejado de moverme en círculos, y, como es evidente que ningún provecho me reportará persistir, detengo el coche al lado del camino, salgo y, a pie, me meto en una de las plantaciones. Sobre la arena descansan varias mangueras, distribuidas con orden entre los árboles y luego enroscadas de manera regular en torno a sus troncos. Empiezo a caminar entre los macizos de árboles. En las copas de los primeros, muy altas, crecen hojas de un intenso verdor, a pesar de la capa de polvo que las cubre, y de ellas cuelgan los frutos del aguacate. Alargo la mano hacia uno y presiono con mis dedos sobre la piel rugosa. Luego sigo avanzando hacia el macizo de árboles de escasa altura que hay detrás. Son árboles del mango. Mi mano palpa la piel de sus frutos; aunque es suave, estos son más duros que los aguacates. Sigo caminando, para completar el recorrido, hacia la plantación de plátanos que hay detrás, y llego hasta el final. Allá me recibe la última luz del día, que se desborda por entre las grandes hojas. No interrumpo la caminata, pero, poco después, me dejo caer donde estoy. Dejo que mi cuerpo ruede y me tiendo boca arriba; fijo los ojos en el azul del cielo, descolorido y triste, mientras la luz apagada del atardecer, que se cuela por entre las hojas de los plátanos, me cubre entera. Permanezco tendida sobre la arena, dejando que la impotencia me conduzca a una grandiosa soledad. ¡Qué inutilidad estar aquí! No consigo encontrar lo que he venido a buscar; este viaje no me ha procurado ni un mal dato que añadir a lo que ya sabía acerca del suceso. Poco a poco la soledad va transformándose en inquietud, a medida que la luz del sol va desvaneciéndose y la noche está a punto de caer. Tengo que ponerme de pie y volver al coche. Fuerzo a mi cuerpo a levantarse y echo a andar entre los árboles, que ahora parecen infinitos. Como si no hubiese salida. De una carrera, tan rápido como me es posible, llego hasta el coche; abro la puerta y me desplomo sobre el asiento del conductor. Tengo que salir de aquí cuanto antes. Tomo el mapa israelí, que está abierto a mi lado, para estudiar el camino de regreso a Ramala. La carretera 232 hasta la 34, y luego, a la izquierda, la autopista 40; desde allí, a la derecha, la 443, y a partir de ahí recuerdo el camino.

En cuanto me pongo en marcha y me alejo un poco me siento más serena. Quién sabe, si me quedo por más tiempo, acaso descubra algo, o encuentre un hilo que me conduzca a nuevos detalles relativos al caso, y pueda formarme una imagen de lo que le sucedió a la muchacha; incluso diría que la inmediata puesta de sol me invita a pensar en quedarme esta noche. ¿Por qué no? La pregunta es dónde, y se la plantearé a la primera persona con quien me tropiece. De modo que sigo un rato dando vueltas con el coche por carreteras estrechas y rectas que se entrecruzan,

enmarcando en negro extensiones de terreno que, por lo general, son arenosas y de color amarillo. Así, hasta que, poco después del crepúsculo, llego a una gasolinera. Lleno, primero, de combustible el depósito, casi vacío tras mis desplazamientos a lo largo del día. Es la primera vez en mi vida que hago esto, y soy tan torpe que me he manchado de gasolina la mano y los pantalones. Luego, precedida por el olor a combustible, me dirijo al encargado para pagar. Es un joven amable, a quien, por supuesto, no le importará el olor a gasolina que desprendo, dado que debe de estar casi siempre aquí. Le pregunto por algún lugar cercano donde pueda pasar la noche y me aconseja que vaya al kibutz Nirim. Algunos de sus pobladores les alquilan habitaciones a los turistas como yo, me explica, porque le he dicho que estoy haciendo turismo. Otra vez a Nirim, pues. Según el mapa no estoy muy lejos y el camino es sencillo. Y, sin más, salgo hacia allá. Cuando, poco después, llego a la barrera de la entrada, no veo al guarda en su caseta. Salgo del coche y abro la reja yo misma; vuelvo al coche, traspaso la entrada, salgo y cierro; me siento de nuevo ante el volante y me dirijo al centro del asentamiento. Luego, al pasar por delante de las cabañas que al principio creí el lugar del crimen, las miro indiferente, libre del abatimiento y el desasosiego que me asaltaron la primera vez. Sigo avanzando por las calles del kibutz, y solo ahora reparo en que tienen nombres de flores. Tuerzo hacia la calle del Jazmín al ver a un joven de pie, delante de un coche, tras cuyo maletero queda oculta la parte superior del cuerpo de otro. Salgo del coche y los saludo; les pregunto dónde puedo alojarme esta noche. Mientras el segundo hombre, que había levantado la cabeza para ver quién se acercaba, vuelve a ocuparse del contenido del maletero y la mitad superior de su cuerpo desaparece, el joven responde que él mismo suele alquilar habitaciones para unas noches, pero que lamentablemente no tiene nada disponible hoy. Le pregunto, algo decepcionada, si me puede indicar algún otro alojamiento de ese estilo; me aconseja que vuelva a la calle por donde venía y gire a la izquierda antes de llegar al final. Llegaré a la calle del Narciso, donde acaso encuentre algo en una casa de huéspedes que hay al principio, a mano izquierda. «Un momento», me dice, mientras saca una mochila de piel a la que va sujeto, de una correa, un teléfono móvil. Y se pone en contacto con alguien. Habla con el dueño de la casa de huéspedes en la calle del Narciso, que aún dispone de una habitación, la última, «por suerte para usted». Le agradezco su gran amabilidad y me dirijo al lugar que me ha indicado. Está atardeciendo. Cuando llego a la casa de huéspedes, en la calle del Narciso, veo que el dueño está esperándome en la acera. Aunque no me pregunta quién soy, le doy la misma versión de mi identidad y del motivo de mi presencia allí que antes le di al responsable del museo y el archivo, con el fin de no levantar sospechas. El dueño del alojamiento me conduce, atravesando un jardín de buenas proporciones, a una cabaña enfrente de su casa. Voy a dormir en un sitio limpio y ordenado. Le pago por adelantado una noche, la que acaba de comenzar, ya que, cuando volvemos juntos a la entrada, la oscuridad es cerrada. El dueño me deja y se va a su casa mientras yo continúo hacia el coche, de donde saco mi bolso y los mapas; lo cierro y vuelvo a mi alojamiento. Dejo el bolso en la mesa de la cocina y reparo en el frigorífico, recordando que lo último que comí fue chicle, en realidad lo único que me he llevado a la boca desde la mañana. Me acerco al frigorífico y lo abro. Hay un pastel y dos botes de yogur. Como un poco de pastel sin saber si hago bien o no. Puede que los huéspedes anteriores lo dejasen al marcharse, de modo que me como un pedazo más y salgo. Apago la luz que ilumina la entrada a la cabaña y espero unos instantes, hasta que consigo distinguir una hamaca, tendida entre dos palmeras enanas, que vi al llegar. Me acerco, envuelta en la noche aterciopelada, me echo sobre la lona y desde allí contemplo la luz débil de las lejanas estrellas, que hay esparcidas por todos los sectores del cielo. No me muevo de donde estoy durante un rato tan largo que comienza a condensarse sobre mi

cuerpo una fina capa de rocío, hasta que, de repente, observo una masa negra oscura que se mueve sobre el césped, se dirige hacia mí y se detiene junto a la hamaca. Es un perro, y su presencia me llena de miedo. Trato de ahuyentarlo una y otra vez, pero él se queda donde está, sin moverse un ápice, mientras mi pavor va creciendo, hasta el punto de obligarme a bajar del columpio y volver a la cabaña. Antes de entrar, miro hacia atrás, hacia el perro, y ya no está. Como si nunca hubiese existido.

Nada más entrar en mi alojamiento, y a pesar de mi cansancio extremo y de que no me apetece en absoluto asearme, el olor a combustible del que no me he librado me empuja a ducharme. Me meto en la bañera, cierro la cortina, abro el grifo, y una corriente de agua templada, intensa y abundante, se precipita sobre mi cuerpo. Pienso, angustiada, que ni estoy en Ramala ni me hace verdadera falta ducharme; y, desde luego, si no cierro el grifo ahora mismo, acabaré con la reserva de agua que haya en el depósito y dejaré sin nada a los vecinos. Me envuelvo el cuerpo con una gruesa capa de espuma de jabón, en un intento por librarme del sudor, el polvo y el olor a combustible que se han acumulado. Luego vuelvo a abrir el grifo y dejo que el chorro abundante caiga sobre mi cuerpo y lo limpie de todo, hasta de la escasa presión del agua en el baño de mi casa, en Ramala, lo cual dificulta la decisión de cerrar el grifo y salir del baño. Por fin, calculo con certeza casi absoluta que el agua que acabo de gastar duchándome debe equivaler a mi consumo total de agua durante una semana de duchas diarias en casa. Solo entonces me apresuro a cerrar el grifo. Me seco el cuerpo, me envuelvo en la toalla y salgo de una vez del baño, trayendo mi ropa, que sigue desprendiendo el tufo de la gasolina, mezclado con un ligero olor a sudor. Voy a la mesa de la cocina; pongo la camisa en el borde de una silla y los pantalones en otra, para que se oreen, tal vez así se vayan esos olores, y empujo mi calzado de modo que quede bajo la mesa. De camino al lecho, me detengo ante una pequeña estantería en la que se alinea un escaso número de libros, entre los que hay guías turísticas de la zona, y libros de cocina y de arte. Tomo uno de estos últimos y me dirijo al dormitorio. La bien dispuesta cama me acoge con la promesa del descanso que se adueñará de mí enseguida; abro el libro, grande y pesado, que he traído conmigo. En una de sus primeras páginas aparece una pintura que representa a un hombre de cara enrojecida, con traje negro y camisa blanca, tranquilamente sentado en una silla. Es un libro sobre el expresionismo, movimiento que, según se aclara en el texto, fue influido por la experiencia de la muerte violenta, la destrucción, la aniquilación que vivieron los artistas alemanes durante la primera guerra mundial, todo lo cual los llevó a trasladarse del clasicismo plástico a un estilo que tendía a una contundente alteración de las formas del ser humano y de su entorno. Los trazos que forman las numerosas pinturas del libro son, en efecto, contundentes, agitados, deformes. Sigo ojeándolo hasta que llego a una serie de extractos de cartas remitidas por uno de los artistas a su esposa. En la correspondiente al 8 de junio de 1915 escribió: «Ayer pasamos por delante de un cementerio destruido por el bombardeo, que ha reventado las tumbas, dejando aparecer los ataúdes en las más inquietantes posiciones. Las bombas han expuesto a la luz del día a los habitantes de las tumbas en posturas que no son precisamente de celebrar. Puede uno ver huesos, fragmentos de cuero cabelludo, la ropa de quienes descansaban en sus cajas, abiertas ahora de par en par». Y, en la del 21 de mayo del mismo año: «Los fosos se extienden, como si fuesen heridas, trazando líneas sinuosas, y de los lóbregos refugios afloran caras blancas. Muchos son los hombres que preparan sus sitios, de los que asoman por todas partes las tumbas, mientras se agolpan los cadáveres a su alrededor, cuando ellos están sentados en sus refugios entre sacos de arena. Todo parece fruto de la

imaginación. Había un hombre friendo patatas encima de una tumba, cerca del subterráneo. La vida aquí se ha transformado en una despedida grotesca». En otra página veo una pintura en la que aparece una muchacha desnuda, tendida boca abajo sobre la arena, como si se hubiese caído, con piel amarillenta, como la misma arena, y el pelo corto, rizado y negro. Cierro el libro, lo dejo a un lado, apago la lámpara y me amodorro. Y dormida sigo hasta que, poco antes del alba, me despierta una explosión sorda, seguida de otra, instantes después, y luego otra más. No estoy soñando. Lo que estoy oyendo son proyectiles. La percepción del impacto me informa de cuál es la distancia a la que estoy del lugar donde están cayendo. Es bastante lejos, más allá del Muro. En Gaza, o tal vez en Ráfah. Hay una gran diferencia entre el estruendo de una explosión según si quien lo percibe está cerca o lejos del lugar que sufre el bombardeo. Esta vez el estruendo dista mucho de resultar ensordecedor, apenas molesta; es más bien sordo, hondo, pesado, como lentos redobles de un tambor de desmesurado tamaño. Y las detonaciones no consiguen sacudir el edificio en el que me hallo, aunque es de madera ligera, ni destrozan los vidrios de las ventanas, a pesar de que están cerradas. Luego, cuando me levanto de la cama y las abro, no inunda la habitación una nube de polvo espeso y de tacto sedoso, sino que se cuela el aire fresco y suave del alba. Sigo escuchando, con plena consciencia, las repetidas explosiones, que me producen un vago sentimiento de cercanía a Gaza, entremezclado con el anhelo de oír el bombardeo de cerca, de percibir las partículas de polvo de edificios demolidos por explosiones; y la ausencia de todo esto me hace sentir hasta qué punto estoy alejada de cuanto me es habitual, y, lo que es más, lo imposible que me resulta volver ahora. Pero, antes de dejar que mi único sentimiento sea la ansiedad, les doy acceso al miedo y a la angustia, como siempre. Vuelvo a la cama y me quedo otra vez dormida.

A la mañana siguiente, muy temprano, me pongo mi ropa, que huele un poco menos a sudor pero ha retenido el tufo de la gasolina, y me dirijo al coche; subo y, después de asegurar la puerta, enciendo el motor y dejo la casa de huéspedes sin haber visto al dueño. Salgo en dirección al lugar del crimen, pues, si no es ahí, no sé adónde ir. El camino parece esta vez mucho más corto que la primera; ahora me guío por las líneas curvas de las grandes dunas, por las plantaciones de aguacates, mangos y plátanos, y no por los mapas. Cuando llego, lo encuentro todo como ayer, salvo, quizá, que no hace tanto calor; el día acaba de empezar y, además, una fina capa de nubes emboza los rayos nacientes del sol. Me acerco al edificio de cemento, que me acoge de nuevo con el lema: «No es el cañón el que vence, sino el ser humano», y subo por las escaleras. Desde la azotea vuelvo a distinguir, en el límite del horizonte, la ciudad de Ráfah, desde donde esta mañana asciende, tranquilo, el humo del bombardeo; pero al poco se disipa en el azul desvaído del cielo, apenas distinguible del gris del Muro, que oculta la mayor parte de las casas que hay detrás. Algunos compañeros de mi nuevo trabajo, muy agradables, por cierto, proceden de Ráfah y de otras partes en Gaza. Dejo que mis ojos absorban el paisaje que se les muestra en recuerdo de esos compañeros, que desde hace años aguardan la autorización para poder visitar su tierra.

Desciendo las escaleras del edificio, voy a un promontorio cercano y me siento en lo alto, a la sombra de un árbol del alcanfor. Saco de mi bolso el recipiente de yogur refrigerado que me he traído de la cabaña en el asentamiento junto con una cucharilla, y me dispongo a desayunar. La blancura del yogur me hiere de vez en cuando los ojos, que recorren el lugar con parsimonia, trasladándose de uno a otro de sus monótonos detalles, que ya tuve ocasión de contemplar ayer. Los troncos de los árboles que nacen del seno de las arenas, el pequeño foso en obras, el lema

trazado en el edificio de cemento, el cuartel al otro lado de la carretera. Cuando acabo de comerme el yogur, me levanto de un impulso, apoyándome en una mano. De pronto veo cerca de mí, en la arena, huellas recientes de perro, y me doy cuenta de que se extienden en todas direcciones. El miedo vuelve entonces a despertar en mí. Sin embargo, trato de caminar con tranquilidad hacia el coche, pues acaso haya soldados vigilándome desde las torres del cuartel. De manera que ralentizo mis pasos en lo posible, al tiempo que recorro con la vista los troncos de los árboles y sus hojas casi secas, los asientos de madera en el parque, las arenas pisoteadas cerca del foso. Pero lo que mis piernas quieren es correr hacia el coche y salir de allí cuanto antes. Me acuerdo del chicle. Llevo la mano al interior de mi bolso, tomo uno de los dos paquetes, me echo a la boca dos pastillas y me lo guardo en el bolsillo del pantalón. Primero me centro en mascar chicle, y luego alzo el recipiente de yogur, que sigue en mi mano izquierda, a la altura de mis ojos y leo lo que hay escrito en el envase. Llego, por fin, hasta el coche. Abro la puerta, dejo el bolso en el asiento del copiloto y el envase vacío de yogur detrás del freno de mano; enciendo el motor con tranquilidad y avanzo, marcha adelante, en paralelo a la valla del cuartel, hacia el que procuro mirar solo lo imprescindible, fijándome más bien en el entorno del parque. Conduzco en sentido contrario al de mi venida, y llego al final de la carretera pocos metros más allá, donde se ramifica en dos direcciones. En el camino que sigue hacia la derecha y conduce a Ráfah se alinea un buen número de blindados y otros vehículos militares, en las proximidades de los cuales hay parados decenas de soldados manteniendo charlas insustanciales; uno de ellos se balancea, ahora hacia la derecha, ahora hacia la izquierda. Parece que están a punto de emprender una operación de castigo en Ráfah. Giro hacia la izquierda y tomo la carretera que me aleja de la zona de Gaza y lo que va a ocurrir. Y voy hacia el este, siempre en el coche, como una mosca nerviosa, sin rumbo fijo entre las grandes dunas y las extensiones de arena que de vez en cuando se cruzan con hileras de cipreses o árboles del alcanfor. El tiempo va transcurriendo sin que me haya decidido sobre lo que conviene hacer. Por fin, detengo el coche en la cuneta; recupero los mapas del asiento trasero, abro el israelí y busco el número de la carretera en la que me encuentro. He llegado hasta aquí. Y examino el trazado de la carretera hacia el este, donde veo, por el norte, topónimos árabes, concentrados todos en una zona encuadrada por varias carreteras que forman un triángulo. Fuera de este, casi toda la extensión del sur del Néguev se diría vacante, exceptuando algunos puntos señalados como zonas de ejercicios militares, o asentamientos, o granjas israelíes aisladas. Vuelvo a fijarme en la zona del triángulo, en nombres de lugar que leo por primera vez. Pasado un tiempo, dejo el mapa en el asiento del copiloto; me saco el chicle de la boca, lo arrojo al cenicero y me pongo en marcha hacia el norte. A medida que avanzo se intensifica el tráfico en las carreteras, y la zona ya no parece tan desierta. También abundan más las rocas y peñas, de limitado tamaño y puntiagudas sombras, en las elevaciones del terreno, cuya superficie se va transformando: las arenas de un amarillo pálido dejan su lugar a un polvo blanquecino. Sigo conduciendo por la misma carretera hasta que diviso, de repente, un camino de tierra que se desvía hacia la izquierda y por el que parece posible circular en coche. Enciendo de inmediato el intermitente de la derecha, reduzco la velocidad a medida que me acerco, y lo tomo. El tránsito de vehículos ha allanado los guijarros de la superficie, pero, y a pesar de mis precauciones, no consigo evitar que se forme una densa nube de polvo, al punto convertida en un nimbo que envuelve todo el paisaje detrás de mí. En tanto que, ante mi vista, se extiende un panorama de colinas yermas y solitarias, más crueles aún por efecto del sol de media mañana y las muchas piedras que las cubren. Pasados unos instantes, se dejan ver los remates de algunas cabañas, que, después de ocultarse detrás de los cerros,

aparecen a menudo según avanzo, y se muestran por completo cuando me encuentro a unos metros. Y un perro se dispone a salirme al encuentro: echa a correr detrás del coche, ladrando irascible. Trato de esquivarlo para no atropellarlo, pero él, indiferente a mis intentos, sigue persiguiéndome. Luego, cuando paro, se pone a moverse en semicírculos ante la parte delantera del coche, sin dejar de ladrar. Me veo, pues, obligada a permanecer dentro a la espera de que se calme y se aleje, o bien salga alguien de cualquier cabaña y me libre del animal. Pero nada de eso ocurre. Miro aquí y allá, buscando a alguien, y observo las rudimentarias edificaciones que llenan el lugar; algunas son metálicas, mientras que otras están construidas de adobe, pero con los techos de metal y cubiertas de plástico sobre las que han dispuesto algunas piedras, supongo que para guardarlas del viento. Además de las cabañas, en el lugar hay algunos corrales para las bestias, pero, como están vacíos, tienen las puertas abiertas. El lugar parece semiabandonado. Por ahora nadie ha salido a mi encuentro; ni siquiera se han asomado para ver a qué se deben el ladrar continuo o, antes, el ruido del coche y las nubes de polvo. Tomo el mapa israelí otra vez, buscando algún indicio acerca de este pequeño emplazamiento, pero no hay ni rastro. Un vacío amarillo total ocupa el sitio donde imagino que había que situarlo. Cierro el mapa y vuelvo a ponerlo en el asiento del copiloto. Esta tiene que ser una de las aldeas del Néguev no reconocidas, de las que se oye hablar. Muevo los ojos entre los depósitos de agua que hay dispersos por el lugar, igual que varios vehículos antiguos, algunos con piedras donde deberían estar los neumáticos, desaparecidos junto con casi todas las puertas, volantes, faros y asientos. Me pregunto cuánto tiempo puedo permanecer en el coche, donde ya hace un calor insoportable. Mientras tanto, el perro sigue poniéndome cerco, aunque sus ladridos se han calmado un poco. Pero, en cuanto empiezo a bajar un poco la ventanilla para que entre algo de aire en el habitáculo, comienza a ladrarme, exasperado; de manera que vuelvo a cerrarla, limitándome a mantener una pequeña ranura abierta, y enseguida vuelvo a observar el lugar. Acabo de contar seis cabañas cuando de repente distingo lo que parece ser la sombra de una cabeza, acaso de una muchacha, asomarse desde la entrada de una de ellas; en un abrir y cerrar de ojos, no obstante, desaparece antes de que me dé tiempo de bajar la ventanilla, sacar la cabeza y gritar: «¡Hola!». Pero la subo enseguida, pues el perro se ha echado a ladrar con furia contra mí. Hago cuanto puedo, a pesar de eso, por impulsar mi voz a través de la rendija que he dejado en la ventanilla, repitiendo mis llamadas hacia la sombría abertura, más allá de la cual se ha desvanecido la sombra. No obtengo respuesta. Solo se perciben los ladridos del perro, que cubren mis voces. Cuando pierdo la esperanza de que alguien me conteste, me rindo al silencio, sobre el que poco a poco comienza a dominar la duda: ¿es cierto que he visto a esa muchacha o solo he imaginado que la veía? Poco después se serena el perro, aunque no llega a alejarse del coche. En lugar de hacerlo, se tiende delante, sobre el pálido suelo arenoso. Entonces me inclino, con gran precaución, hacia la ventanilla del copiloto y la abro lentamente, tratando de no llamar la atención del perro, y con la esperanza de que corra un poco de aire dentro del coche y se mitigue un tanto el sofoco, que va en aumento. Pero no hay manera: el calor extremo no me da tregua en su asedio. Y, como el lugar sigue en calma, me arrellano en el asiento, a pensar en lo que puedo hacer. La verdad es que no lo sé. Al cabo de unos instantes cambio de postura y vuelvo a mirar al perro, que está mirándome a mí, él también. Vuelvo los ojos hacia la entrada de la cabaña a través de la cual he creído vislumbrar la sombra de la muchacha, pero lo único que asoma ahora es la oscuridad. He tenido que imaginarme a la muchacha. Paso a observar las aberturas de acceso a las otras edificaciones y sus ventanas, por si alguien asomara, y, de allí, muevo los ojos hacia el depósito de agua, que no está lejos de una de las cabañas, y veo una gran botella azul

casi llena de agua, debajo de un grifo. Así pues, el lugar no está totalmente despoblado. Observo ahora los corrales, luego las planchas de estaño y lo que con ellas han hecho, después los vehículos antiguos, detenidos alrededor y en medio de las cabañas, y que parecen, por muy artificiales que sean sus componentes, en perfecta armonía con la naturaleza. Por fin, alargo la mano hacia la llave del coche, enciendo el motor y doy media vuelta para volver a tomar el camino que me ha traído. El perro se levanta sobre sus extremidades, se pone de nuevo a ladrar y sale detrás de mí. Lo veo por el espejo retrovisor, corriendo para darme alcance, hasta que se alzan las nubes de polvo, que me ocultan al animal y, asimismo, el panorama completo de las cabañas y los cerros. Llego a la carretera principal y giro a la derecha, hacia el sector suroeste del Néguev otra vez, sin un motivo claro, como si fuese incapaz de alejarme del lugar. Sigo adelante atravesando colinas yermas cuya superficie vuelve a ser arenosa y de color amarillo pálido, al tiempo que va aminorándose la intensidad del tráfico en los caminos hasta desaparecer por completo. El único movimiento ahora es el de las reverberaciones de la luz, que llevan a las carreteras y a las colinas a agitarse nerviosas. Los espejismos toman la forma de espectros que desaparecen al punto, en cuanto se fija en ellos la vista. Pero, de repente, distingo a una anciana que es real, detenida en el camino antes de un cruce. Freno enseguida, cerca de ella; bajo la ventanilla del coche y le pregunto si puedo hacer algo por ella o si quiere que la acerque a algún sitio.

La anciana se sube al coche, y, en cuanto se sienta a mi lado y nos ponemos en marcha, nos refugiamos ambas en el silencio, cada cual con la mirada pendiente de partes distintas del paisaje que nos rodea. Yo miro hacia delante, a la carretera que atraviesa las colinas ondulantes, cuya coloración va cambiando del amarillo desvaído al ocre claro; mientras que ella mira hacia la derecha. Así lo indica la posición de su cabeza, que trae envuelta en un pañuelo tan negro como su vestido. Cuando la miro a hurtadillas, le veo parte del rostro, surcado por profundas arrugas, y las manos, que descansan sobre el vestido negro y me parecen tan firmes como no he visto otras en mi vida. Las cruzan venas azules semejantes a las líneas de los mapas que he arrojado al asiento trasero al detener el coche para que se subiera. Debe de tener unos setenta años. La muchacha tendría ahora más o menos su edad, si no la hubieran matado. Quién sabe si esta señora habrá oído hablar de un suceso que seguramente llegó a los oídos de todos los habitantes del Néguev, a quienes tuvo que horrorizar de tal modo que ninguno de ellos habrá podido olvidarlo. Puedo comenzar preguntándole por la zona, desde cuándo vive aquí, y luego ir acercándome poco a poco al suceso, si sabe algo de todo ello. Pero las palabras no me salen de la boca. No nos soltamos de la presa del silencio, que se prolonga tanto como la de la naturaleza que se extiende a nuestro alrededor. Y así seguimos, hasta que la señora me pide que paremos. Detengo el coche y ella se baja. Pero antes me mira a los ojos directamente; luego se da la vuelta y se dirige, con calma, hacia un sendero de arena a la izquierda de la carretera, que no puede ser visto por quienes viajan por los caminos de asfalto, incapaces asimismo de imaginar que pueda llevar a ninguna parte. La anciana echa a andar por él, y al cabo desaparece sin dejar rastro entre las colinas de arena, mientras yo sigo mi camino en el coche, acompañada por su ausencia del asiento a mi lado, y luego por el arrepentimiento. No he tenido fuerzas para preguntarle por el suceso. ¡Qué desastre soy! Es ella, y no los museos del Ejército o los asentamientos, ni los archivos, quien posee los detalles que podrían ayudarme a descubrir el suceso tal como lo vivió la muchacha. Y alcanzar de una vez la verdad completa. Cuanto más me alejo de ella, más me doy cuenta, y más me arrepiento. De golpe, detengo el coche, doy la vuelta y cambio de sentido.

Llego así al punto donde se bajó la anciana. Aparco en paralelo a la carretera, y me pongo a buscar en los mapas que traigo algún pueblo, alguna aldea que haya hacia la izquierda y adonde haya podido dirigirse la anciana. Pero no hay señal de que pueda haber por allí ninguna población. En el mapa israelí aparecen solo puntos dispersos en una zona distante, detrás de la carretera, dando fe asimismo de la existencia de un campo militar de ejercicios y un campo de tiro. Salgo del coche, cruzo la carretera y me encamino hacia el estrecho sendero de arena. Lo tomo yo también y doy unos pasos con la esperanza de descubrir algo tras las colinas a las que conduce, pero otras colinas siguen a estas. Decido estudiar la posibilidad de internarme con el coche por el sendero. Puede que sí, siempre que conduzca con precaución. Vuelvo a la carretera principal, al lugar donde he dejado el coche y, ya con este, me dirijo al camino. Este me conduce entre promontorios de arena que, al poco, se abren a un panorama diferente de lo que he visto hasta ahora. Continúa, pues, el coche avanzando entre colinas amarillas hasta que, de buenas a primeras, se dejan ver, en medio de ellas, palmeras *dum*, terebintos y cañas. Tiene que haber algún nacimiento de agua. Y no puedo resistir la idea de dirigirme hacia allá, a pesar de la señal que indica que esta es una de tantas áreas militares con las que a menudo se topan los habitantes de la zona B. Luego, cuando me acerco a los árboles, detengo el coche, salgo y echo a andar hacia ellos. En el silencio absoluto y tórrido que me rodea, el propio sonido de mis pasos sobre la arena me asusta, así que trato de caminar con precaución, con la mayor ligereza; eso me distrae de cuanto me rodea, salvo del sector del terreno sobre el que me muevo. Y sigo avanzando con sumo cuidado hasta que observo algo arrojado sobre la arena. Me llego a lo que sea, me inclino acercando los ojos. Es un casquillo de bala. Alargo la mano y lo cojo. Me lo pongo cerca de la cara para poder observarlo bien, y entonces veo a unos metros, entre las palmeras *dum*, a un rebaño de camellos, que se quedan quietos en su sitio, perplejos ante mi presencia. Yo también me paralizo donde estoy. No sé qué hacen estos animales en un campo de tiro. Los dos camellos que están parados a la derecha desvían la vista de donde yo sigo y se vuelven hacia los arbustos que tienen cerca, dando sendos elegantes saltos para salvar lo que debe de ser un declive en la arena, y desaparecen. Luego los otros cuatro camellos comienzan a moverse con tranquilidad sobre la arena, que amortigua el sonido de sus pasos, a la zaga de los dos primeros, y, como estos, desaparecen en el mismo macizo. Me incorporo, con el casquillo de bala aún en mi diestra, y doy la vuelta para volver al coche, dejando que los camellos ramoneen en paz. Justo entonces me doy cuenta de que hay un grupo de soldados en la vastedad del territorio. Están parados en silencio y me miran a mí. En ese instante me inunda una ola de calor tórrido y el cuerpo comienza a sudarme. Tengo que calmarme de inmediato. Estar tan tensa no va a cambiar el curso de los acontecimientos. Y otra cosa: en la mano tengo un casquillo de bala; la abro y el casquillo cae sobre la arena mansamente. Lo que tengo que hacer es dar media vuelta y seguir caminando, tranquila y segura, sin concederle a su presencia la menor importancia, hacia donde está el coche. Pero uno de ellos me grita dándome el alto, al tiempo que otros me apuntan con sus armas. En ese instante comienzan a resonarme en la cabeza, incontenibles, las palpitaciones de mi corazón, y quedo como anestesiada. Seguro que han reparado en el pequeño coche blanco que ha entrado en la zona militarizada, levantando sus sospechas; puede que se hayan puesto en contacto con la policía, que tiene acceso legal a los datos que se le antojen, incluidos los datos de ese pequeño coche blanco, y habrán averiguado que pertenece a una empresa palestina de alquiler de vehículos, con sede en la zona A, y que lo ha alquilado un varón con residencia, asimismo, en la zona A, no una mujer como la que tienen ahora a tiro. Tengo que calmarme. Seguro que estoy exagerando. Sí, como siempre. El chicle. ¿Dónde está? Tengo que calmarme. Tiendo la mano

hacia mi bolsillo para sacar el paquete de chicle.

De repente me anega una feroz llamarada en la mano y luego en el pecho, seguida del sonido de disparos.



TERMINÓSE
DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN
DE *UN DETALLE MENOR* EL
23 DE JULIO DEL 2019 EN LOS TALLERES
DE GRÁFICAS SUMMA, LLANERA,
OCHO AÑOS DESPUÉS DE QUE FALLECIERA
AMY WINEHOUSE, Y EL RESTO
DE MORTALES NOS QUEDÁRAMOS
TRISTES Y HUÉRFANOS, SABIENDO
QUE NUESTRAS LÁGRIMAS
SE SECAN SOLAS